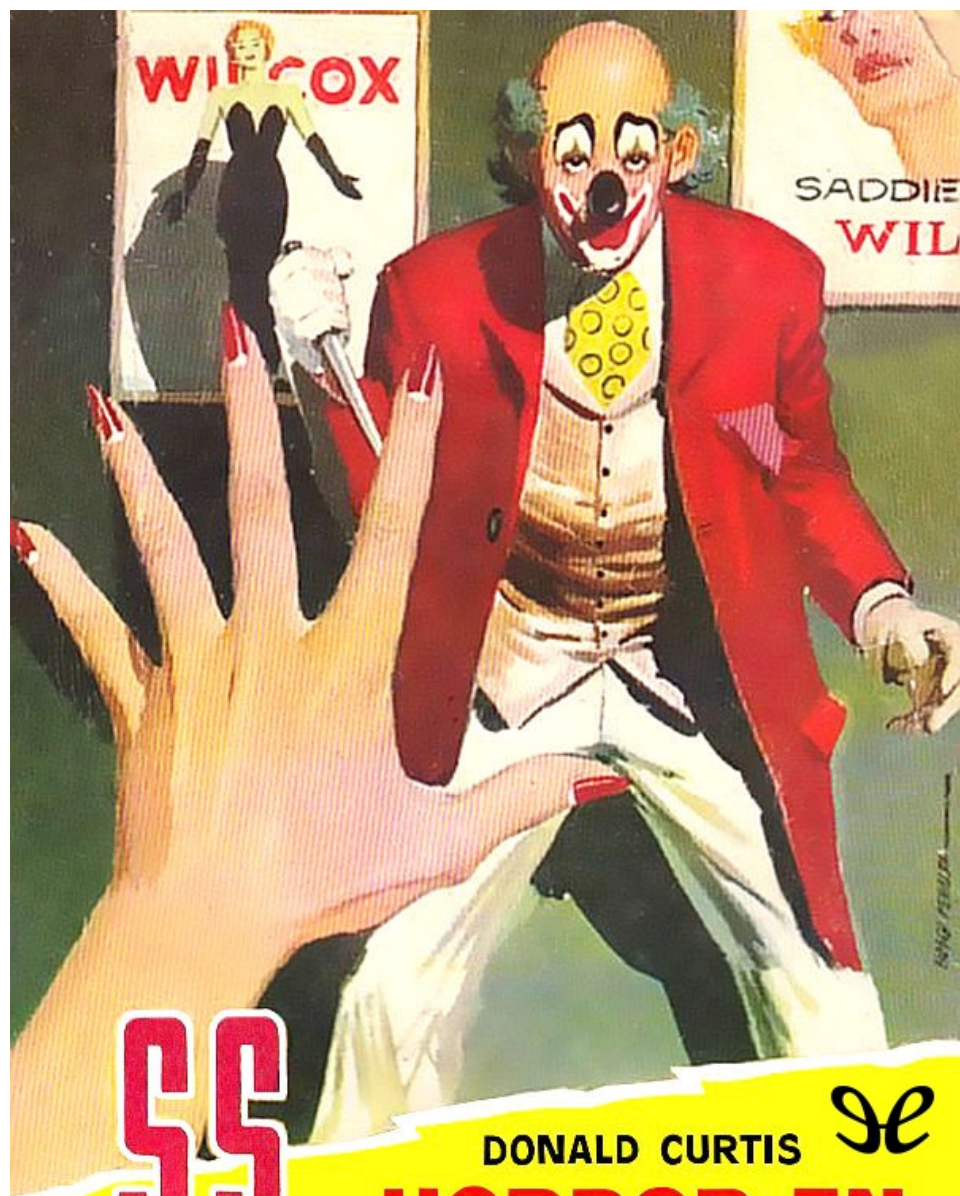




SS

**SERVICIO
SECRETO**

DONALD CURTIS

se

HORROR EN BROADWAY

La fortaleza inexpugnable, los muros de enorme espesor y gran altura, las torretas metálicas con agentes armados de ametralladoras y de potentes reflectores, el sistema electrónico e infrarrojo detector de fugas, la misma nutrida fuerza policial de la prisión, todo, en suma, había sido inútil para evitar la desaparición del condenado a muerte.

«El Reptil» había desaparecido como evaporado en el aire. O al menos, ésa fue la creencia general, hasta que el reverendo regresó al despacho del alcaide, cerca ya del mediodía, con el teniente Harris, de la guarnición especial de Sing-Sing.



Donald Curtis

Horror en Broadway

Bolsilibros: Servicio Secreto - 459

ePub r1.0

jala y Titivillus 16.12.17

Título original: *Horror en Broadway*
Donald Curtis, 1959

Editores digitales: jala y Titivillus
ePub base r1.2





Donald Curtis

Horror en Broadway

1ª. EDICIÓN

MAYO- 1959

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

HORROR EN BROADWAY

DONALD CURTIS



Prólogo

—Buenos días, reverendo.

—Buenos días, alcaide.

—Ya está todo preparado. Venga conmigo, padre. Y espero que pueda aliviar el alma de ese desdichado de todo su tremendo peso. Pero lo veo muy difícil, la verdad.

El sacerdote sonrió con suavidad, casi con dulzura. Una dulzura que era, tal vez, el mayor de los contrastes en aquellas estancias de muros grises, fríos e inhóspitos.

—Incluso el peor de los malvados puede salvarse del castigo a sus pecados, si antes de morir se arrepiente de todo corazón y confía su alma a Dios, alcaide. Parece mentira que usted pueda dudar de eso, después de ver a tantos seres atormentados ocupar ese horrible instrumento de muerte con la faz serena y el espíritu confortado.

El alcaide Warren asintió gravemente. Su cana cabeza se inclinó ante el religioso, como aceptando aquello, pero con ciertas reservas para el caso presente.

—Este de hoy es un verdadero ser infrahumano, reverendo — declaró, cruzando sus dedos nerviosamente.

—Parece engendrado para el mal, y su mente está tan lejos de la nuestra como podía estarlo la de una alimaña salvaje y destructora.

—No es su mente lo que me interesa. Es su alma.

—¿Y cree que «El Reptil» tiene alma?

—¿«El Reptil»? —El sacerdote frunció el ceño—. ¿Se refiere a la especie, o

a-uno

en particular?

—A uno muy particular: a Clark Hoffman, «El Reptil». También

le han llamado «El Degollador», padre.

—Oh, entiendo —asintió con suavidad el religioso—. Un criminal maniático, un pobre enfermo mental, un ser que destruye por el simple afán de destruir.

—Sí, padre. Y destruyó vidas. Muchas vidas. Yo he visto, a lo largo de años en mi cargo de alcaide de esta prisión, infinidad de condenados a muerte por asesinato. Y ninguno se parecía a este de hoy. Eran, más o menos, humanos. Hoffman no lo es. Es una aberración viviente.

—Tal vez detrás de esa aberración exista el alma que yo busco —sonrió el cura, dirigiéndose a la puerta del despacho, con el libro entre las manos—. ¿Vamos, alcaide?

—Está bien —suspiró el aludido—. Prepárese a entrar en la jaula de un león.

—Los leones me son simpáticos —replicó con viveza el sacerdote.

—Bueno, tal vez no sea exacta la comparación. Pongamos una mezcla de víbora, de caimán, de escorpión y de hiena, bajo cierta apariencia humana.

—Sería una mezcla espantosa. Creo que, de todos modos, sus comparaciones son exageradas...

Salieron del despacho del alcaide. Sing-Sing les ofreció su dédalo interminable de corredores largos, silenciosos, con huecas sonoridades y muros lisos, grises y uniformes.

El alcaide confrontó la hora de su reloj con la de uno mural; las seis menos cuarto de la mañana. Una fría mañana invernal en el Estado de Nueva York. Nieve, baja temperatura, un cielo de color negro intenso, que se iría tornando gris plomo cuando empezaran a aparecer las luces del día. Otro trágico y sombrío viernes, en el que la descarga eléctrica acabaría con la vida de un sentenciado a muerte.

Alcaide y sacerdote caminaban con pasos rápidos, de huecas resonancias bajo el techo de la prisión. Celdas y celdas iban quedando atrás, en otros pabellones alejados de las celdas de muerte.

De repente, ambos hombres y los dos silenciosos guardias armados que les precedían, se detuvieron con la tensión reflejada en el semblante. Cambiáronse miradas inquietas.

¡Las sirenas de alarma de
Sing-Sing
estaban ululando rabiosamente!

—Un preso ha escapado —musitó el alcaide, palideciendo—.
¡Pero eso es imposible!

Una actividad febril, inmediata, puso en conmoción lo que parecía una mansión muerta y silente. Hombres armados, recias pisadas de botas redoblando por todos los corredores, sirenas que repetían el primitivo aviso de alarma. Voces que corrían de pasillo en pasillo, órdenes e imprecaciones repartidas por un igual, todo ello constituyó pronto un terrible maremágnum en el interior de la prisión.

—¿Qué ocurre? —gritó el alcaide, descompuesto, encarándose con un oficial de la policía, que venía en dirección opuesta, armado de su rifle ametrallador, y seguido por un grupo de seis agentes igualmente armados de rifles de repetición prestos a disparar.

—¡Se ha fugado, señor! —respondió, jadeante, el oficial.

—¿Pero, quién? —La pregunta fue casi un aullido.

—Clark Hoffman, señor.

—¡No! ¡«El Reptil»... en libertad! ¡No, no puede ser! ¡Nadie escapa de la celda de la muerte!

—Hoffman lo ha logrado, señor. No podemos saber cómo, pero lo logró. Es un demonio de astucia. Sus dos carceleros están allí, señor. Degollados los dos. Brutalmente, como si fueran simples corderinos...

—Dios mío —el sacerdote, muy pálido, cruzó sus manos—. Eso es espantoso...

—¡Se lo dije, padre! ¡Ese hombre es un monstruo, una alimaña sin conciencia! —Miró al oficial con furia helada—. ¿Dónde está ahora? ¿Quiénes le persiguen?

—No podemos saberlo a ciencia cierta, señor. Hemos hallado los cadáveres desangrados en la celda, por pura casualidad, al hacer nuestra ronda habitual. No han funcionado los timbres de alarma, no han detectado la fuga los mecanismos electrónicos ni los dispositivos de infrarrojos. Es el mismo diablo, señor, no cabe duda...

—¡Eso no tiene nada de diabólico! Hoffman es un experto en electrónica. Posee un cerebro terriblemente desarrollado para el

mal, y un ingenio desesperado y sutil como pocos. Sin duda ha encontrado el medio de eludir los timbres y contactos. ¿Pero cómo?

—Además, alcaide, eso es sólo una parte de la fuga —observó el sacerdote—. ¿Y salir de Sing-Sing?

—Eso, padre..., es totalmente imposible —el director de la prisión apretó los labios con firmeza—. Permítame que le diga que no existe posibilidad alguna de fuga para «El Reptil»... ¡No puede salir de aquí!

Cosa de cinco horas más tarde, el desesperado e incrédulo alcaide tenía que convencerse de lo erróneo de su afirmación, por imposible que pudiera parecer. La fortaleza inexpugnable, los muros de enorme espesor y gran altura, las torretas metálicas con agentes armados de ametralladoras y de potentes reflectores, el sistema electrónico e infrarrojo detector de fugas, la misma nutrida fuerza policial de la prisión, todo, en suma, había sido inútil para evitar la desaparición del condenado a muerte.

«El Reptil» había desaparecido como evaporado en el aire. O al menos, ésa fue la creencia general, hasta que el reverendo regresó al despacho del alcaide, cerca ya del mediodía, con el teniente Harris, de la guarnición especial de Sing-Sing.

—Una parte del enigma está explicada ya —empezó con voz serena el reverendo—. Se ha encontrado la ambulancia celular volcada en la carretera general a Nueva York.

—¿Eh? —estalló el alcaide—. ¿Y qué mil diablos explica eso, padre?

—Cálmese, amigo mío —dijo con expresión firme el religioso—. No adelantará nada excitándose de ese modo.

—¿Pero qué relación puede tener la ambulancia celular con Clark Hoffman?

—Una muy sencilla. Esta madrugada, usted autorizó a salir con destino al Hospital Bellevue al capitán Perkins, víctima de un grave caso de peritonitis, ¿no es cierto?

—Pues... sí, ahora lo recuerdo.

—Perkins no llegó jamás al Hospital. Se ha encontrado su cadáver, con la columna vertebral rota por unas manos enormes, de fuerza gigantesca, y desprovisto del uniforme.

—¡Pero Perkins era un hombre recio, vigoroso!

—Por eso lo eligió Hoffman para su fuga. Vistiendo su uniforme, se quedó tendido en la enfermería, sin duda alguna. Nunca sabremos si el enfermero y el agente que habían de conducirlo descubrieron la superchería aquí o en la ambulancia, y hubieron de llevarlo a viva fuerza, hasta que podamos cazar de nuevo a ese hombre.

—Ellos nos lo dirán, si son interrogados...

—No, alcaide. Los dos han muerto. Están destrozados, en la ambulancia. Hoffman huyó, no sé si en otro coche o a campo traviesa. Lo cierto es que no hay rastro de él ni huellas visibles a simple vista.

—¡Cielo santo! —El alcaide hundió la cabeza entre las manos—. ¿Se dan cuenta de este horror? ¡No es un hombre, no es un ser humano! ¡Es un monstruo, un demonio devastador y cruel que no se detiene ante nada! Cinco vidas ha costado su fuga... y seguirá matando todavía, hasta saciarse, ahogado en sangre...

El sacerdote se estremeció, inclinando la cabeza. Susurró, apenado:

—Dios no lo quiera. La suerte ha podido hacer huir a Hoffman de
Sing-Sing

cuando no tenía la menor posibilidad de lograrlo, pero su buena racha ha de quebrarse...

El alcaide ya no le escuchaba. Pegado al teléfono, daba rápidas órdenes a sus patrullas, para que batieran todo rincón del paraje. Después colgó, para volver a alzar el receptor y marcar febrilmente un número.

Con la vista fija en el sacerdote, observó:

—¿Sabe lo que pienso, padre?

—No sé...

—Creo que «El Reptil» se ha ido a Nueva York.

—¡Nueva York! Eso será tanto como entregarse.

—No lo crea. La ciudad es el mejor escondite para un ser como él. En pueblos, villas o caseríos, sería reconocido en el acto, y perseguido hasta ser acorralado. Además..., está su venganza.

—¿Qué venganza? —preguntó gravemente el reverendo, inclinándose con interés hacia él.

—La que prometió llevar a cabo entre las personas que le enviaron a la silla eléctrica. Hizo un juramento terrible desde el mismo estrado de la sala, y en un ser como él, significa que a la primera oportunidad lo llevará a cabo.

—¡Es preciso poner alerta a esas personas, entonces!

—Es exactamente lo que voy a hacer —declaró el alcaide. Y volviéndose al auricular añadió con voz apremiante, llena de urgencia—: ¿Nueva York? Sí, quiero línea directa con la Oficina Federal de Investigación en esa ciudad. Es urgente, muy urgente...

Al otro lado del hilo, pronto sonó una voz.

Y la maquinaria poderosa, implacable y vastísima del
F. B. I.

se puso en movimiento para buscar, localizar y capturar o dar muerte a Clark Hoffman, «El Reptil», el hombre enloquecido por el odio a sus semejantes y por su propia deformidad física y mental, que como una sombra aterradora se cernía ahora sobre las vidas ajenas...

* * *

Desde Nueva York, los agentes federales se pusieron en inmediato contacto telefónico y telegráfico con el Cuartel General en Washington.

El «Federal Bureau of Investigaron» localizó y difundió inmediatamente por todo el Estado de Nueva York, especialmente la ciudad y sus alrededores, centenares de fotografías detalladas y descripciones exactas del fugitivo. Fotocopias a gran escala de sus huellas dactilares y rasgos antropológicos corrieron sobre las mesas de los Precintos policiales y Departamentos del Gobierno.

Comenzaba la caza de Clark Hoffman, «El Reptil», mientras los teletipos transmitían con monocorde golpeo las tiras escritas:

«Clark Hoffman, alias “El Reptil”. Fugado de el mismo día señalado para su ejecución. Convicto de seis asesinatos. Ha cometido cinco más para huir de la prisión Sing-Sing

»Estatura, un metro noventa y siete. Encorvado de espaldas, hombros anchísimos, cuello de toro. Cabeza totalmente exenta de cabello, a causa de un incendio que desfiguró también su rostro hace años. Piel quemada, estirada, brillante y muy pálida en la epidermis. Un ojo inmóvil, inutilizado. Numerosas cicatrices lívidas cruzan su rostro, deformándolo espantosamente. Peso, unos ciento diez kilos. Nariz roma, boca delgada. Color de los ojos, pardos.

»Sus manos, detalle típico por sus enormes dimensiones. Totalmente fuera de lo común por su desarrollo muscular, fortaleza y amplitud.

»Peligrosísimo. De no ser posible capturarlo vivo sin riesgo, tiren a matar».

El mensaje recorrió ciudades, pueblos, fue radiado una y otra vez por las emisoras de Radio y Televisión de Nueva York, y la Prensa de aquella misma noche publicó la noticia en sus primeras páginas, reproduciendo fotografías, huellas y descripciones con gran lujo de detalles.

Pero el monstruo, en libertad, continuó siendo una sombra inalcanzable que nadie conseguía localizar.

La Policía Metropolitana, en colaboración estrecha con la Oficina Federal, que era la que había llevado el caso contra Clark Hoffman al sentenciarlo a muerte» hacía incesantes batidas y registros a través de lo largo y lo ancho de la gran ciudad.

«El Reptil» continuó sin dar señales de vida...

CAPÍTULO PRIMERO

TENSIÓN

El teniente de Detectives Gallagher aplastó el cigarrillo en el cristal de su cenicero. Nerviosamente, se puso en pie con honda inspiración.

—No lo comprendo —declaró con aspereza—. Tiene que estar en alguna parte, ocultarse en cualquier sitio de la ciudad. Pero nadie da con él. Y llevamos ya ocho días de cacería desesperada...

—Ocho días sin un solo resultado positivo —aceptó el inspector-jefe Pearson—. Sin embargo, un hombre de las características físicas de Hoffman no es fácil que pase inadvertido, ni siquiera en Nueva York.

—Lo sé, inspector. Lo saben todos los hombres de nuestro Departamento, igual que lo saben los agentes federales. Pero ni unos ni otros hemos logrado encontrar la más ligera pista sobre su paradero. Al menos en eso, los

«G-Men»

no nos han ganado por la mano.

—No son ahora las rivalidades internas las que me preocupan, teniente. Es Hoffman. Mientras ese hombre se halle en libertad, muchas vidas humanas correrán peligro.

Sin responder, Gallagher se acercó al gigantesco mapa de la región neoyorquina que cubría toda una pared del despacho. Señaló con dedo acusador el punto donde se erguía Sing-Sing.

—De ahí escapó Hoffman, en un alarde de ingenio, audacia y suerte casi inconcebibles, abandonando aquí la ambulancia —señaló

otro punto, inmediato, y luego el recorrido del dedo se prolongó por la carretera, hacia la ciudad—. Por aquí encontró un automóvil y lo paró. Ha sido hallado más tarde, con un hombre al volante, cuyo cráneo había sido aplastado. Seis muertes jalonan, pues, la senda de nuestro monstruo. Y he aquí que, de repente, se esfuma. Desaparece, a casi dos millas del casco urbano, y ya no se da con el menor indicio. Registros, batidas, interrogatorios e incluso amenazas, de nada han servido. «El Reptil», evidentemente, ha encontrado un escondite. Y lo sorprendente es que nadie haya dado con él hasta hoy.

—Más que sorprendente, es alarmante, mi querido Gallagher —replicó el inspector Pearson—. Pienso en las personas de quienes «El Reptil» quería vengarse. Una aberración humana de tal especie, no descansará hasta haberlo cumplido. ¿Recuerda usted bien el triste y sensacional caso Hoffman, Gallagher?

—Naturalmente, señor. Y me asusta pensar que el caso actual, al repetirse, pueda ser aún más triste y sangriento...

—Estoy pensando en Steve Simmons —declaró de repente Pearson—. ¿Sabe él todo esto ya?

—Supongo que sí. Los federales se habrán apresurado a advertirle... Además, Simmons es hombre que sabe defenderse solo. Lo demostró entonces, ¿no?

—Puede que ahora no tuviera ocasión de demostrarlo por segunda vez. Hoffman le conoce demasiado bien, sabe que fue vencido por él. ¿Imagina que un ser de tan desarrollada inteligencia para el mal, será capaz de olvidarlo? No, teniente. Si verdaderamente «El Reptil» ha escapado para vengarse de cuantos le atacaron entonces, créame que Steve Simmons ocupará lugar preferente en su lista negra... y le reservará una clase de ataque que él no esperará...

—De momento, he hecho poner guardianes alrededor de la residencia del juez Murdock, que fue quien le condenó a muerte, del fiscal Hammond, su acusador público, y del abogado Bates, que se ganó una severa amonestación del Colegio de Abogados, por su desgana y repugnancia en defender a su cliente, Hoffman. El acusado se dio cuenta entonces de la falta de entusiasmo de su abogado defensor, y le dirigía miradas terribles al ser condenado a muerte.

—Según eso, amigo mío, tendríamos que hacer proteger a muchos ciudadanos: las muchachas que le identificaron como el asesino de aquel teatrillo del Bowery, entre ellas aquella linda corista que obtuvo tanta popularidad al identificar su figura en el momento de huir del lugar del suceso, y que posteriormente en la sala de juicios sostuvo su afirmación y declaró haber visto cómo «El Reptil» estrujaba la garganta de la bailarina hasta destrozársela. Su testimonio fue decisivo, porque en otro caso, jamás le hubieran podido acusar con pruebas concretas. ¿Se da cuenta de lo imposible de una labor así? Está también el Jurado en pleno, los peritos, siquiátras, testigos de todas las clases, que desfilaron por el banquillo para edificar la acusación contra el monstruoso asesino de mujeres hermosas que aterrorizó a toda la ciudad durante sus ocho o diez meses de horrendas actividades.

Gallagher asintió, suspirando. Se encaminó de nuevo a su mesa, y de ella tomó las fotografías policiales de Clark Hoffman. Se estremeció al verse cara a cara con aquel abominable rostro informe y lívido, de llameantes ojos estrechos. El enorme abrigo negro aún le hacía parecer más grande de lo que era.

—Estas imágenes se han difundido por todo el país, inspector —declaró—. Evidentemente, no puede tardar en caer...

—Eso es lo que todos esperamos y deseamos, teniente. Dios quiera que sea así. Pero no sé por qué, tengo poca confianza... Muy poca confianza en acabar pronto este maldito asunto...

* * *

—¡Al fin Nueva York! El regreso a casa es siempre maravilloso, querida.

—¿A casa has dicho? Suponiendo que tuviéramos casa... lo cual no es cierto, Sheree.

—No importa. A pesar de ello, Nueva York es maravilloso, Saddle. Es grande, luminoso, brillante, arrebatador...

—Y hostil como un desierto sin agua —le atajó con rapidez la otra muchacha—. Recuerda nuestros *tiempos del Cine Japonés, del Streap-Tease Palace, de Harlemis...*

—No me lo recuerdes —se estremeció Sheree volviendo a clavar los ojos en la ventanilla del Tajen—. Es eso lo que quiero recordar

de la ciudad: su luz, su alegría y su palpito, no lo otro. Lo sórdido, lo horrible, lo feo, prefiero olvidarlo para siempre.

—Dichosa tú, que puedes olvidar. Yo, no. Claro que tal vez mi lucha ha sido aún más difícil que la tuya. Empecé desde más abajo, y tardé más en escalar algún puesto. En cambio tú, Sheree, hoy día eres ya la segunda figura del espectáculo de Rexe Thompson. Eso supone algo en el mundillo teatral, querida.

—Sí, claro que supone. —Sheree extrajo su pitillera de plata, con sus iniciales grabadas, una S. y una R. y ofreció un cigarrillo a Saddie y se encendió ella otro. Aspiró el humo, guardando de nuevo la plana y bella pitillera con un suspiro de añoranza—. Supone largas jiras por el país, teatros y más teatros, hoteles y pensiones, viajes largos o cortos... Trasnóchar, madrugar a veces, no parar en ningún sitio. A veces odio el teatro, Saddie.

—Pero, no cuando estás en Broadway —sonrió su compañera de departamento, cruzando las bellas piernas bronceadas. Una sonrisa de picardía iluminó su menudo semblante, desde las cejas, tan rojas como el cabello crespo y brillante, hasta la boca carnosa y sensual pasando por los maliciosos ojos azules—. Entonces eres feliz, Sheree. ¿Es por Broadway solo... o por algo más?

—¡Qué cosas preguntas! —A pesar de su aire de protesta, enrojeció la otra joven, la de pantalones negros ajustados a sus largas y torneadas piernas, suéter blanco, muy ceñido, y rubia cabellera natural, en perfecta armonía con el ámbar de sus ojos y el rojo de sus labios—. ¿Qué otra cosa puede haber en Broadway que me atraiga?

—Tal vez Steve Simmons —rió Saddie alegremente—. ¿O ya le has olvidado?

El color aumentó bajo la piel tersa de la bella muchacha. Al respirar con fuerza, su torso amenazó la firmeza del punto de su jersey.

—Steve Simmons es un buen amigo. Nada más, Saddie.

—¿Nada más?

—Tú sabes que no ha habido nunca nada entre los dos.

—Yo sólo sé que él te mira del modo como a mí me gusta que me miren. Y que tú te pones bastante nerviosa cuando ello ocurre.

—Bien, ¿y qué significa eso por sí solo? —replicó la rubia Sheree, aspirando el humo de su cigarrillo.

—Nada... si no fuera porque ahora también te pones nerviosa —rió Saddle.

—A veces eres odiosa. No me gustaría en absoluto un hombre como Simmons.

—¿Por qué no? Es joven, guapo, atlético e inteligente. Una de esas mezclas masculinas que sólo existen en el cine.

—A pesar de todo, no me casaría con un hombre como él.

—Pues no lo entiendo, a no ser que busques un millonario.

—No me importa el dinero, y tú lo sabes. Pero Simmons... ¿Crees que un policía puede hacer feliz a una chica?

—No es un policía vulgar. Pertenece al Departamento Federal. Hasta en eso parece de cine.

—Sólo sueñas con el cine. Yo que tú, me iría a Hollywood... si tu amor te deja, claro está.

—¿Mi amor? —se escandalizó ella—. ¡Estás loca! ¡Yo no tengo amores!

—Vaya. De modo que me obsequias a mí con un novio detective, de esos que andan siempre a tiros con los delincuentes, y tú quieres quedarte al margen cuando nombran a tu adorado Brian Heywood, el mejor abogado de la ciudad. Odio la hipocresía, querida, y tú me resultas a veces abominablemente hipócrita...

Iba a responder Saddle, muy enfadada, cuando la puerta del compartimento se abrió, y un joven camarero negro asomó, anunciando:

—Estación Pennsylvania, señoritas —y al descubrir sus pantorrillas, silbó, abriendo mucho sus redondos ojos; una mirada fulminante de Saddle, le alejó por el pasillo.

—Bueno, ya hemos llegado —se levantó Sheree, recogiendo su maletín de la red. A través de la ventanilla, el contorno familiar, monumental de la gran Pennsylvania Terminal, iba acercándose a ellos.

El convoy penetró en el enorme andén abovedado. El ruido de Nueva York penetró bien pronto en los compartimentos. Compañeros de la formación teatral de ambas muchachas pasaron por el corredor, haciendo ademanes de saludo a ambas.

—No sé para qué saludan —bostezó Saddle, recogiendo su equipaje de mano—. Mañana, en el «Variety», a la hora de costumbre, ensayo. Apenas pasarán unas horas de felicidad en que

no vea a mis queridos compañeros de escena... ¡El diablo se los lleve a todos!

Sheree Rogan rió alegremente. Ambas amigas salieron al pasillo, avanzando hacia la plataforma de salida. Saddle se volvió un momento:

—¿Escribiste a la señora Miles?

—Sí, no te preocupes. Nuestro apartamento de siempre estará esperándonos, acogedor y confortable, en el mismo corazón de Broadway, apenas a unas manzanas del teatro.

—Ah... Nueva York es hermoso cuando se dispone de alojamiento seguro —alzó una mano con gracia, cuando pisaban ya el escalón de descenso del ferrocarril—. ¡Y te saludo, monstruo de hierro y cemento, con lágrimas de emoción!

Rieron ambas, saltando al andén. Y la primera sorpresa, como en agradecimiento a su saludo, se la proporcionó el inanimado monstruo ciudadano con un par de gritos simultáneos:

—¡Saddle!

—¡Sheree!

Ambas giraron en redondo, entre sorprendidas y emocionadas. Dos personas, dos hombres, avanzaron hacia ellas en derechura, desde el hacinamiento de gentes que esperaban, llegaban o se marchaban en los trenes que, sin interrupción, salían de la gran estación.

Ellas también pronunciaron sus nombres con igual simultaneidad:

—¡Steve!

—¡Brian!

Los dos hombres, altos, atléticos y bien parecidos, llegaron hasta ellas.

* * *

Un momento antes, Brian Heywood había dicho:

—Steve, ¿tú crees realmente que llegarán en este tren?

Y Simmons había contestado, con su habitual seguridad en cuanto afirmaba:

—Es evidente. La señora Miles les ha reservado su apartamento para hoy. No hay ningún otro tren procedente de Pittsburgh, donde

la compañía de revista de Rex Thompson ha actuado, que este de ahora. Ya verás como vienen las dos.

—A Thompson se le podría haber ocurrido volver a Nueva York en otra época del año —masculló Heywood, ceñudo—. Es un maldito inoportuno.

—¿Por qué dices eso? —sonrió Steve—. Ellas vuelven, que es lo importante...

—Sí, ¿y en qué momentos? No nos engañemos, Steve.

—¿Lo dices por... por lo que ocurre? —Simmons se encogió de hombros—. No tiene nada que ver, Brian. Sheree no corre peligro alguno. Y tu adorada Saddie mucho menos. Ella no tuvo nada que ver con... con todo aquello.

—No hablaba ahora por Saddie, sino por Sheree. Ella sí intervino.

—Deja de sufrir por Sheree. Yo me cuido de protegerla, si algún peligro la acecha. Pero sigo creyendo que todos habéis exagerado la nota con este asunto. Todavía no ha ocurrido nada que nos haga pensar en una venganza ni nada parecido. Los asesinatos, hasta el momento, han sido simples actos brutales y desesperados de un hombre que quiere huir, pero nada más.

—Barnes, mi colega Barnes, no piensa así —interpuso Heywood—. Está muerto de miedo.

—Barnes se mereció tanto la silla eléctrica como su propio defendido. Aquello no fue una defensa, fue ayudar a ir a la muerte a un hombre. Y él, como abogado, tenía un deber bien distinto que cumplir.

—Lo admito, Steve. Pero no quieres eludir los indicios. Me gustaría tener tu serenidad para enfrentarte a las cosas, eso sí. Incluso cuando estás hondamente preocupado, parece como si todo fuera igual que una seda.

—En este caso, es así, mi querido Brian. Ahora, mira allí: ya entra nuestro tren.

Y en aquel tren, tal como Simmons supusiera, llegaron ellas, Sheree Rogan, y Saddie Wilcox.

—¿Pero cómo podíais saber que veníamos en...? —empezó Sheree sorprendida.

—Ventajas de ser policía —sonrió Steve—. Lo sabemos todo.

—Hace frío en Nueva York —observó Saddie, estremeciéndose

arrebujaada en su abrigo.

—Y está lloviendo, además —agregó Brian burlonamente.

—¡Oh, no encontraremos ni un solo taxi desocupado! —se lamentó Saddle.

—¿Y para qué estamos nosotros aquí? —intervino altivamente Steve—. Mi coche espera en la puerta. A vuestra disposición, claro está.

—¡Steve, eres un sol! —dijo Saddle alegremente. Y guiñó un ojo a su amiga, añadiendo—: Empiezo a estar de acuerdo contigo, querida: Nueva York es maravilloso... por los neoyorquinos.

—Te equivocas —rió Brian—. Yo soy de Alabama.

—Y yo de Vermont —agregó Simmons de buen humor. Tomó por un brazo a Sheree, y abrió la marcha por el repleto andén, hacia la salida—. ¡Andando, amigos!

Sheree, mientras le seguía riendo, miraba de reojo a su compañero. Steve era un guapo mozo, su amiga tenía razón. Tan alto, tan ancho de hombros y elástico y bien proporcionado de figura, rebasando los seis pies. Su cabello era oscuro y rebelde, con un mechón empeñado en bailotearle sobre la ancha frente, prematuramente surcada de arrugas por su expresivo gesto habitual. La nariz recta, firme como su mentón cuadrado, su boca recta y prieta, sus acentuados pómulos.

—A Thompson le molestan las jiras, como a todos. En cuanto encontró un hueco en Broadway... ¡paff! A Nueva York otra vez. Y te aseguro que...

La música de *jazz* cesó en la radio. La voz del locutor intercaló:

—«Señores radioyentes, iniciamos el boletín de noticias de última hora. Acaban de informarnos de que el cadáver de un hombre, horriblemente mutilado, ha sido hallado en una vivienda de Mulberry Street, entre Canal y Bowery, creyéndose pertenece al juez Benedict Murdock, por lo que la policía supone que el asesinato ha sido obra de...».

Rápida, la mano izquierda de Steve Simmons cerró el receptor. Sheree, sorprendida, levantó hacia él la mirada. Por encima del volante, la sonrisa del joven agente federal resultó completamente inescrutable para ella.

—Aborrezco los sucesos, querida —se justificó—. Veo demasiados al cabo del año, para interesarme por los asesinatos que

no me incumben.

—¿El juez Benedict Murdock? —Ella repetía el nombre citado por el locutor, con un hondo pliegue entre las cejas—. No sé por qué lo he oído en alguna parte...

—Es fácil —manifestó Steve brevemente—. La Prensa airea mucho los nombres de los magistrados criminalistas...

Y rápidamente, hubo de hacer una brusca maniobra para evitar la colisión con un gran camión de una lavandería. Tras ellos, Brian Heywood respiró fuerte, y Steve lo oyó.

Sabía que, al igual que él, había escuchado el abogado la noticia radiada.

Y ambos se estaban preguntando mentalmente lo mismo: ¿cuánto tiempo tardaría Sheree en enterarse de que «El Reptil» estaba suelto... y, lo que era peor, acababa de cometer el primer asesinato de su lista vengadora?

CAPÍTULO II

EL MONSTRUO

—¡Es horrible! —El teniente Gallagher cubrió con una sábana los restos del juez Murdock. La tela blanca no logró, sin embargo, ocultar las salpicaduras de sangre.

Las había en el suelo, en las paredes. Y entre ellas, destacando sobre la decoración ocre de la estancia, la horrenda huella sangrante.

El teniente de Homicidios la contempló una vez más, procurando olvidarse del aspecto del cadáver, para no sentir náuseas otra vez. Era una mano gigantesca, ancha y poderosa que su dueño había humedecido en la sangre del muerto, para después imprimir sobre la pared una perfecta, nítida e impresionante huella roja de sus dedos y palma.

—Como en las novelas de Edgar Allan Poe, teniente —declaró alguien a su lado—. Un crimen brutal, una mente cínica y bestial, y sangre por todas partes.

—Estoy con usted, amigo mío —asintió Gallagher, volviéndose al policía que antes hablara—. Y, como en Poe también, inteligencia escurridiza para eludir la vigilancia. Nadie ha visto salir ni entrar a persona alguna que pudiera ser sospechosa. Ni un hombre de gran estatura, ni cosa parecida. El lugar es céntrico y bien iluminado. Las puertas no están violentadas, y nadie al parecer ha salido por las ventanas. Hoffman es así: cuando quiere, no deja huellas ni rastros. Sólo cuando quiere... y si no, vea esa mano impresa.

—Es suya, no hay duda. No habrá otra de iguales dimensiones en todo Nueva York, teniente. ¿Pero cómo entró y salió sin que

nadie le viera?

—No lo sé —se encogió de hombros el policía, recorriendo el piso en una y otra dirección—. ¿Vivía solo el juez Murdock?

—Con su esposa, teniente. Pero al parecer, el matrimonio hacía una vida algo... independiente entre sí. Ella no ha podido ser localizada y...

En aquel preciso instante, la puerta de la estancia se abrió. Giróse Gallagher vivamente, a la vez que la voz de un policía exclamaba con energía:

—¡No, señora, no debe entrar!...

Pero no tuvo éxito, porque una dama con traje de cóctel, en verde mar, capa de piel blanca y un gracioso sombrerito, se abrió paso a viva fuerza e irrumpió en la estancia trágica. Gallagher, rápido, se interpuso ocultando el bulto del suelo.

—¿Señora Murdock? —preguntó con premura.

—Sí, yo misma —la dama era hermosa y madura. Su maquillaje, aunque hábil, no podía ocultar esto último—. Dios mío, señor, ¿qué le ha ocurrido a mi esposo?

—Algo malo, señora. Usted... ¿usted había leído que se escapó de
Sing-Sing
un hombre llamado Clark Hoffman?

—¡Sí, sí! Benedict se preocupó mucho al leerlo en los diarios. ¿Por qué..., por qué me dice eso? ¿Acaso... acaso Benedict ha sido...? —Y al descubrir el gesto severo del policía, lanzó un grito terrible—. ¡Oh, no! ¡No, Dios mío!

Se abalanzó sobre la sábana al descubrirla, alzó su extremo, y en el acto, el teniente Gallagher se precipitó sobre ella, llegando a tiempo de recogerla en sus brazos.

—Llévensela de aquí —dijo serenamente, alzándola en brazos y dirigiéndose a un policía—. Evidentemente, ha identificado a su marido, a pesar de su aspecto...

La señora Murdock fue sacada de la habitación. Gallagher quedóse sombrío, pensativo. Acercóse a la ventana, asomada a Mulberry Street, frente por frente al Canal, y contempló las luces del alumbrado, diez pisos más abajo, de la marquesina del Cinema Bowery y la más iluminada y brillante del Western Circus, repleta de público a aquella hora.

Era un sitio difícil para entrar y salir sin ser visto, sobre todo cuando se poseía la corpulencia y físico de aquel asesino. Irritado, volvió a mirar la huella roja del muro, y masculló, cruzando la habitación con largas zancadas:

—Voy a interrogar al vecindario. Cuando llegue el forense, avísenme. Aunque creo que esa clase de heridas sólo se pueden causar con un instrumento muy cortante, si bien no tengo la menor idea de que instrumento será.

Salió al recibidor, y de éste al corredor. Las puertas de los apartamentos se abrían a un lado y otro, en crecido número. Los agentes de Homicidios iban y venían, interrogando a los vecinos de Murdock.

Gallagher, irritado, juró entre dientes cuando casi se golpeó con una escalera de mano adosada al muro. Junto a ella, había hileras de botes de pintura, pinceles y brochas, espátulas y toda clase de útiles de pintor. Un andamio cruzaba el pasillo.

—¿Por qué mil diablos no se han llevado todo esto de aquí? —protestó el teniente.

—Están pintando los pisos, señor, y no sabíamos si hacerlo desalojar —objetó un agente, acercándose.

—¡Al diablo los pintores! Que recojan todo eso y se larguen.

—Ya se han ido, teniente —dijo una voz a sus espaldas.

Se volvió Gallagher, encontrándose con un hombre alto, tosco y desgarrado, que vestía un mono azul y una gorra de igual color. Manchas de varios colores salpicaban su indumentaria.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—El capataz de los pintores, señor. Me llamo Aldo Carter. Mi personal termina el trabajo a las ocho. Me había quedado yo solo, recogiendo las cosas, cuando se descubrió el cadáver de ese caballero... Un vecino nuevo se había equivocado de habitación, encontró entornada esa puerta y salió más blanco que una pared, dando gritos. Me quedé a saber lo que ocurría, y después sus hombres no me dejaron salir.

—Está bien, váyase —gruñó Gallagher—. De todos modos, aquí no hay misterio. Sabemos de sobra quién es el culpable...

—Gracias, teniente. Buenas noches.

El capataz, Aldo Carter, se inclinó para recoger los útiles y guardarlos en una caja de madera que se veía adosada al muro.

Depositó en ella los botes de pintura, los pinceles y brochas, y se dispuso a hacer lo mismo con las espátulas y demás artefactos.

En aquel preciso instante, el teniente Gallagher, que se alejaba por el corredor hacia los ascensores, se detuvo en seco al escuchar un grito de alarma y sorpresa.

—¿Qué es eso? —Gruñó Gallagher, girando en redondo.

Se encontró con un capataz descompuesto y pálido, que sujetaba con expresión de asombro un objeto entre sus fuertes manos de pintor. Avanzó hacia él a largas zancadas e insistió, malhumorado:

—¿Qué mil diablos le ocurre? ¿Es que no tenemos ya bastantes sustos?

—¡Mire esto, teniente! —musitó el capataz—. ¡A punto he estado de no advertirlo!

Gallagher miró. Y en el acto lanzó un rugido. Arrebató el objeto que esgrimía el pintor, y lo contempló con ojos dilatados, maldiciéndose por no haberlo sospechado antes.

Era una ancha y fuerte espátula de pintor, de las que utilizan para rascar la pintura o estuco de los muros, pero su borde estaba intensamente afilado, casi como el filo de un hacha. Un líquido rojo oscuro lo cubría, y a cierta distancia podía parecer pintura.

Pero no era pintura. Era sangre. Sangre que incluso manchaba el mango de madera blanca. Y una ancha huella, la huella de una mano ensangrentada, se veía, nítida e impecable, sobre la misma.

—¡Con esto mató a Murdock! —masculló Gallagher—. Hemos tenido el arma a nuestro alcance en todo momento... y no hemos sabido verla.

—Era difícil, teniente —manifestó Carter—. Yo mismo creí que era pintura vulgar, hasta que...

—¡Un momento! —Gallagher, con expresión fanatizada, miró al capataz. Agitó la sangrienta espátula—. ¡Esto me da una idea, Carter! Usted dice que sus hombres salen a las ocho.

—Cierto.

—¿Cuántos pintores trabajan aquí?

—Además de yo mismo, siete, señor.

—¿Alguno de gran estatura o corpulencia fuera de lo corriente?

—Si acaso, yo —sonrió el capataz—. Los demás son todos más bajos, excepto Latham.

—¿Quién es ése?

—Un muchacho que trabaja conmigo desde hace un par de años. Es alto y muy delgado.

—No me sirve, entonces. ¿Alguien controla sus salidas y entradas de la casa?

—En lo que respecta al trabajo, es misión mía. Ignoro si el conserje, como responsable de la casa, controla también sus salidas y entradas.

Gallagher, sin vacilar, se lanzó a por el ascensor, y permaneció dentro de él agitándose impaciente hasta alcanzar la planta baja. Allí buscó al conserje. Y la respuesta de éste fue negativa. No, nunca atendía a los pintores, porque eran gente que acudían a trabajar, y para él, un pintor era siempre igual a otro, con aquel uniforme de mono y gorra azules.

—Bien —impaciente, Gallagher, abordó otra cuestión—. Antes le pregunté si alguien de estatura y complexión poco corriente había entrado o salido del edificio, y usted respondió negativamente. ¿Qué puede decirme si añadido que ese hombre tan alto y fornido entró y salió bajo un uniforme azul de pintor, posiblemente con la cara oculta o manchada de pintura?

—Pues no puedo recordar que... ¡Manchada de pintura! —se cortó casi con un chillido. Alzó sus ojos velados por gruesas gafas hacia el policía—. ¿Ha dicho manchada de pintura?

—Sí —masculló Gallagher, a punto de ahogarle en el propio comptoir—. Eso he dicho.

—¡Ahora lo recuerdo! Claro, lo recuerdo muy bien... Salió el último, después del grupo de los demás, un poco rezagado.

—¿Podían verle los otros? —Casi sin aliento, hizo la pregunta Gallagher.

—No. En realidad creo que no se volvieron ni una vez a mirarle. Salió muy despacio, y parecía más bajo de lo que usted dice... tal vez porque caminaba muy encorvado de hombros. También me pareció que sus piernas eran muy zambas.

—Todo eso reduce la estatura de un hombre. Prosiga, por todos los diablos. ¿Y su cara?

—A eso iba. Tanto su cara como sus manos iban muy manchadas de pintura. Grandes chafarrenones blancos, verdes y rojos en la cara. Y lo mismo en las manos. Parecía un payaso, teniente. Pero en ellos es normal terminar así la tarea. Bueno, tal vez no tan sucios...,

pero usted ya me entiende.

—Sí, le entiendo. Pasó ante sus propias narices, y usted no nos lo dijo antes. Ensució su cara de pintura para no ser reconocido por sus cicatrices y su horrible aspecto. Redujo cuanto pudo su estatura, y usó el único disfraz que le daba acceso aquí, el de pintor. ¡Qué hatajo de imbéciles estamos todos hechos!

Se lanzó hacia sus hombres situados en la entrada y comenzó a disparar órdenes con la rapidez de una ametralladora. Los agentes se dispersaron con la misma celeridad que sus palabras, y un automóvil despegó del bordillo de la acera, con un policía junto al volante, dando instrucciones vertiginosas por el micrófono de la emisora volante de Homicidios.

Pronto toda Nueva York sabría que «El Reptil», bajo el disfraz de un pintor, había sido el asesino de Benedict Murdock, el juez que le condenó a muerte un año atrás.

En el mismo instante, otro automóvil, esta vez un «Lincoln» negro, frenó con un chirrido de llantas en la acera opuesta.

Un hombre alto y fornido, cubierto con un abrigo negro, saltó al asfalto. Gallagher, al reconocerle, se apresuró a cruzar corriendo la calle Mulberry.

—¡Simmons, diablo! —masculló—. ¡Te esperaba por aquí, muchacho! ¿Has oído el boletín de la radio?

—Sí, lo he oído —declaró el agente federal—. ¿Qué hay con eso de Murdock?

Gallagher se lo contó rápidamente y le mostró la espátula sangrienta, que ahora llevaba envuelta en un pañuelo.

—De modo que no hay dudas: es Hoffman —concluyó sombríamente Simmons.

—Sí. Es Hoffman. No me gusta creer en las apariencias hasta estar seguro. Después de todo, Murdock tenía muchos enemigos. Pero ahora está todo claro. Ese monstruo vuelve a las andadas. Y se esfuma como lo hacía antes, cuando mataba jovencitas en los teatros, en los jardines públicos y en las calles poco frecuentadas. El mismo sádico asesino vuelve. Pero con una nueva obsesión: la de la venganza.

—La venganza... —Simmons se estremeció, ceñudo.

—¡Eh, muchacho! —Gallagher se echó a reír—. Se te ha puesto cara de funeral. No me dirás que todo un agente del Tío Sam siente

miedo de la venganza de un loco...

—No es miedo por mí, Gallagher. Es por Sheree...

—¡Sheree Rogan! Diablo, pero ella no corre peligro mientras no vuelva a Nueva York.

—Ése es el caso, precisamente. Ha vuelto. La compañía de Rex Thompson está aquí... y ella iba a mi lado en el coche cuando la radio dio ese boletín. Lo corté a tiempo y ella no sabe aún que «El Reptil» ha iniciado su venganza. Pero lo sabrá mañana. ¿Y qué haremos entonces? Además, corre peligro a cada momento que transcurre...

—Cielos, eso es diferente. —Gallagher había cambiado totalmente de gesto—. Sheree en Nueva York... precisamente ahora. ¿Es que todo el mundo se ha propuesto agobiarme?

—Vamos, teniente. Subiremos a echar un vistazo a lo de arriba, si no le molesta. Sheree, su amiga Saddy y Brian Heywood están esperándome en el «Pavillon». No quisiera que se me enfriase la cena... o el baile con Sheree.

Los dos hombres cruzaron la calzada, brillante por la lluvia. El tráfico era intenso a aquella hora. Arriba, una ventana iluminada, un ojo más, abierto a la noche de Manhattan, fijaba el lugar donde un hombre había muerto asesinado...

A espaldas de los dos hombres, sobre el muro del Western Circus, e iluminado por los raudales de claridad de su marquesina semicircular, un gran cartelón parecía reírse de las tribulaciones de aquellos defensores de la Ley.

Era un grande, multicolor cartel, reproduciendo la faz sardónica, riente, de un payaso de blanco rostro, enorme nariz roja y redonda, y gran peluca roja. Debajo, unas letras rezaban, en vivos colores:

*«¡LA SENSACIÓN DEL “WESTERN CIRCUS”!
¡TERCER DÍA DE ACTUACIÓN DEL “GRAN GOLIATH”,
EL PAYASO-LUCHADOR, ASOMBRO DEL RING Y DE
LA ARENA DE LA PISTA! ¡LUCHA Y HACE REÍR! ¡“EL
GRAN GOLIATH”!, ¡EL PAYASO QUE JAMAS ENSEÑA
SU VERDADERA CARA! ¡RIA CON ÉL!».*

Un clamor acogió la caída estrepitosa del contrincante sobre la lona improvisada en el anillo de arena de la pista. Los crudos focos verticales realzaron la impresionante estatura de su vencedor, el «Gran Goliath», la asombrosa complexión de aquella mole humana de músculos tensos bajo la piel sudorosa.

Unas manos enormes, enguantadas de rojo, se agitaron, en ademán victorioso. Y, en el acto, una cabriola inverosímil, arrancó las risas del público.

El rostro del payaso-luchador era grotesco, una máscara blanca, roja y negra que la luz hacía parecer aún más sardónica. Lanzando chillidos, empezó a ejecutar difíciles cabriolas, mientras su vencido contrincante era retirado al interior del circo.

Cuando el número llegó a su terminación, las ovaciones obligaron a saludar repetidas veces al payaso, sobre cuyos enormes hombros cayó una bata de brillante satén rojo, con el nombre de «Gran Goliath» impreso en la espalda en caracteres blancos.

Se retiró en medio de nuevas e incesantes aclamaciones, y otro número le suplió en la pista.

—¡Magnífico, «Goliath»! —masculló un tipo rechoncho y risueño, masticando la extremidad de un grueso cigarro. Le palmeó en los hombros al pasar, añadiendo—. ¡Eres toda una atracción, muchacho! Lástima que no enseñes tu cara a la gente.

—Si hiciera eso, perderían el interés por mí —fue la sorda respuesta del luchador, llegando opaca, bajo lo que parecía una hábil caracterización y era, en realidad, una ceñida máscara de flexible goma con la faz de un payaso.

Momentos después, entraba en su reducido camerino, señalado con una estrella de papel plateado, y cerraba tras de sí. Giró la llave y echó el pestillo.

Rápidamente, cruzó la pequeña estancia hasta un armario-ropero. Lo abrió, buscando dentro de él. Extrajo un bulto de ropas. Lo desenvolvió, apareciendo en su interior un mono azul, con el nombre de una célebre casa de pintura y decoración de interiores, y una gorra de igual color y marca.

La inexpresiva cara de goma coloreada no reflejó, naturalmente, gesto alguno. El «Gran Goliath» extrajo un pequeño maletín de

debajo de su tocador, y dentro de él metió todo aquello, cerrándolo después con doble cierre.

Las manos enguantadas de rojo hurgaron en su caja de pinturas, y extrajo un tubo de maquillaje compacto. Abierto, no ofreció tal maquillaje, sino un rollo de papel, que el payaso extendió sobre la mesa.

Los brillantes ojos pardos, tras las rendijas de la mascarilla de goma, recorrieron los nombres allí escritos. A la vez, su dedo iba pasándolos uno por uno:

- Juez BENEDICT MURDOCK.
- Fiscal DEREK HAMMOND.
- Abogado PRESTON BARNES.
- Testigo HARVEY MILLS.
- Testigo SHEREE ROGAN.
- Agente federal STEVE SIMMONS.
- Teniente GALLAGHER, de Homicidios.

La mano enguantada de rojo aferró un lápiz de maquillaje. Hizo un violento, largo trazo sobre el nombre superior. El juez Murdock quedó tachado de la lista por una raya azul, muy gruesa.

—Uno menos —dijo sordamente la voz, bajo la mascarilla—. Ya sólo quedan seis en mi lista...

Soltó el lápiz, guardó el rollo de papel nuevamente, dentro del tubo de maquillar y alzó la mirada, clavando los duros ojos fulgurantes en el espejo oval. Contempló aquel falso rostro de goma que cubría el suyo. La faz burlona y sin movimiento de un payaso.



Luego, rápidamente, su mano arrancó en un impulso la careta, tomándola desde detrás de la oreja, donde se ajustaba, amoldándose a la propia cara.

El espejo devolvió una imagen bien diferente ahora. Sin risa ni color.

Una lívida, escalofriante faz, surcada de cicatrices horribles, que eran como hendiduras en su epidermis brillante y tersa, sin color de piel humana. El cráneo, totalmente pelado y con huellas de antiguas quemaduras...

El monstruo se contempló en el cristal azogado. Luego, se echó a reír con una risa larga, demoníaca, espeluznante...

CAPÍTULO III

BÚSQUEDA

—Un mono azul, con la marca de la casa... Una gorra con igual marca... Todo está aquí, Steve.

Simmons miró lo que el teniente Gallagher le mostraba con gesto de hastío. El maletín de cuero que lo guardara, estaba aún derramando agua sobre la mesa del policía, pero a éste no parecía importarle tal cosa. Estaba demasiado excitado con el hallazgo.

—¿Dónde lo encontraron, teniente? —preguntó el federal, encendiendo un cigarrillo.

—En el «dock 26» del East River. Lo debieron arrojar a la altura de Santa Catalina, y en vez de hundirse en las aguas, se enganchó en las amarras de una hilera de barcas, flotando hasta que lo vieron los marineros al amanecer. Me lo han traído del Precinto correspondiente, en cuanto vieron su contenido.

—¿Piensa hacer los análisis de pintura y de sangre hallados en esas ropas?

—No, Simmons. En este caso, puesto que trabajamos como entrañables hermanitos tu Cuerpo y el mío, enviaré estas cosas a los sabios de Washington. Tal vez ellos encuentren una clase especial de polvo que nos de la clave del escondite de Hoffman. Quizá tus sesudos amigos del Laboratorio Federal lleguen a sacar dónde se aloja por los residuos adheridos a la tela.

—Cuando se pone usted sarcástico, teniente, es insoportable —masculó Simmons—. Pero si en Washington no sacan nada de ahí, es por la sencilla razón de que no lo hay, ni nadie en el mundo lo hallaría. Recuerde que en el famoso «caso Tidings», nuestros

laboratorios lograron...

—Me sé de memoria todos los casos célebres resueltos por el F. B. I.,

amigo mío —suspiró el teniente—. De modo que ahórrate propaganda. Si quieres revisar personalmente todo esto, antes de ser enviado a Washington, puedes hacerlo.

—No, gracias. Lo que haya de poner eso en claro, si lo hay, es cosa suya, no mía. Mi interés es por el hombre, no por sus ropas.

—¡Qué sorprendente! ¿Pues qué crees que me interesa a mí?

—¿Han batido los alrededores de la vivienda de Murdock?

—¡Hemos registrado todo lugar donde puede esconderse un hombre, sin dar con la menor traza de Hoffman! —aulló el teniente, descargando un mazazo en su mesa—. ¡Un tipo de casi dos metros de estatura, pasando inadvertido en Nueva York! De acuerdo en que hay mil recovecos y escondites para un hombre hábil, pero ni siquiera las alcantarillas han sido pasadas por alto. Los más escondidos tugurios, los fonduchos, las viviendas en derribo o abandono, los albergues de los barrios bajos, los apartamentos alquilados por personas forasteras o desconocidas, en fin, todo se ha pensado y se ha revisado concienzudamente. Pero el resultado es el mismo siempre: nulo. Clark Hoffman no está en ninguna parte. O al menos, eso se desprende de las pesquisas.

—Y, sin embargo, el juez Murdock fue muerto a golpes de espátula. Una espátula afiladísima, que destrozó su rostro, su pecho, sus brazos, su cráneo... —Simmons se estremeció—. Horroriza pensar que tantas vidas estén ahora amenazadas por ese peligro latente y sin freno.

—Se ha extremado la vigilancia sobre los restantes amenazados. Agentes de mi Departamento y del F. B. I.

se alternan en la custodia de las posibles víctimas.

—¿También de... Sheree?

—También, Steve. Después de todo, tú no estás oficialmente encargado de este caso, y tus superiores han designado ya personal para llevar el asunto. ¿Ella sabe algo?

—Anoche no sabía nada, Pero ahora... no puedo seguir afirmándolo, teniente.

En aquel momento, sonó el timbre del teléfono de Gallagher.

Éste se abalanzó rápidamente sobre el aparato, descolgando el auricular. Preguntó abruptamente, escuchó, e inmediatamente se volvió a Steve, extendiéndole el teléfono.

—Para ti, Steve. «Ella» ya debe saberlo...

Simmons tornó el teléfono, preguntando rápidamente:

—¿Quién es?

—Steve, soy yo, Sheree —respondió una femenina voz familiar, sumamente alterada—. Supuse que estarías ahí, al no hallarte en la Oficina Federal ni en tu casa.

—Supusiste bien, querida. ¿Qué es lo que ocurre?

—Steve, por el amor de Dios, ¿es cierto lo que acabo de leer en los diarios? ¡Viene en primera página, con letras enormes! Y la radio acaba de dar ahora que...

—Es cierto, Sheree. Absolutamente cierto, por desgracia.

—¡Pero Steve, anoche no me dijiste nada de eso! Y recuerdo que cuando la radio dio la noticia, tú cortaste antes de que...

—Antes de que diera el nombre del presunto culpable, sí. Admito mi afán por ocultarte la realidad, Sheree. Era demasiado fea para darte la bienvenida con ella. Además, tenía esperanzas en que la labor policial diese sus frutos de forma inmediata. Por desgracia no ha sido así, y, ese monstruo anda suelto por la ciudad, pese a las constantes batidas de la Metropolitana y de los

«G-Men»

unidos.

—Steve, yo..., yo tenía derecho a saber...

—Lo ibas a saber igual, Sheree. ¿A qué amargarte ya la primera noche en la ciudad?

—Mi vida correrá peligro. Los periódicos hablan de una venganza atroz contra todos los que empujaron a Hoffman hasta Sing-Sing.

—Tonterías. A los periodistas les gusta hacer literatura negra... y barata. ¿No les conoces ya?

—¿Entonces por qué ha matado a Murdock? Ahora he recordado su nombre. Era el juez en aquel proceso donde yo declararé contra «El Reptil». ¡Si le ha recordado a él, con más motivo me recordará a mí!

—Los testigos no corren peligro —mintió fríamente Simmons—. Son los letrados, los policías, todos cuantos intervinimos directamente en su condena los que estamos marcados por su

venganza. De modo que no te asustes ni te preocupes por nada.

—¿Y estando al margen de todo riesgo me has ocultado lo que sucede? —La voz de Sheree era serena pero contundente—. No, Steve, no puedes engañarme... ni debes hacerlo. Será mejor estar alerta, esperar el golpe... y tratar de huir de él por todos los medios.

—Sheree, eres una chiquilla muy valiente. Pero no será preciso llegar tan lejos. Antes de que algo te amenace, Clark Hoffman habrá caído en nuestras manos. No puede escapar de la ciudad, no puede dejarse ver por las calles ni en sitio público alguno... Está acorralado por completo.

—Pero puede matar al juez Murdock y a otros como él, ¿verdad, Steve? —terminó con suave ironía la joven, colgando el receptor.

Irritado, Simmons descargó un golpe sobre la horquilla al imitarla. Miró de hito en hito al teniente Gallagher.

—¡No se puede engañar a Sheree! —masculló—. Es demasiado inteligente para ello. Me marchó, teniente.

—¿A dónde? ¿A *cazar* tu sólita a «El Reptil»? —bromeó lúgubrementes Gallagher.

—¡No! —Se detuvo en la puerta, con la mano en el pomo—. ¡A pedir a mis superiores que me designen la custodia de Sheree Rogan!

—Buena misión les pides, hijo —bostezó el teniente, volviendo a ensimismarse en la contemplación del mono azul hallado en los *docks* del East River.

Steve cerró con un violento portazo tras de sí.

* * *

En cuanto Rex Thompson señaló un alto en el ensayo, Sheree abandonó a la carrera el escenario del Variety, para correr junto a la puerta de salida de artistas, donde Steve la aguardaba, sombrero en mano, desde casi el principio del número varias veces repetido antes de darlo por bueno.

Rápidamente, el agente federal contó a la muchacha cuanto había sucedido. Procuró ahorrarse una serie de detalles poco agradables, pero por el gesto de la joven, imaginó que ya los había conocido a través de los relatos de los reporteros de sucesos.

Sheree le escuchó atentamente. Al final, tras una pausa

inquietante, interpeló ella:

—¿Y ahora qué?

—No podemos saberlo —dijo Simmons, encogiéndose de hombros—. Lógicamente, no puede tardar en ser nuestro. Tiene una probabilidad entre mil de seguir en libertad un solo día más.

—Suponte que las cosas no se dan con la lógica que todos deseamos. ¿Qué sucederá entonces? ¿Quién será el siguiente en su lista?

—No pienses en eso. —Steve irguió la cabeza con firmeza—. Acabo de hablar con el subdirector federal Howard. Se resistía, pero ha terminado autorizándome.

—Autorizándote, ¿a qué?

—A ser tu escolta.

—No te comprendo bien, Steve.

—Es muy fácil. Puedo ir contigo a todas partes, dormir a la puerta de tu casa si lo deseas. Seré tu fiel guardián durante todas las horas del día, mientras Hoffman continúe en libertad.

—Ya —los ojos de la hermosa muchacha se entornaron. Cruzó sus piernas bronceadas, que exhibía con sus cortos pantalones de ensayo, y estudió fríamente al federal—. Algo así como un perrillo faldero con placa del

F. B. I.,

¿no es eso?

—Bueno, no es exactamente todo lo desagradable que tú dices, Sheree. Se trata de una vigilancia que por pura prevención debemos establecer junto a ti.

—Y tú has solicitado ocuparte de ella, ¿no es cierto?

—Sí. Será una tarea que nadie podrá hacer con más interés que yo, Sheree.

—¡Fuera de aquí, polizonte! —gritó de repente la joven, señalando con ira hacia la salida.

—¿Eh? No te comprendo, Sheree...

—¡He dicho que te largues, y lo más lejos posible, Steve Simmons! ¡No quiero guardianes, no admito escoltas, y tengo perfecto derecho, como ciudadana americana, a rechazar semejante idea y no permitir que nadie me acompañe! ¡Y mucho menos tú, detective de opereta!

—Pero Sheree, eres injusta... —Trató de intercalar Steve.

—¿Injusta? ¿Me llamas injusta, cuando debería arrojarte a puntapiés? ¡Oh, Steve, no sé cómo se te pudo ocurrir tal idea! ¿Imaginas que voy a soportarte a mi lado en plan de policía, husmeando alrededor, probando mis comidas, vigilando puertas y ventanas, y sabiendo que cada vez que me sonrías o me cojas por el brazo, tu otra mano empuñará la pistola, presto a vaciarla contra alguien?

—Se trata de tu seguridad personal, Sheree.

—¡No quiero seguridades personales de esa clase! ¡Vete lo más lejos posible, Steve, y si realmente buscas cubrirte de gloria ante tus superiores capturando a tu hombre, más vale que te dediques a custodiar a otro cebo que no sea yo!

Y a punto de romper a llorar, Sheree Rogan echó a correr, subiendo las escaleras que conducían al primer piso de camerinos. Steve iba a seguir tras ella, cuando se encontró con la recia y obesa mole de Rex Thompson y su inseparable pipa maloliente expeliendo humo, entre los gordos labios fruncidos. Su chaqueta de *sport* blanca y verde, era un auténtico grito del peor gusto, pero el famoso empresario se creía muy elegante con ella. Y para realzarla, la corbata amarilla era todo un poema.

—No, Simmons —dijo interponiéndose con su redondo corpachón de tonel, afirmado sobre dos piernas notablemente cortas—. Será peor que trates de calmarla. No sé lo que ocurre entre vosotros, pero Sheree es una chica algo histérica, como todas las chicas de teatro. Será mejor que la dejes calmarse, y más tarde la abordarás otra vez. Sería capaz de estropearme el estreno, si le diera un ataque de nervios.

—Tiene todas las razones del mundo para que le dé. ¿Sabes ya lo de Hoffman, Thompson?

—Sí —la faz lunar del empresario se nubló. Hasta la cachimba dejó de echar humo apestoso—. Lo he leído ya, Simmons. Por eso le decía lo de Sheree. Está asustada, aunque trate de disimularlo.

—¿Y no le sobran motivos? —Una nueva voz intervino en la charla. La pelirroja Saddie apareció tras unos decorados, arrojando un cigarrillo a tierra. Su magnífica figura era una sinfonía mareante de curvas, con aquellos brevísimos *shorts* y la blusa amarilla pegada a la piel—. Es criminal lo que ocurre, Steve. Dejan escapar a Hoffman como si de un ladronzuelo vulgar se tratará; toda la policía

de Nueva York y Washington no se basta a encontrar el menor rastro suyo, y encima le ocultas tú, Steve, lo referente a «El Reptil», cuando anoche ya lo sabías todo.

—Nada ganaba con asustarla antes de tiempo —cortó abruptamente Simmons.

—Dios mío, otra vez ese hombre —se lamentó con plañidera voz el empresario—. Ya en una ocasión, atacó y mató a una chica de mi compañía. De no ser por Sheree, nadie le hubiera podido identificar. Y ahora, cuando la pesadilla parecía terminada, vuelve con más fuerza y más horror que nunca...

—Pero como todas las pesadillas, será corta —afirmó Simmons con una seguridad que para sí hubiera deseado—. No puede suceder nada, y eso es lo que trato de hacerle ver a Sheree ahora. Pero ella no quiere que yo me encargue de su custodia oficial.

—La comprendo muy bien —suspiró Saddie—. ¡Tiene que ser horrible, llevar al lado a un muchacho guapo y arrogante, que te acompañe en misión oficial a todas partes! ¡Se sentirá una como... como una valija diplomática de gran valor, en vez de ser una mujer joven y sensible!

Simmons respiró hondo, con exasperación. Nunca entendería a las mujeres. Masculló una despedida, y se encaminó a la salida del escenario. Ya en la acera, bañada por un pálido y frío sol invernal que en nada entibiaba la baja temperatura, se encontró con Brian Heywood, bajando de un «Oldsmobile» color azul y blanco. El joven abogado sonrió, frenándole.

—Eh, Steve, ¿a dónde vas con esas prisas?

—¡Al mismo infierno! —replicó Simmons, metiéndose en su negro «Lincoln»—. ¡Por lo menos allí, los asesinos y las estrellas de revista no darán tanta guerra como en este maldito mundo!

Arrancó a bastante velocidad, mientras Heywood reía de buena gana.

Se detuvo en un puesto de periódicos a adquirir la última edición de un diario bastante sensato en la cuestión de sucesos. A pesar de ello, también dedicaba a «El Reptil» su primera plana. Pero con este consolador epígrafe en gruesos caracteres:

«EL REPTIL» NO COMETERÁ MAS CRÍMENES.

—DECLARA EL INSPECTOR-JEFE DE HOMICIDIOS,

*SINCLAIR PEARSON—. SUS HORAS DE
LIBERTAD ESTÁN CONTADAS».*

Steve echó a un lado el periódico, continuando la marcha por entre el denso tráfico de Broadway. Si al menos el propio Pearson hubiera creído de buena fe lo que decía, el joven agente federal se hubiera sentido mucho más feliz.

Pero una sombría corazonada le estaba diciendo una y otra vez, que Pearson no iba a ser un buen profeta, al menos en aquella rotunda afirmación difundida a toda la ciudad.

Las horas siguientes se encargaron de confirmar, con horrible contundencia, esos temores secretos de Steve Simmons.

CAPÍTULO IV

EL SEGUNDO SENTENCIADO

Derek Hammond escrutó el jardín por encima del punto de mira de su rifle, dotado de teleobjetivo. Las rectas perpendiculares graduadas desfilaron por su ojo derecho, recorriendo las sombras de los setos y macizos de arbustos.

Pero todo seguía igual allí, lo mismo que en la avenida bordeada de árboles, al otro lado de la cerca de madera.

Nerviosamente, tomó su paquete de cigarrillos y encendió uno, sin utilizar más que una mano, mientras la otra aferraba el rifle apoyado sobre el respaldo del canapé y el alféizar de la ventana. Un leve ruido a sus espaldas, procedente de la escalera de acceso al piso alto de su residencia, le sobresaltó. Giró en redondo, asestando hacia allí el arma.

Respiró con fuerza al reconocer a quien bajaba. Norma le sonrió dulcemente. Su esposa era la más comprensiva de las mujeres. No se alteraba como él, no crispaba sus nervios con frases histéricas e inútiles explosiones de desesperación. Cuando él le había dicho seriamente, mientras engrasaba su rifle aquella mañana:

—Será mejor que esta tarde, tú y los chicos os vayáis a casa de tía Evelyn.

Ella había respondido suave, apaciblemente:

—Sí, Derek. Será lo mejor para ellos. Y para ti también. ¿Tú qué vas a hacer?

—Esperar aquí. Armado y en vela. Si viene, le coseré a balazos. Hoffman no es un buen tirador con armas de fuego. El necesita la proximidad, el cuerpo a cuerpo, para triturar a sus víctimas. Yo no

le daré esa oportunidad.

Norma había objetado únicamente:

—Derek, déjame estar a tu lado. Los niños irán con tía Evelyn, pero yo puedo quedarme, vigilar cuando tú duermes...

—Esta noche no dormiré. Mañana, tal vez Hoffman haya caído. Si quiere atacamos a todos, no puede perder fechas, ni siquiera horas. Sabe que su libertad está limitada. O no le conozco bien, o le es indiferente morir al final. Pero *únicamente* al final. Hasta entonces, apurará sus minutos para aniquilarnos a todos. ¡Y veremos si le es posible!

Ella no había insistido. Conocía bien a su marido. Sabía que cuando Derek Hammond decía una cosa, era igual que cuando acusaba en los tribunales. Enérgico, contundente, preciso. Sin admitir objeciones.

Ahora, se iban los tres. Norma, Jack y la pequeña Doris. Rápido, Derek ocultó en el fondo del canapé el rifle, cuando los niños aparecieron tras de Norma, que llevaba una pequeña maleta con todo lo indispensable.

—Papá, ¿tú no vienes con nosotros? —le preguntó con su vocecita atiplada y dulce la niña.

Él denegó lentamente con la cabeza, procurando parecer preocupado.

—No, querida. Tengo mucho trabajo que hacer. Vosotros pasaréis el fin de semana en Nueva Jersey. Yo iré a reunirme con vosotros el lunes.

Les besó con suavidad, con dulzura. Pero reprimiendo sus ansias de hacerlo con más fuerza, por si todo fracasaba y caía como había caído su viejo amigo Murdock.

Después, le tocó el turno a Norma. Esto era más difícil aún. Sin embargo, pudieron ambos conservar la serenidad.

El beso rápido, suave, fue mucho más intenso y desesperado de lo que parecía. Los chicos jamás llegaron a saberlo. Para ellos, sería un fin de semana cualquiera.

—Te esperamos, Derek —dijo ella, con angustia, desde la salida—. No tardes en reunirse con nosotros.

—No tardaré —prometió el fiscal con una sonrisa.

Salieron. Les vio cruzar el jardín y les dijo adiós con un ademán, al que los chicos contestaron alegremente, y Norma con lenta

preocupación. Cuando el coche se hubo alejado, con un ronroneo del motor, por la avenida arbolada, Hammond borró del rostro su sonrisa. Una dura expresión de cautela la suplió, y el rifle volvió a sus manos firmes, sin un temblor.

Se acomodó en el canapé, volviendo a encender otro cigarrillo con una sola mano. El otro yacía aplastado en el cenicero con forma de trébol de la baraja. Apagó las luces de la salita, dejando que entrara solamente la claridad de los faroles del alumbrado de la avenida de árboles que desfilaba ante su vivienda. A través de la vidriera, el jardín era totalmente dominado, desde la cerca de ladrillos hasta los escalones del porche, por el punto de mira telescópico de su rifle.

Los minutos transcurrieron con una lentitud desesperante. También las horas...

Iban acumulándose cigarrillos sobre el cristal negro del cenicero. El rostro de Hammond brillaba a causa del sudor. Entre sus manos, el rifle resbalaba a veces sobre las palmas húmedas.

Coches, transeúntes, toda clase de gente pasaba frente a la puertecilla de verja. Pero nadie miraba siquiera a la casa del fiscal. Eran gente habitual, personas como él, como las demás. Ninguno de ellos podía ser Clark Hoffman, «El Reptil».

Tal vez se había equivocado y no corría peligro. Acaso lo de Murdock había sido un caso aislado, una venganza limitada. Pero ¿olvidaría un ser como Hoffman la virulenta, terrible acusación edificada contra él por Derek Hammond, frente al Jurado, que al término de sus reconstrucciones y teorías, miraba con horror infinito al monstruo humano sentado en el banquillo?

No, Hoffman era de los que jamás olvidan. Lo estaba demostrando...

De pronto, una sombra se proyectó sobre el senderillo de grava. El rifle buscó inmediatamente la horizontalidad, y las pupilas de Hammond se achicaron. La luz de la farola inmediata daba de tal modo en la figura humana, de largo abrigo y sombrero de anchas alas, que producía la impresión de un enorme murciélago en tierra. El dedo vibró en el gatillo.

De repente, la sombra se agitó, pareció avanzar, y finalmente se retiró, en compañía de otra sombra estrechamente enlazada, ésta con faldas y largos cabellos, que hasta entonces permaneciera fuera

de la visual de Hammond.

El fiscal suspiró, relajado, al descubrir que el abrazo furtivo entre dos jóvenes le había llegado a atemorizar. Tenía que controlar sus nervios. Tal vez le fuera bien una taza de café.

Se incorporó, sin perder de vista la vidriera. Dejó el rifle sobre el canapé, y avanzó hacia la inmediata puerta de la cocina, donde Norma había dejado precavidamente el agua hirviendo en un hornillo. Abrió un bote de café en polvo y se sirvió en una taza, con movimientos rápidos. Sin echarle azúcar, removió la mezcla.

Detuvo su acción, con los sentidos alerta. Le había parecido percibir un rumor en la sala. Avanzó, con la taza humeante en una mano, rígido y preocupado. Pero todo seguía igual. ¿Cómo iba a sonar nada en la sala? Para llegar allí, quien fuese, tendría que cruzar el jardín, porque por la parte posterior, un edificio mucho más alto cubría todo camino. Y a los lados, altísimas cercas y edificaciones separadas por grandes jardines, impedían el acceso.

Vio el canapé, con el rifle sobre el respaldo, las penumbras del jardín y las copas de los árboles en la alameda. Pasó un autobús...

Con una fuerte inspiración, Hammond avanzó lentamente hacia el canapé, sorbiendo la infusión aromática y negra. No pudo ver que la gigantesca sombra proyectada sobre los escalones de acceso al piso alto de La casa, se movía como si estuviese viva, justamente a sus espaldas...

Cruzó la sala, sin temor. La sombra, en la escalera, creció, se hizo más densa, materializándose en una enorme, ancha, poderosa figura cubierta por un abrigo negro, un sombrero amplio, unas manos grandes, enguantadas de negro, que avanzaron engarfiadas...

Unos zapatos negros, de gran tamaño, pisaron los escalones, descendieron uno a uno.

Unos ojos terriblemente fijos, uno de los cuales parecía vidrioso y muerto, se clavaban en la nuca de Hammond, confiadamente vuelto de espaldas, camino del canapé.

Súbitamente, arriba, una corriente de aire empujó una puerta, cerrándola de golpe. La sombra quiso fundirse de nuevo con las otras y no pudo. Hammond giró sobre sí mismo, soltando la taza de café, que se quebró sobre el suelo de baldosas.

Un juramento escapó de sus labios. La sombra avanzó, cual un enorme murciélago surgiendo de la noche. Seis, siete escalones

cruzó de un fantástico, increíble salto, mientras Hammond corría furiosamente hacia el canapé, con los ojos clavados en el rifle, en su única posibilidad de enfrentarse al peligro, aparecido donde menos podía esperar.

En aquellos instantes breves, espantosos, la mente de Hammond corrió más que sus piernas. Recordó vagamente que Clark Hoffman había sido un portentoso acróbata, que sus músculos eran capaces de las mayores hazañas... Incluso de saltar desde la escalera de incendios del alto edificio de atrás hasta el tejado de su vivienda, y desde este descolgarse a alguna ventana del piso alto, penetrando así por donde no era esperado...

Hammond alcanzó el canapé, se dejó caer en él, girando el cuerpo inverosímilmente, y encañonando a la poderosa, ancha figura humana, de flotante abrigo negro y gigantescas manos... Descubrió, alucinado, la pavorosa faz tersa, deforme, de «El Reptil». Disparó, cuando ya le tenía encima...

La detonación ensordeció la casa vacía. El fantasmal enemigo lanzó un sonido sibilante entre los labios, a la vez que oscilaba. Pero el rifle de Hammond no pudo disparar más.

Una zarpa enguantada cayó sobre él, arrancándoselo de las manos con facilidad, a pesar de que Derek era hombre fornido. El fiscal, desarmado, vio con horror que el rifle se alzaba sobre él, enarbolado por el cañón. Una mueca horripilante de odio, de ferocidad infinita, crispaba ante él aquella faz de pesadilla...

Intentó eludir el mazazo de la culata, pero no pudo. Sólo llegó a apartarse un par de pases. El golpe le alcanzó en plena nuca, derribándole por tierra aparatosamente.

«El Reptil», con una mirada rápida hacia la cerca de la casa, bajo cuyo farol se había detenido una figura, sin duda la de un transeúnte atraído por el disparo, siguió descargando golpes y golpes sobre la cabeza ya exánime de Hammond...

Cuando otra sombra apareció en la calle junto a la anterior, el asesino se detuvo. Pero hacía mucho tiempo ya que Derek Hammond no era sino una piltrafa informe a sus pies.

Soltó el rifle, que rebotó sordamente junto al fiscal destrozado. Retrocedió la figura negra, gigante, de Clark Hoffman. El terrible ojo inmóvil no se movía en su cuenca, mientras el otro giraba, alocado, reflejando el odio infrahumano de su dueño.

A medida que retrocedía, unas oscuras gotas iban formando reguero a su paso. Con un gruñido sordo, arrancó una cortina de la ventana, rasgó una ancha tira y se la introdujo a la altura del costado. Apretó, y las gotas cesaron de caer.

Un timbre repiqueteó dentro de la casa, sobresaltando al criminal. Éste se rebulló inquieto, pero no había nadie. Nadie, salvo los hombres parados en la acera, uno de los cuales estaba presionando con los dedos en un punto de la verja. El timbre seguía sonando insistentemente.

El asesino se replegó sobre sí mismo, como si se redujera su tamaño. Retrocedió hasta la escalera por donde había llegado. Se lanzó a la carrera hacia el piso alto, y una vez en él, empujó la puerta que antes cerrara la corriente. Era una habitación infantil, con muebles esmaltados de azul celeste, y dibujos de Walt Disney en la pared. Había juguetes dispersos por el suelo de linóleo, y revistas ilustradas de héroes infantiles de la televisión.

Aquel ser alucinante pasó por allí, como un monstruo por un delicado mundo infantil y se lo engulló la noche, por la abierta ventana.

Igual que un ágil gato, trepando por los tejados, el feroz criminal se perdió en las sombras, dejando tras de sí el rastro sangriento, cruel, de su senda tenebrosa: el cadáver de Derek Hammond.

* * *

Aquella noche, los espectadores del «Western Circus» sintieron una gran decepción. «El Gran Goliath», una de las más fuertes atracciones del programa en la pista, se limitó a hacer sus números cómicos, con la grotesca y cómica máscara de payaso, pero sin que llegara a hacer cabriolas y difíciles alardes de acrobacia, como en anteriores ocasiones. Su exhibición de lucha también fue breve, sin brillo ni espectacularidad.

Con una bufa pirueta, al final de la cual pareció resentirse de un tirón muscular y se retiró cojeando, dio término a su exhibición. A los nutridos aplausos, se unieron algunos silbidos de protesta de las localidades altas del estadio habilitado para circo.

«El Gran Goliath» se retiró de la gigantesca pista, mientras los focos caían en haz sobre otra atracción, formada por tres

esculturales y hermosas pelirrojas de rojas mallas y sonrisa estereotipada.

—¿Qué le ocurre? —El jefe de pista retuvo un momento al enorme acróbata humorístico, en el corredor que conducía a los vestuarios—. ¿Por qué diablos no ha hecho acrobacias esta noche, Goliath?

—No me encuentro bien —masculló la voz del artista, tras el rostro pintarrajeado—. Creo que es un calambre o cosa parecida. Pronto estaré mejor.

—¿Quiere que avise a un médico? —pidió el otro, cambiando de tono—. Eso es diferente.

—No, gracias. No se moleste por mí. Tengo un médico amigo a quien acudir. Buenas noches. Y no tema por el espectáculo; mañana estaré bien...

Se alejó, con su pesada, enorme figura, avanzando con pronunciada cojera. El jefe de pista le siguió con expresión ceñuda, luego se encogió de hombros y apresuróse a volver al anillo del circo, para reanudar su contacto con el público, presentando las atracciones.

En el camerino del «Gran Goliath», una mano grande, pesada, depositó la máscara de goma con el rostro del payaso, frente al espejo del tocador. Después, los dedos anchos, nervudos, terriblemente fuertes, estrujaron un lápiz azul. El grueso trazo tachó un nombre:

Fiscal DEREK HAMMOND

Y se detuvo la punta azul, señalando siniestramente al nombre que seguía en la tenebrosa lista:

Abogado PRESTON BARNES

CAPÍTULO V

MIEDO

—¡Tengo miedo, mucho miedo! Y usted es el único que puede ayudarme, Heywood.

Brian Heywood miró con aire pensativo a su visitante. Le resultaba increíble que aquel trémulo hombrecillo despeinado, pálido y sin aliño, pudiera ser el mismo abogado Barnes que, con su desprecio hacia el caso encomendado, enviara a la silla a su defendido, Clark Hoffman, sin preocuparse siquiera de defenderlo debidamente.

Y, sin embargo, era él. Con diez años encima, cuando en realidad el tiempo transcurrido era infinitamente menor. Con los claros ojos dilatados y opacos por el terror.

—Preston, yo no soy un policía, ni siquiera un detective privado —comenzó Heywood con calma—. ¿Qué espera que haga por usted? La policía ha tomado sus precauciones ya...

—¡Sus precauciones! —El sarcasmo y el pánico se alternaban en la voz trémula de Barnes—. ¿De qué le sirvió eso al juez Murdock? ¿Y al fiscal Hammond? ¿Ya sabe que le encontraron anoche con la cabeza destrozada a culatazos de su propio rifle?

—Sí —asintió gravemente Heywood, inclinando la cabeza—. Un amigo mío me lo ha contado detalladamente. Se quedó solo, enviando fuera a su familia..., pero le cazaron.

—¡Había policías cerca de la casa! Más de media docena, entre los de la Metropolitana y los federales —gimió Barnes, retorciendo nerviosamente sus dedos.

—También lo sé. El agente Simmons es amigo mío, Barnes. Y él,

como federal y como directamente amenazado por Hoffman, está bien al tanto de todo. Lo que no comprendo es por qué viene usted a verme a mí. No es un abogado lo que necesita, y usted lo sabe.

—No busco al abogado, Heywood —jadeó Barnes, dejándose caer en la butaca frente a la mesa despacho de Brian. Miró con angustia al joven letrado—. Escuche, por favor: es al amigo, al camarada, a quien busco.

—Lo siento, Barnes —fríamente, Heywood achicó los ojos, entrelazando sus dedos—. Nunca me han gustado los abogados como usted. Odio a los que se dedican a defender a *gangsters* y timadores profesionales o a mujeres de pésima reputación, sólo porque les produce grandes beneficios, y en cambio en casos como el del propio Hoffman, porque no esperan sacar nada, dejan que sus clientes se pierdan sin intentar defenderles. No porque Hoffman lo mereciera, sino porque usted *debió* luchar. Para eso le pagaba el Estado.

—Está bien, aborrézcame si le parece, desprecie al colega... ¡Pero auxilie al compañero, al camarada...!

—No somos compañeros, amigos ni camaradas, Barnes —cortó Heywood—. Particularmente, me produce usted náuseas. Márchese, y hágase rodear por legiones de policías armados. Tal vez tenga suerte y se libre.

—¡Oh, Dios, tiene que sacarme del atolladero, Heywood! —Tomó aliento y agregó—: Su hermano Serge me envía. Yo... yo fui también socio del «Club 17»...

Brian Heywood le miró sorprendido. Enarcó las cejas.

—¿De veras? —musitó—. Nunca lo hubiera creído, Barnes... El club eligió siempre a sus socios. Pero, en fin, eso varía las cosas, si ha visto a Serge.

—¡Cielos, Brian, jamás me dijiste que tuvieras un hermano! —exclamó una voz a sus espaldas, con alegre cascada de risas.

La frase fue tan inesperada, que no sólo Barnes pegó un brinco en su asiento, mortalmente pálido, sino que Brian Heywood giró en su butaca con sobresalto. Al reconocer la pelirroja y estridente belleza de Saddle, no pudo por menos de tranquilizarse y sonreír.

—Por Dios, Saddle, otra vez que entres en el despacho, acuérdate de llamar. Nos has dado un buen susto.

—Perdona, querido —ella se inclinó, pero no llegó a besarle

ante la presencia del atemorizado Barnes—. No suponía que tuvieras visitas. ¿No tienes hoy libre?

—Lo era —suspiró Brian—. He tenido una visita fuera de turno: éste es Preston Barnes, un colega.

—¿Barnes? —Ella abrió mucho los ojos—. ¡Cielos, es cierto! Ahora recuerdo su rostro. Veo que debe saber ya lo de Hammond...

—Sí —musitó roncamente el abogado, tragando saliva—. Por eso estoy aquí...

—Busca ayuda. Y lo malo es que no sé qué hacer para prestársela... —pensativo Brian se rascó la cabeza—. Pero lo haré, Barnes, esté tranquilo. Hoy mismo daremos con una solución para su caso.

—Gracias. Muchas gracias, Heywood.

—Me tienes que hablar de tu hermanito y de ese «Club 17» al que nunca me has llevado, Brian —le amenazó ella—. Mucho influirán cuando ayudes a Barnes.

—Mucho —rió Brian—. Mi hermano Serge es un cabeza loca del que perdí el rastro hace años, pero buen chico en el fondo. En cuanto al club, creo que no podré llevarte nunca. Es un círculo deportivo. Y la verdad, no te imagino haciendo de *sparring* o tirando al arco.

—Ni yo tampoco —rió ella. Luego, más seria, frunció el ceño—. Por cierto, Brian. ¿Has dicho que hoy no es tu día de visitas?

—Claro que no. Barnes es una excepción. Si lo dices por el paseo prometido, vamos a irnos ahora mismo, en cuanto de a Barnes unas señas adonde puede ir provisionalmente. Allí no le encontrará Hoffman, por mucho que busque.

Se puso a escribir rápidamente en un papel. Saddie, todavía pensativa, añadió:

—No es eso, Brian. Es que ahora, al entrar por tu salita de atrás, reservada a las visitas muy confidenciales, he visto que te espera un cliente.

—¿Un cliente? —Brian alzó la cabeza, intrigado, deteniéndose a medio escribir—. ¿Estás segura?

—Completamente. Aunque no ha contestado a mi saludo, estaba allí. Y era de carne y hueso.

—Cuando Barnes llegó, esa salita estaba vacía. Mí pasante y mi secretaria se han marchado. Los días y horas de oficina figuran bien

claros en la puerta. ¿Cómo diablos se ha metido aquí ese hombre?

—Me limito a decirte lo que he visto —señaló la puerta por donde había entrado—. Ahí está ahora. Es muy alto, fuerte, con gafas ahumadas, muy negras, y bufanda y abrigo grises. Lleva sombrero, y por cierto que no se lo ha quitado.

Heywood miró de reojo a Barnes, captando su repentino terror, la lividez mortal de su faz, y tomó una decisión rápida. Concluyó la anotación, que dobló, tendiéndola a Barnes, que la tomó al vuelo, con mano temblorosa.

—Vaya enseguida a esa dirección —dijo—. Un buen amigo mío le ayudará en todo. ¡Espérate tú aquí, Saddie!

Se encaminó al cajón de su mesa, extrajo un revólver «Colt» de pesado calibre, comprobó que todas las balas estaban en sus orificios, y guardándolo en el bolsillo, avanzó hasta la puerta de la antesala con la mano hundida en la americana. Saddie, asustada, se pegó a la pared, clavando sus ojos muy abiertos en Brian.

El joven abogado abrió la puerta de un tirón. Apareció la antesala, con su doble hilera de sillas tapizadas. Pero ni rastro del hombre citado por Saddie. Estaba totalmente desierta.

—¿Y el cliente de las gafas negras? —preguntó burlonamente Brian.

—¡Estaba ahí! —Saddie avanzó, excitada, señalando la última silla—. ¡Mira, aún se ve cambiada de posición respecto a las demás!

Heywood, esta vez, frunció el ceño al descubrir la razón de Saddie.

—Es verdad... ¿Dices que era alto y fuerte?

—Sí, mucho.

—¿No le viste la cara?

—Entre las gafas, la bufanda y el sombrero, no podía vérsela. Pero juraría que puedo reconocerle allí donde le vea. ¡Estoy segura de ello!

—Sin duda —se burló Heywood, cerrando la puerta de la antesala—. Y seguramente estarías dispuesta a jurar que era «El Reptil» en persona...

Saddie dio un respingo.

—¡Por Dios, Brian, no digas cosas horribles!... —vaciló, palideciendo—. Y la verdad es que *podría* serlo. ¡Sí, claro que podía ser Hoffman! Acechando a Barnes...

—¿Barnes? —Heywood, asombrado, miró en torno. Estaban solos en el despacho—. ¡Diablo, con Barnes! Se ha evaporado...

Contempló la puerta de salida a la antesala general, y percibió los distantes pasos que se perdían por la escalera apresuradamente.

—Está aterrorizado —musitó Saddle—. Y creo que la presencia de ese hombre ahí fuera le ha asustado todavía más.

—Opino igual, Saddle... —Brian tiró el revólver en la mesa con irritación—. Todos acabaremos volviéndonos locos en este asunto. ¿Y Sheree?

—También está llena de miedo, Brian. Cuando ha leído lo de Hammond, ha empezado a derrumbarse su fortaleza. Creo que irá en busca de Steve de un momento a otro, si él no va antes a ella.

—La ciudad entera es un avispero de policías, en busca de un solo hombre. Y él se les escabulle una y otra vez delante de sus narices. —Brian se encogió de hombros—. ¡No logro entenderlo, Saddle! O tenemos a los policías más ineptos del mundo, o ese hombre es un demonio.

—Es un demonio, Brian. Un engendro perverso, al que todo le sale bien por su suerte y su audacia. Pero al fin caerá, estoy segura de ello.

—Caerá, sí. ¿Pero cuándo? ¿Y cuántos habrán sido asesinados ya entonces?

Saddle, sobrecogida, no supo qué contestar a eso. Era la pregunta que todo Nueva York se estaba haciendo, sin que nadie tuviera una respuesta para ella.

* * *

Steve Simmons se apartó de la mesa donde la forma humana de Derek Hammond aparecía cubierta por una sábana. No había sido un espectáculo agradable, como no lo fue el del juez Murdock, muerto a golpes de espátula.

El arma del crimen era diferente. Pero las mismas manos poderosas y fuertes la habían manejado, y la misma ferocidad implacable había presidido ambos ataques. Y en casa del fiscal, idéntica huella sangrante, sobre un mueble, acusaba la identidad del criminal.

—¿Qué piensas de esto, Simmons? —preguntó Gallagher, con

gesto de desesperación y las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina.

—Que si mañana no hemos hecho algo práctico, la Prensa y la nación entera pedirán nuestra cabeza. Además, tendrán toda la razón, Gallagher.

—¡Infierno, no podemos hacer más de lo que se hace! —aulló el policía—. Todos los lugares han sido registrados y vueltos del revés cien veces por lo menos. No hay rincón en la ciudad que no haya pasado por el tamiz. Tus colegas y los míos rivalizan en actividad, porque esto es ya una cuestión de amor propio, y no queremos que los

«G-Men»

nos ganen la partida. Pero Hoffman no aparece, no está en parte alguna.

Simmons enarcó las cejas. De pronto, apartó sus ojos graves de la forma blanca. Miró con expresión excitada a Gallagher.

—Siempre oigo la misma lamentación. ¿Habéis pensado tal vez en que Hoffman puede no estar escondido, tal como nosotros entendemos esconderse?

—¿Qué quieres decir? Eso no tiene sentido.

—Más del que parece. Escuche, teniente: hay un medio de esconderse que es precisamente todo lo contrario de lo que se hace. Consiste en buscar sitios concurridos, lugares donde uno puede ser visto por cientos, miles de personas. Estadios de béisbol, carreras de caballos, ferias de atracciones, espectáculos... Si un hombre lo desea, podría estar entrando y saliendo de uno de esos lugares, sin descanso, y nadie pensaría en ello.

—Pero en alguna parte tendría que dormir, alojarse —objetó Gallagher, hostil.

—Eso es. Y usted, nosotros y todo el mundo, buscamos en los tugurios, en los sitios bajos y escandidos. ¿Ha pensado en el Hotel Plaza, en el «Chelsea», en el «Astor» o en el «Columbus»?

—¿Estás loco? ¡Son hoteles de primerísima categoría! Sólo se alojan en ellos los millonarios, aristócratas extranjeros, artistas de cine...

—Sugiero una posibilidad. Ni peor ni mejor que todas las utilizadas hasta hoy.

—Olvidas todavía algo contundente —sonrió, irónico, Gallagher

—. Hoffman es un verdadero monstruo físico.

—Existe cierto arte llamado «caracterización», menos novelesco de lo que usualmente se cree. Se sorprendería si viera los resultados que nuestros muchachos han conseguido con un hábil maquillaje, bien diferente a lo que se entiende por tal en el teatro o en el cinematógrafo. Creaciones capaces de engañar a un experto a pocos pasos de distancia. Sabemos que Clark Hoffman es un ser excepcional. Es un técnico en electricidad y mecánica, es fuerte, acrobático, puesto que entró en casa de Hammond por el tejado, desde la escalera de incendios de un edificio de quince pisos, situado a varias yardas de distancia. ¿Por qué no puede ser un buen actor también? Observe algo curioso, teniente: Hoffman ha tenido siempre un teatro de operaciones concreto. Antes y después de su encarcelamiento.

—¡Broadway! —saltó, con viveza en la expresión, el policía.

—Eso es: Broadway. El corazón del Nueva York teatral, la arteria más importante de espectáculos y bohemia. ¿Por qué? ¿Qué es lo que liga a Hoffman con Broadway?

—Posiblemente fue actor en el pasado. Nunca hemos sabido mucho sobre él. Su vida es un enigma que se negó a revelar ante los jueces... —Gallagher se rascó la cabeza, perplejo—. ¿Sabes una cosa, Steve? Unos minutos de charla contigo, me han servido de mucho más que días y días de investigaciones exhaustivas. Dime una cosa más, si eres capaz de encontrarle explicación: ¿cómo puede pasar inadvertido en tantos lugares concurridos, midiendo casi dos metros y con más de cien kilos de peso?

—Encoger los hombros, utilizar calzado sin tacón y apenas sin suela, demacar el rostro en la caracterización y usar abrigos amplios en esta época invernal, pueden desfigurar esas tallas en un porcentaje mínimo, pero digno de tenerse en cuenta. Y no olvidemos que la estatura media del ciudadano norteamericano, excede el metro setenta y cinco. Será, un hombre alto, pero nunca una excepción tan destacada como pueda parecer.

—Es el punto más flojo de tu teoría, pero puede servir. —Gallagher se dirigió a la puerta del depósito—. ¿Vienes? Voy a ponerme en contacto con el Departamento.

—Sí, vamos. Éste no es un lugar agradable. Y posiblemente, también en los laboratorios de Washington sepan ya algo de los

análisis. Ya han enviado las muestras de las gotas de sangre que se hallaron cerca del cuerpo de Hammond. Pronto sabremos si son tuyas o del asesino. Y si Hoffman estuviera herido, las cosas se simplificarían mucho.

—Sobre todo para Sheree, ¿verdad? —preguntó de repente Gallagher, cuando descendían hacia la calle—. Estás preocupado por ella, Steve.

—Tengo razones para estarlo. Ella no quiere que la escolte, aunque estoy seguro de que lo de Hammond ha debido de significar para ella un golpe terrible.

—De todos modos, su casa está vigilada.

—También lo estaban las otras, teniente. Y no sirvió de nada.

—Es cierto. —Gallagher se mordió el labio inferior—. Pero no siempre va a acompañarle una suerte tan endiablada a ese maldito. Tiene que caer una u otra vez.

—Lo importante es que caiga antes de intentar nada contra Sheree.

—¿Por qué no tratas de convencerla para que te acepte a su lado? Ahora tal vez tengas éxito.

—Ya lo he pensado. —Steve frunció el ceño—. Lo intentaré esta noche, después del espectáculo. Siempre van al «Stork». Saddy y Brian me ayudarán.

—Es mala cosa cuando el amor se mezcla con nuestro deber, muchacho.

—¿Amor? —Steve clavó su mirada en la de Gallagher. El veterano policía permaneció sereno, y el joven federal terminó asintiendo con un suave gesto de cabeza—. Sí, es verdad. ¿Por qué diablos tuvo que ser Sheree, precisamente ella, entre tantas muchachas de Nueva York, la señalada para declarar contra esa fiera sanguinaria?

—Pareces olvidarte de que tú mismo eres también una de las personas más odiadas por Hoffman. Apostaría la cabeza a que tu nombre figura en su lista negra.

—No la perdería. Estoy seguro de que soy otro de los sentenciados por ese maniático de pesadilla. —Steve encajó las mandíbulas, con las pupilas entornadas y brillantes—. ¡Pero sólo pido tenerle frente a mí, si llega el día de ser atacado! En el peor de los casos, me lo llevaré conmigo al infierno, Gallagher.

—¡Quiera Dios que eso ocurra mucho antes de enfrentarse contigo, Steve! Y que haga él solito el viaje a las calderas de Satán...

Pisaron la acera, dejando atrás la sombría fachada de la Morgue. Subieron hacia Broadway aprisa. Empezaba a lloviznar, el frío disminuía, para tornarse la atmósfera intensamente húmeda, y oscuros nubarrones se cernían sobre la inmensa jungla de cemento de la gran urbe.

—Todo empeora —masculló Gallagher de mala gana, logrando resguardar su rostro de la lluvia, hasta alcanzar el coche oficial, aparcado en la manzana inmediata—. Incluso el invierno...

CAPÍTULO VI

«CLÍMAX»

Las luces del «Stork» oscilaron visiblemente cuando un fulgor cárdeno penetró por las ventanas abiertas a Broadway, y un estallido áspero tamborileó en las alturas. El agua caía a cascadas sobre la ciudad.

—Una noche encantadora —rió Brian Heywood, regresando con Saddle a la mesa donde Sheree estaba apurando lentamente una copa de champaña—. Sobre todo para transitar por esas calles, sin encontrar un taxi.

—No digas cosas horribles —se estremeció Saddle, riendo—. Sólo imaginarlo pone la piel de gallina. ¿Has visto qué modo de llover y de tronar?

Sheree asintió, con aire aburrido, mirando hacia la orquestina que ocupaba la plataforma inmediata a la rutilante pista de baile. Con una mano, seguía el compás del «blue» sobre el mantel. Brian y su novia se miraron brevemente.

—Estás aburrida, Sheree —sonrió el abogado—. ¿Qué tal si llamase en un momento a un tal señor Simmons para que nos hiciera compañía y...?

—No, Brian. Gracias, pero no me interesa —replicó, tajante, la muchacha—. Deja a Simmons en su tarea de sabueso, rastreando por las calles. A lo mejor los regueros de lluvia van llenos de pistas importantes... ¡Y siguiéndolos, se va a parar a una alcantarilla!

Rieron Brian y Saddle. El abogado creyó oportuno intercalar:

—¿Y qué tal si bailamos tú y yo un poco?

—No estaría bien. Saddle ha venido a divertirse.

—¡Oh, no! Te ruego que bailes con Brian —le pidió Saddie. Y añadió, burlona—: Palabra de honor de que me pondré celosa hasta el punto de sacar mañana al «Stork» en la crónica de sucesos.

Riendo, salieron a la pista el abogado y Sheree. La pelirroja les vio danzar, con sonrisa complaciente, pero pronto volvieron a la mesa, con aire de aburrimiento en ella.

—¿Qué ocurre? ¿Ya os habéis cansado?

—Sheree no quiere bailar tampoco —declaró Heywood—. No soy su tipo.

—Por favor, no digas eso —le pidió Sheree, sentándose—. Es que no me encuentro animada para bailar.

—Ya. ¿Por qué mil diablos seréis tan orgullosas las mujeres? Después de todo, Steve sólo quería proteger tu vida, vigilarte de cerca... Corres peligro, Sheree.

—¡Tontería! —Nerviosamente, ella tabaleó sobre la mesa, pretendiendo armarse de valor y decisión—. Me gusta que cuando un hombre vaya a mi lado, sea por algo de mí misma, no para cumplir con su deber ante los superiores.

—Steve lo hace por ti, no por su cargo. Teme por tu vida.

—¡Mi vida! Teme el ridículo que sería un fracaso así, tan cerca de él.

—Está bien —suspiró Heywood—. Allá tú, si te empeñas en no creerle a él ni a mí. De todos modos, me parece que la velada se ha echado a perder. ¿Qué tal si nos marcháramos?

—¿Con ese tiempo? —Se horrorizó Saddie—. ¡Oh, no, cariño!

—Tengo el coche abajo, y podríamos ir a cualquier otro lugar.

—¡Eso está mejor! —Palmeó ella—. ¿Por qué no nos llevas a tu club?

—Porque es muy aburrido, y a estas horas estará cerrado ya... —Brian, de repente, enarcó las cejas, mirando a un cierto punto de la sala. Añadió, rápido—: Me parece, además, que ya no iremos a ningún sitio...

—¿Eh? —Las dos muchachas se volvieron a la vez.

Pudieron ver la figura alta, atlética, inconfundible, de Steve Simmons. El *smoking* le sentaba muy bien. Estaba dejando en el guardarropía su empapado sobretodo, y recogía la contraseña, cruzando por entre mesas primero y parejas de baile después, camino de donde ellos estaban.

—¡No quiero verlo, no quiero hablar con él! —protestó, disponiéndose a marchar, la joven «estrella» teatral.

Saddie la retuvo con firmeza.

—Vamos, no seas chiquilla. Dale, al menos, una oportunidad de explicarse...

—¡No! ¡No le escucharé! ¡Y si piensa convencerme está muy equivocado! —Sostuvo enérgicamente ella.

* * *

Entre los brazos de Steve, seguía suave, abandonadamente, el ritmo lento de la melodía. Las luces del local, tamizadas, resultaban un tentador cómplice de los enamorados. Sheree apoyó su frente en el hombro de Steve. Susurró:

—No sé por qué tengo que dejarme convencer siempre. Tienes algo endiablado que te hace salirte en todo momento con la tuya, Steve.

—No es eso, Sheree. Es que temo por ti y quiero cuidarte. No me importa mi oficio ni mi cargo, cuando se trata de hacer algo por ti. Y en esta ocasión, me he limitado a solicitar de mis superiores la autorización correspondiente para no apartarme de ti en tanto siga Hoffman en libertad.

El cuerpo, turgente, cálido y sugestivo de la muchacha, se estremeció contra él.

—¿Y... sigue en libertad? —musitó, muy bajo el tono.

—Sí... No sé cómo diablos lo hace, pero así es. No es lógico que ocurra esto, no es ni siquiera posible, y sin embargo está ocurriendo. Se desliza ante nosotros con la agilidad escurridiza de una anguila.

Poco después volvían a la mesa, y Sheree aventuró de pronto:

—Steve, ¿no cabe la posibilidad de que sea otra persona el culpable, y Hoffman no tenga nada que ver en ello?

—Imposible. Nadie sino él, tiene motivos para odiar a Murdock, a Hammond y a los demás. Deja su huella en el lugar del crimen, no oculta su paso por él, y en ambas ocasiones ha sido visto un hombre gigantesco y ancho, huyendo del escenario de la tragedia. No caben dudas, Sheree. Éste no es uno de esos casos en los que se va tras una figura enigmática, cuya identidad se desconoce. Sabemos quién es

el asesino, sabemos por qué lo hace, imaginamos cómo va a descargar el golpe... y no obstante, siempre elude toda vigilancia, se escabulle tras cumplir su propósito, y sigue escondido en alguna parte... esperando dar el próximo golpe.

—Que puede ser contra mí —concluyó angustiada la joven.

—O contra Barnes. O contra mí mismo o el teniente Gallagher —sonrió Steve—. Eso no puede saberse, cariño. Ignoramos de qué forma ha confeccionado su lista el monstruo.

—Barnes parece estar muy seguro de que será él la siguiente víctima —intercaló Saddie—. ¿Verdad, Brian?

—Eso teme él —asintió el abogado, pensativo—. Estuvo a verme hoy. Me ha pedido ayuda.

—¿Y se la has prestado? —se interesó en el acto Steve.

—¿Qué otra cosa podía hacer? El pobre diablo estaba aterrorizado, parecía ver enemigos y asesinos en cada sombra o en cada persona con quien se cruzaba. Personalmente, no simpatizo con él ni me gusta. Pero resultaba un deber de humanidad tenderle una mano. Además, somos colegas, hemos sido compañeros en cierto modo...

—No creo que sólo fuera su miedo, Brian —observó Saddie—. Recuerda a tu visitante, aquel que desapareció. Yo estoy segura de que significaba algo siniestro.

—¿A qué se refiere Saddie? —preguntó Simmons.

—Nos ocurrió un episodio peregrino, mientras Barnes nos contaba sus cuitas —rió Heywood—. Posiblemente no tenga la importancia que le dimos entonces. Nos sugestionó el propio temor de Barnes.

Refirió el incidente, y el federal le escuchó con profundo interés. Saddie le describió del modo más exacto posible, y añadió:

—Estoy segura de reconocerle, si veo alguna fotografía suya o le encuentro en alguna parte, Steve.

—Bien, haremos la prueba cualquier rato, en el archivo —declaró Steve—. Tal vez el escepticismo de Brian sea más cierto que vuestros temores, pero resulta alarmante que Barnes fuera seguido por alguien de señas tan curiosas. Desde luego, no era un cliente.

—Eso parece —asintió Heywood—. ¿También sospechas que pudiera ser Hoffman?

—No sé qué sospechar. La vida de Barnes me importa un cuerno.

Es un mal bicho, un abogado deshonesto y, además, estuvo una vez encartado en un proceso político, por sospechas muy fuertes de antiamericanismo. No se le probó nada, pero mi criterio personal es que, por dinero, Barnes sería capaz de todo.

—Coincidimos ambos —asintió Heywood.

—¿Puedes decirme a dónde le enviaste en busca de escondite? —interrogó de pronto Steve.

—Naturalmente. Tengo una casucha alquilada en Staten Island. La habita un matrimonio anciano, que cuida de ella. Allí permanecerá oculto Barnes, hasta que Hoffman sea capturado. Nunca dará con él, a no ser que le siguiera hasta allí, y eso es bastante difícil que ocurra, por muy tonto que sea el que siguen.

—Barnes no es tonto —observó Steve, algo ceñudo.

—¿Tiene teléfono esa casa?

—No —sonrió Heywood—. Cuando me retiro a ella a descansar, no me gusta que me molesten, Steve. Es como un alejamiento' del mundanal ruido.

—Entiendo —se puso bruscamente en pie—. Voy a telefonar todo eso al teniente Gallagher y a mi Departamento.

—¿Es absolutamente preciso que lo hagas? —preguntó Brian, contrariado.

—Sí, lo es. No quiero que a Barnes le ocurra algo, por mucho que se esconda, mientras pueda ser evitado. ¿Qué dirección es ésa, Brian?

—Western Beach, chalet ciento noventa y nueve, Staten Island. Es una zona apartada, al oeste de...

—Basta con las señas. Ellos lo encontrarán y someterán la casa a un cerco prudente pero efectivo. Esperadme un momento.

Se alejó por entre los que danzaban en la pista. Sheree suspiró.

—¿Veis lo que os decía? Nunca puede olvidarse de que es policía. Creo que el día que se case, la muchacha a quien le caiga en suerte habrá tomado por marido al F. B. I en vez de a un ser humano.

—Existen grandes probabilidades de que seas tú esa mujer —rió Saddle.

—¿Yo? —Sheree, irritada, se puso en pie. Su belicoso carácter volvió a aflorar a la superficie—. Vosotros no sé lo que haréis, pero

yo sí sé lo que tengo que hacer.

—¡Eh, Sheree, no hagas tonterías! —la reprendió Brian—. Debes comprender y...

—¡Ya he comprendido demasiado! ¡Despedidme de él cordialmente! —Y caminó, presurosa, hacia la salida.

Los clientes del «Stork» siguieron admirados los contoneos de aquellas caderas hasta que las cortinas plateadas del vestíbulo la ocultaron a la vista de todos.

Dos minutos más tarde, estaba de regreso Steve. Contempló con extrañeza a Brian y su novia, e interrogó:

—¿Y Sheree? ¿Ha ido al tocador?

—No, Steve —respondió Heywood—. Se ha marchado.

—¿Eh? ¿A dónde?

—No sé. Tu... exceso de celo profesional ha vuelto a enfurecerla —sonrió—. Lo sentimos, chico, pero debes olvidarte más a menudo de que eres policía. Sobre todo, cuando estás al lado de ella.

Sin responder, Steve cruzó corriendo la sala, estuvo a punto de derribar a un camarero, chocó con una pareja gordinflona y entrada en años, y patinó sobre el vestíbulo hasta la salida.

Cuando pisó la calle, la lluvia era copiosísima, los truenos se alejaban hacia el oeste, y un taxi amarillo acababa de despegar rápidamente de la acera.

—¡Pronto, un taxi! —pidió al portero, jurando por haber dejado su coche aparcado una manzana más abajo—. ¡Un taxi enseguida! ¡Necesito seguir a aquel coche!

Pero el taxi que precisaba, no apareció. Maldiciendo entre dientes, con el traje de etiqueta empapado, se dirigió de nuevo al interior del club nocturno. Cruzóse bajo la marquesina con el fornido y grueso Rex Thompson, el empresario y director artístico de la compañía donde actuaba Sheree.

El famoso productor teatral parecía dispuesto a abordar a Steve, pero él le regateó hábilmente, con gesto ceñudo, fingiendo no advertir su presencia. Thompson, contrariado, terminó por encogerse de hombros y salir a la calle, con una hermosa rubia ceñida a su brazo.

Tuvo más suerte que Steve, y un taxi se acercó al bordillo.

Thompson entró en él con su deslumbrante pareja, sin volver la vista atrás. De haberlo hecho, tal vez tampoco hubiera reconocido

al hombre que salía de la zona inmediata al «Stork», menos iluminada e intransitada ahora por la lluvia.

Era alto, muy alto y encorvado, y se cubría con un sombrero de lona, por el que chorreaba el agua. Bajo el ala empapada, el rostro se acuitaba bajo una bufanda muy alzada. Los ojos malignos no miraron al taxi de Thompson, sino que seguían clavados en la calle barrida por la cortina de agua, en la dirección que había seguido el coche ocupado por Sheree Rogan, hasta perderse entre el tráfico de Broadway.

Luego, los ojos fijos se volvieron hacia la parte del club nocturno, con una maliciosa, torva expresión. Una burlona, sibilante sonrisa, escapó bajo la bufanda.

Caminó unos pasos, manzana arriba, hasta que se detuvo junto a un coche negro, pequeño y de viejo modelo muy usado, en el que penetró, arrancando a buena velocidad.

Las manos que empuñaban el volante con firmeza, eran muy grandes, gigantescas...

* * *

—¡Eh, Sheree, es para ti! —llamó el conserje.

Thompson hizo un alto en el ensayo, y Sheree, en pantaloncitos blancos, exhibiendo la forma escultural de sus piernas, se dirigió al empleado, extendiendo la mano para recoger el pequeño sobre que le tendía.

—Estaba en el buzón de la puerta del escenario —explicó el conserje.

—Gracias, Bill —sonrió la joven, regresando a la escena mientras abría el sobre.

Encontró dentro tres únicas cosas: dos billetes azules, dos entradas para algún espectáculo sin duda, y una tarjeta de visita con un nombre impreso: Steve Simmons.

Detrás, con letra rápida, nerviosa, la letra de Steve, había escrito:

«Es para ti, en tu día libre. Ve con Saddie. Nos reuniremos allí. Besos... y perdón».

Las entradas pertenecían a sillas de pista de un circo. Leyó el nombre:

«*Western Circus*».

Miró al conserje con aire pensativo, agitando en el aire las dos entradas.

—¿Las ha traído el señor Simmons en persona? —indagó.

—No, señorita Rogan. Primeramente, estuvo él preguntando por usted, como ya le dije. Y también conforme a sus instrucciones, le dije que no estaba autorizado a entrar, por decisión personal suya.

—¿Y entonces se marchó?

—Eso es. Pero poco después, un muchacho trajo este sobre, y se fue sin esperar respuesta.

Sheree volvió a la escena. Thompson había hecho un alto en el ensayo, y Saddle se acercó presurosa a su amiga.

—¿El ogro federal da señales de vida? —rió, sentándose en un mueble de escena.

—Sí —agitó de nuevo las entradas para el circo—. Después de probar fortuna, lanza el cebo: dos localidades de silla de pista para el «*Western Circus*», esta noche. ¿Qué te parece?

—Imagino lo que vas a hacer con ellas: romperlas en pequeños pedacitos y tirarlas.

—Exactamente. Eso es lo que voy a hacer —tomó los boletos, dispuesta a rasgarlos.

—¡Espera! —Vivamente, Saddle tiró de una de las hojitas de papel azul, y rió felizmente—. Al menos yo, aprovecharé una de ellas. Con la otra haz lo que quieras.

Sheree empezó a romperla. De pronto, una sonrisa burlona se reflejó en sus labios; enderezó el rumbo destructivo de sus dedos y, doblando cuidadosamente la localidad, la introdujo en su seno, bajo la malla ceñida del suéter.

—¿Sabes una cosa, querida? —comentó pensativa—. Creo que yo también voy a ir... por el espectáculo, claro está. Y si Steve cree que va a encontrar terreno abonado para su reconciliación..., ¡está muy equivocado!

Era la undécima vez que probaba suerte, sin el menor resultado.

Steve colgó el teléfono con ira, y marcó otro número: el del restaurante habitual de los artistas del «Variety». El telefonista que se puso al aparato le pidió un momento de espera y se le oyó gritar el nombre de Sheree Rogan y el de Saddy Wilcox. Pero, al final, su respuesta fue desoladora:

—Lo siento, señor. Hoy no han venido a comer. Es su día libre, y sus compañeros dicen que ignoran a dónde han podido ir...

Steve colgó, realmente furioso. Suponía cuál era la técnica de Sheree: irritarle más y más, negar su presencia en alguno de los lugares adonde había llamado, aunque estuviese en el momento de sonar el teléfono. Y él no tenía tiempo para dedicarlo a su búsqueda.

Aquella mañana, le habían negado la entrada en el «Variety». Pudo haber entrado, pero no le gustaba nunca violentar las cosas si no era absolutamente preciso. Después de larga reflexión, había resuelto volver a intentarlo, pero fracasaba rotundamente. Una llamada a Brian Heywood no fue más productiva. El joven abogado había cancelado su cita de aquel día con Saddy, por un importante asunto profesional, y no tenía la menor idea de dónde podían encontrarse.

—¿Contrariedades amorosas, Steve? —preguntó una voz burlona a sus espaldas.

Se volvió. El teniente Gallagher estaba en la puerta, echándose el sombrero hacia atrás, y rascándose pensativo el arranque de sus crespos cabellos. Ambos hombres se miraron con mutua sonrisa de simpatía.

—Algo parecido —asintió Simmons—. ¿Por qué supuso eso, habiendo tantas de las otras?

—Precisamente por eso. Porque nos estamos acostumbrando a ellas, y ya no producen el mismo efecto que las sentimentales —suspiró el policía, dejándose caer en una silla de la oficina federal. Steve acudió a la puerta vidriera, cerró cuidadosamente ésta, aislándose del teclear activo e ininterrumpido de las oficinas exteriores del «Federal Bureau» en Nueva York, y estudió de soslayo al veterano agente de Homicidios.

—¿Algo nuevo? —demandó.

—Es lo que yo venía a preguntar. ¿Qué hay de los análisis de Washington?

—Acabamos de recibir algunos resultados. —Steve fue a su mesa, abrió un cajón y extrajo unas hojas timbradas con la insignia del Departamento de Justicia y las tres siglas famosas en todo el país:

F. B. I.

Las tendió al teniente con gesto grave—. Análisis de la sangre hallada cerca del fiscal Hammond: humana, del tipo A. Como la de Hoffman. Eso parece indicar que nuestro hombre está herido, porque la sangre de Hammond era del tipo B. Y no es de suponer que hubiera allí cien hombres distintos. Sólo Hammond y su asesino. Otro análisis positivo: el de la bala encontrada en un mueble, tras el lugar donde aparece la sangre. Corresponde, según lo que los relieves y estrías de la pieza señalan, al «Winchester» de Hammond, disparado una sola vez antes de que sirviera para machacar el cráneo del fiscal. Podemos reconstruir fácilmente la escena.

—Sí —suspiró Gallagher—. Hammond, sorprendido, se revuelve y dispara sobre Hoffman. Una sola bala, que hiere, a éste, atravesándole alguna parte de su cuerpo. Hoffman, a pesar de todo, le arrebató el arma y con la culata le destroza la cabeza a su enemigo. Después, herido, dejando un reguero de gotas de sangre, huye por donde llegó.

—Eso es. En cuanto a las huellas del muro, en casa del juez Murdock, y del mueble en la vivienda de Hammond, son idénticas: la mano derecha de Clark Hoffman, «El Reptil».

—Muy bien. No hay misterio, no hay niebla alguna. Todo claro, perfecto, definitivo. ¿Y de qué nos sirve? —Furioso, Gallagher tiró los papeles a un lado—. ¡De nada! Cuando cacemos a Hoffman, nadie le podrá librar de la silla. Es culpable de arriba abajo. Pero ¿quién le captura? Ésa es la cuestión, Steve.

—El laboratorio de Washington no puede capturar por sí solo a Hoffman —replicó con cierta sequedad Steve—. Ya hacen bastante, Gallagher. El fracaso es nuestro, no de los demás.

—Perdona. Creo que estoy nervioso con todo esto —se pasó una mano por la cara—. ¿Algo más, Steve?

—Poco más. La espátula que sirvió para matar a Murdock reveló manchas de pintura al quemarse en el arco voltaico para descomponerse químicamente. Después, sus rayas espectrales fueron comparadas con las de otras pinturas similares de las utilizadas en la casa, y no cabe la menor duda: Hoffman utilizó elementos de los pintores de allí. Sus huellas aparecen también en el mango de la espátula.

—¿Y el traje azul de pintor, encontrado en el río? —demandó el teniente.

—Ah, el mono azul... —Steve se frotó la barbilla, reflexivo—. Ocurre algo con esa prenda, Gallagher, y no sé lo que es. Pero el F. B. I, la retiene aún. Dicen que no han concluido el informe definitivo, pero que será dado dentro del día de hoy. Posiblemente sea algo que nos aclare el panorama.

—Dios lo quiera —pidió fervientemente Gallagher.

—¿Vigilan la vivienda de Staten Island donde se esconde Barnes? —preguntó Steve.

—La casa que nos dijiste, está rodeada. No sé si Barnes está dentro, pero si es así, no saldrá de allí sin ser visto. Ni nadie entrará en la casa, por puerta, techo o ventanas, que no sea visto por nuestros agentes. Un colega tuyo está también allí.

—Estrecha cooperación —rió Steve, burlón—. Federales y metropolitanos, como hermanos cordiales.

—¡Peste de federales! —rugió Gallagher—. Los aguanto a la fuerza. Tú eres el único tolerable entre todos ellos.

—Menos mal —rió Steve. Y, más serio, añadió rápidamente—: ¿Quiere que le avise en cuanto sepa algo del análisis de ese «mono»?

—Sí, Steve, por favor. —Gallagher se puso en pie ágilmente—. Voy a inspeccionar personalmente las nuevas batidas dispuestas para hoy. No tengo gran esperanza ya en ellas, pero más vale eso que esperar cruzado de brazos a que ese salvaje descargue otro golpe.

—Bien. Le avisaré en cuanto sepa algo —miró nerviosamente su reloj—. No puedo abandonar hoy la oficina, en tanto no lleguen esos informes. Y la verdad es que, siendo día festivo para la compañía de Thompson, resulta una verdadera desdicha...

—Sí, hijo. —Gallagher le guiñó un ojo desde la puerta—. Un

crimen más que añadir a la cuenta de nuestro amigo Hoffman...

Cerró suavemente tras de sí, y Steve no supo si reír o mandar al diablo al policía. Por fin, se encaminó al teléfono e insistió de nuevo en el número del apartamento de las dos muchachas. Igual resultado negativo que antes.

Golpeó la horquilla con el receptor, rabiosamente, y comenzó a pasear por la oficina como un león enjaulado.

* * *

El informe de Washington no llegó hasta las nueve de la noche. Cuando el teletipo comenzó a funcionar con su monocorde tecleo, Steve Simmons arrojó a tierra el cigarrillo y acudió como una flecha para leer la cinta escrita por los peritos del laboratorio federal de Washington. Apenas respiró mientras iba leyendo:

«Mono azul ofrece manchas sangre de igual grupo sanguíneo a la del juez Murdock. También pintura como la de la espátula utilizada en el crimen. Una mano ensangrentada se limpió en la tela, dejando huellas. Corresponden éstas a las de Clark Hoffman. Numerosos residuos encontrados en el tejido y en el maletín que lo contenía, han sido identificados como, granos arenosos y aserrín. Talla aproximada de quien lo usó: 1,97. Peso: más de cien kilos».

Steve silbó por lo bajo. Todo aprecia claro allí. Una vez más, pruebas y pruebas contra Clark Hoffman, el sádico criminal. Pero ¿qué significaba el aserrín, la arena...? ¿Cómo fue a parar al «mono» azul de pintor, utilizado por «El Reptil»?

Descolgó el teléfono, llamando a Gallagher. Le informó rápida y escuetamente de todo. El policía pareció tan sorprendido como él mismo por el desconcertante resultado del examen técnico. Prometió hacer una batida intensa en aserraderos, almacenes de maderas, viviendas cercanas a las playas y todos los lugares donde pudiera haber arena y aserrín y ser factibles para ocultarse un

hombre.

Steve lo encontró bien, y colgó, quedándose taciturno, pensativo. Había esperado mucho de los análisis, y al final no le habían dado nada. Estudió con aire ausente el aparato telefónico. Cuando lo descolgó y llamó al «Stork», no esperaba nada de nada.

Pero, en cambio, dio allí con Rex Thompson, el empresario y productor de «Variety». El obeso hombre de espectáculos se puso al aparato con voz alegre:

—¡Hola, Simmons! El telefonista dice que busca usted a alguien del «Variety», ¿no?

—Eso es.

—¿Le ocurre algo a Sheree? —Se inquietó el otro.

—No lo sé. Precisamente para eso llamo. Para dar con ella en alguna parte.

—¡Cielos, creí que estaría con usted esta noche! Ella y Saddie me dijeron que se iban a divertir, y que usted las había invitado.

—Le mintieron entonces, Thompson. No las he visto ni he podido entrar en contacto con ninguna de ellas. ¿Tiene una idea de a dónde pudieron ir?

—Saddie dijo algo del circo —rió Thompson—. Pero no mencionó cuál. Tenga cuidado, hombre celoso.

—Gracias por el informe, Thompson. En cuanto a consejos, me sobran —y colgó.

Ceñudo, se quedó meditando sobre el raro comportamiento de Sheree. Además, había algo ilógico en todo aquello. A ella jamás le había gustado el circo. Prefería una buena película, una comedia o un club con buena orquesta. Pero circo...

Sus ojos, mecánicamente, se fijaban en la cinta impresa por el teletipo. Sin querer leyó de nuevo: «... Han sido identificados como granos arenosos y aserrín...». ¡Arena y aserrín!

Arena y aserrín... ¿Dónde había visto él alguna vez esas dos materias unidas? Si Sheree estuviera a su lado para ayudarle y no en el circo... ¡El circo...! ¡El circo!

Sí, era eso... Dio un respingo, y sintió un escalofrío que subía por todo su cuerpo. Súbitamente, vio ante sí, con los ojos de su imaginación, una redonda, blanca pista de arena y aserrín, bajo un haz de focos deslumbrantes, rodeada de caras anhelantes...

—¡El circo! —gritó roncamente.

Se precipitó sobre la mesa, abrió un cajón; extrayendo su revólver del 38, un «Colt» de breve cañón. Comprobó su carga, sepultándolo luego en el bolsillo, y añadió, como una obsesión:

—¡El circo!... ¡Claro, debí imaginarlo!

Al cruzar las desiertas oficinas del

F. B. I.,

sin despedirse siquiera del agente de guardia, la esfera luminosa del reloj situado sobre la puerta le indicó que eran las nueve y doce minutos.

Era pronto para el espectáculo de un circo. Posiblemente el más avanzado de horario, no habría llegado a la primera mitad del programa. Pero ¿no sería demasiado tarde para evitar el horror que de improviso parecía cernirse sobre Sheree Rogan, como el siniestro aleteo de las alas de un buitre?

Ignoraba el circo adonde habría ido Sheree. Ignoraba el distrito y emplazamiento del mismo, dentro de la gran urbe. Pero no había muchos circos funcionando aquel invierno en Nueva York. Buscaría uno por uno... y esta vez estaba bien seguro de algo.

Donde encontrara a Sheree Rogan, encontraría también a Clark Hoffman, «El Reptil».

CAPÍTULO VII

EN EL CIRCO

«El Gran Goliath» hizo su aparición en la pista. Los focos destacaron, bajo la malla blanca adherida a su piel, la formidable musculatura del atleta, rodeado por las cuerdas del improvisado *ring* donde hacía cada noche su exhibición para el público que atestaba el «Western Circus».

Impresionada, Saddie dejó de comer maíz tostado, para clavar sus ojos muy abiertos en la figura erguida en el centro de la pista, y enmascarada bajo la grotesca faz multicolor de un payaso.

—¡Que hombre! —Silbó entre dientes—. ¿Te has fijado, Sheree?

Asintió la joven, repartiendo su atención entre el gigantesco payaso de la pista y la silla vacía inmediata, a la suya. Steve no había llegado. Y el programa entraba ya en su segunda parte, tras el breve descanso entre ambas mitades del espectáculo. Con cierta amarga e irritada decepción, se dijo que posiblemente no llegaría ya.

«El Gran Goliath» comenzó sus ejercicios en la arena del circo. La humedad del aserrín que alfombraba el círculo, y el fuerte, acre olor de los leones y tigres que, encerrados en la reja, habían terminado la primera parte, predominaba en el local sobre todo otro aroma. A Sheree le ponía nerviosa el ambiente del circo; no le gustaba, pero ejercía sobre ella la fascinación morbosa que siempre posee el eterno espectáculo de los trotamundos de las lonas ambulantes.

Alaridos de la multitud acogían las piruetas cómicas del acrobático luchador y payaso durante su número. Una música, entre

truculenta y burlesca, acompañaba al coloso en su exhibición.

Cuando el número terminó, con la esperada derrota del contrario, salvadas de aplausos acogieron la labor del «Gran Goliath», y éste se los premió con divertidas cabriolas y brincos.

De esta forma recorrió toda la arena, haciendo muecas con la faz rígida de su careta. Una de sus volteretas concluyó exactamente frente a las sillas de pista de Sheree y su amiga. Se quedó mirándolas, con los ojos clavados en ellas, sobre el pegote redondo de su roja nariz y las blancas mejillas abultadas.

Sheree se estremeció, sin saber por qué. Los ojos del payaso eran fijos, malignos. Incluso uno de ellos, el izquierdo, parecía vidrioso, inmóvil. Su tono era intensamente pardo, y a la joven le recordaron a algo o a alguien, sin saber concretamente qué.

Bruscamente, el payaso apartó de ellos la vista, se lanzó dando cabriolas hasta un rincón de la pista, y regresó al centro esgrimiendo un pesado mazo con el que empezó a dar cómicos golpes en los sitios más inverosímiles. Apareció otro «clown» en la pista, caminando despistadamente, y «El Gran Goliath» fue sobre él, descargando su impacto con el mazo.

Sin poderlo evitar, Sheree chilló. Pero su chillido se mezcló a las risas de los demás, porque lo que parecía un pesado objeto, resultó ser una imitación de goma esponjosa, que no dañó en absoluto al otro payaso.

Riendo ruidosamente, «El Gran Goliath» arrojó aquel mazo a un lado, y reapareció con otro, cuyo aspecto era mucho más temible, por resultar enorme de tamaño, pero cuyo color acusaba su misma condición del anterior, blanda e inofensiva.

Con el mazo, siguió haciendo su juego, y esta vez el «clown» pasó por su lado, eludiendo con graciosa premura el golpe que le dirigía.

Esto sucedió de nuevo frente a la fila donde se sentaban Sheree y su amiga. «El Gran Goliath», de resultados del golpe fallido, resbaló cómicamente, patinando sobre el húmedo aserrín, y llegó hasta el parapeto que le separaba del público. Entonces Sheree vio con claridad la expresión demoníaca, centelleante, del único ojo movable de aquel payaso. Y gritó. Gritó terrible, estridentemente, cubriéndose el bello rostro con las manos, cuando «El Gran Goliath», en alto el mazo, se abalanzó sobre ella como si cayera

impulsado por el resbalón.

Reía la gente, suponiendo que era parte del espectáculo. Además, si la espectadora recibía el golpe, poco daño sufriría, al ser de goma inofensiva. El mazo cayó sobre la cabeza de Sheree, silbando en el aire con una estridencia pesada, que parecía desmentir su condición de goma ligera, incluso Saddie advirtió algo espantoso en la forma de ocurrir el incidente, y se dio exacta cuenta de que allí no todo era casual. Se incorporó a medias, comenzando a chillar...

El disparo levantó virtualmente al público de sus asientos, y provocó el terror bajo la alta cúpula del circo.

Fue una sola detonación, áspera y seca como un trallazo descargado de improviso. El mazo escapó de la mano del «clown», roto el mango por el certero balazo. Se escuchó un sordo, violento rebote del artefacto sobre las sillas inmediatas a Sheree. Todo el que lo percibió, pudo comprender que la goma no sonaba así. Era madera. Y madera bien sólida.

«El Gran Goliath» giró los ojos dentro de la reducida órbita de su máscara, hacia el punto de donde procedía el disparo. Un sordo, inhumano aullido, escapó bajo la careta de goma al descubrir la figura alta, erguida, de Steve Simmons, con su sobretodo empapado de agua de lluvia, y empuñando en su enguantada mano derecha un revólver de calibre 38 y cañón corto, humeante aún.

El payaso pretendió entonces abalanzarse sobre la muchacha, con sus manos de blancos guantes engarfiadas. Sheree, llena de horror, se echó a un lado, dilatados los ojos ante el peligro que se cernía sobre ella.

Steve volvió a disparar, sin moverse de donde estaba, y «El Gran Goliath» se estremeció, tambaleándose durante un par de segundos. Miró con aturdimiento hacia su enemigo. Luego se llevó una mano al pecho. Retiró los dedos enguantados de blanco cubiertos por el rojo chillón de la sangre.

La gente, lanzando gritos, de terror, se dispersó por la sala, en una oleada incontenible de pánico. Ello perjudicó a Steve, porque de repente tuvo su visual cubierta por más de cien cabezas que se movían desacompañadamente. Seguir haciendo disparos era como arriesgarse a volar, más de una cabeza inocente. No podía hacerlo.

Bajó el arma, mientras corría, saltando filas de sillas con ágiles

brincos, y pugnando por abrirse paso entre la multitud asustada. Vio la roja cabellera de Saddle inclinándose sobre Sheree, que yacía inmóvil en su asiento. Alguien chilló:

—¡Se escapa! ¡El payaso se marcha!

Steve alzó los ojos frenéticos. Vio la forma gigantesca, agazapada y presurosa, escabulléndose por entre los postes que servían de sujeción a las gruesas cuerdas de los trapecios. Alzó el revólver, intentando el disparo, pero hubo de desistir de momento, a causa de las interferencias humanas. Irritado, saltó sobre los respaldos de una fila, y de allí a un poste, al que se aferró con la mano izquierda, disparando con la derecha. Las dos detonaciones contribuyeron a crear una atmósfera de mayor terror dentro del circo, y una cuerda inmediata al fugitivo, al ser segada por el disparo, dejó caer estrepitosamente un trapecio en la pista.

Dos mozos del circo salieron a todo correr para cortar el paso al fugitivo «clown». Lo que éste hizo fue impresionante. Estiró sus manos enguantadas, aferrando a ambos hombres, los volteó con rabia y luego hizo entrechocar sus cabezas, que crujieron como resquebrajados frutos maduros. Los soltó, cayendo ambos a tierra completamente inmóviles. Un tercer disparo de Steve Simmons, agujereó una lona de la salida, a dos pulgadas del payaso. Éste se perdió, vertiginoso, tras las cortinas.

Se oyeron gritos de mujer, y varias chicas, coristas del circo, salieron a medio vestir a la pista, huyendo del horror viviente que se había metido en los camerinos.

Steve rodeó la fila donde se sentaban Saddle y Sheree. Se acercó a ellas, empuñando aún su revólver, y la pelirroja alzó los ojos, mirándole angustiada.

—¡Se ha desmayado, Steve! —dijo con apuro.

—¿Sólo eso?

—Sí, Steve, pero yo no sé...

—¡Avisad a la ambulancia y a la policía! —gritó el federal, lanzándose a la carrera hacia los camerinos, con el revólver amartillado—. ¡Ahora vuelvo!

Era temerario adentrarse en los pasillos, que Steve desconocía, con un feroz asesino agazapado dentro. Si la herida era grave, como él sospechaba, el enemigo sería aún más peligroso. Ahora estaba completamente seguro de que Clark Hoffman había aparecido. Más

que ser descubierto, habíase delatado él mismo al atraer a una de sus víctimas, Sheree Rogan, al circo donde actuaba, y que era su mejor camuflaje. Allí, a la vista de todos durante varias horas del día, estaba el asesino más buscado de la ciudad. La teoría de Steve se había cumplido, en forma hartamente inesperada y dramática.

Avanzó con lentitud, pisando cautamente. Mantenía el cañón del revólver ante sí, escrutando cada rincón del pasillo, posible escondite del feroz «Reptil». Sobre el aserrín húmedo, las manchas oscuras de la sangre que iba goteando el asesino, marcaban nítidamente su pista.

De repente, un grito escalofriante de mujer llegó hasta Steve, cuando dobló un recodo del pasillo. Instintivamente lanzóse a un lado de un brinco... y eso le salvó la vida. Pero a costa de un terrible, altísimo precio...

Porque ante él, a escasa distancia de donde le llevó su brinco, un cuerpo de mujer, la escultural figura semivestida de una corista del circo, se estrelló con sordo impacto, quedando rota, desarticulada, grotescamente trágica; con su vidriosa mirada sin vida fija en la altura, en las barandillas de hierro de los pasillos superiores... ¡Donde aún estaba asomada la faz del payaso siniestro, con sus manos enguantadas crispadas en el aire, tras haber soltado el humano peso sobre Steve!

De no haber gritado la desdichada víctima del monstruo, el federal yacería ahora bajo el mortal impacto de un cuerpo humano desplomado desde gran altura. Levantó Steve el revólver con viveza, cuando ya el asesino retrocedía, y apretó el gatillo. Lameó el arma. Una bala buscó a Clark Hoffman y pareció darle alcance, porque de nuevo osciló el cuerpo tras la baranda de hierro. Pero tal vez fuera de resultas de la herida anterior todavía, porque siguió a la carrera, ensordeciendo con sus zapatones en la plancha metálica del piso. Se perdió en una puertecilla, y Steve, tomando rápida nota mental del emplazamiento de la misma, buscó la escalera frenéticamente.

Estaba algo distante, y en cambio había una de mano que subía por el muro de ladrillos hacia la altura del teatro-circo. Steve, vertiginoso, se lanzó hacia allí, y sin soltar el arma con la izquierda, utilizó la diestra para aferrarse a los peldaños de metal, y así ascender rápidamente en busca de la humana presa.

Se percibían fuera las sirenas de la policía, los gritos de la gente

y el revuelo propio de los lugares que empiezan a ser acordonados por las fuerzas de la Ley. Esta vez, «El Reptil» había jugado su última baza. Y había perdido...

Alcanzó Steve la puertecilla de metal entreabierta, por la que Hoffman habíase escabullido. Conducía a los altísimos telares del edificio, ahora en desuso durante la temporada de circo. Percibió crujidos de las maderas, pisadas sin duda por el fugitivo.

Steve siguió ascendiendo, incansable. Arriba sonó un golpe seco. Steve se pegó al muro instintivamente, y de nuevo el peligro se zambulló en el vacío, muy cerca de él, en forma de un contrapeso de plomo, de los utilizados para los decorados teatrales. Se estremeció el federal al sentir abajo el impacto, con un estallido atroz de maderas rotas.

Tras la breve pausa, siguió adelante y alcanzó el piso de tablas separadas que formaba los telares del edificio. Era peligroso correr por ellas. Bajo los pies, se descubría, allá al fondo, el suelo adonde se podía ir a parar al menor descuido o fallo de un pie.

Steve sintió de repente una brisa fría, húmeda, con olor a sulfuro. Temió lo peor. Lanzóse a una desesperada búsqueda, y dio con otra puerta metálica, completamente abierta. La cruzó, y la lluvia empapó su cara de nuevo.

Estaba en la azotea del edificio, y los parpadeos de lejanos anuncios luminosos alumbraron su figura tensa. Sus ojos recorrieron el panorama denso de chimeneas, azoteas y tejadillos. Por entre ellos, altas letras luminosas, muchas de ellas apagadas ya, ofrecían amplio escondite a cualquiera.

Arriesgarse a seguir la pista del fugitivo por aquellos lugares, significaba tanto como lanzarse ciegamente a la muerte. «El Reptil» era un acróbata, habituado a moverse en los más difíciles terrenos.

En vez de eso, Steve recargó de proyectiles su revólver y empezó a hacer rápidos disparos al aire. Serían oídos desde la calle, y se iniciaría el acordonamiento de todo el distrito, para evitar que huyese.

Una vez hechos los disparos, Steve dio media vuelta y regresó al circo por el peligroso camino seguido antes. Encontró numerosas huellas rojas, señal de que Hoffman iba perdiendo mucha sangre. Ahora estaba decididamente perdido. Steve lo sabía y el propio Hoffman debía saberlo ya a estas alturas.

Abajo, se encontró el circo, las calles y lugares estratégicos acordonados y rodeados por agentes de policía armados y provistos de potentes reflectores, y todo en suma dispuesto para que el asesino no escapara.

Steve preguntó por Sheree. Un policía le dijo que se encontraba en el despacho del gerente del circo, atendida por un médico presente en la sala. Saddy estaba con ella.

Steve acudió allí apresuradamente, tras explicar a los policías lo ocurrido. Se encontró con Sheree ya recuperada. La joven le sonrió desde la butaca donde estaba acomodada, y le tendió una mano trémula, sin color.

—Me han dicho..., me han dicho que te debo la vida, Steve —susurró débilmente.

—Tonterías —gruñó el joven, ya a su lado, inclinándose para besarla—. Pero no debiste confiar en nadie. ¿Quién te dio esas entradas para el circo?

Ella se lo refirió. Ceñudo, Steve escuchaba aquello.

—¿De modo que ha llegado a falsificar mi letra, haciéndose imprimir tarjetas con mi propio nombre? No perdía detalle Hoffman. Ahora le cazarán sin remedio, Sheree, y podrás vivir tranquila...

—Dios lo quiera, Steve. Perdóname cuanto te he dicho, querido. Ahora comprendo que tenías tú razón al temer por mí. Cuando le vi llegar ante mí... supe quién, era y lo que iba a hacer. Y lo horrible es que no podía luchar, defenderme...

—Ha sido..., ha sido el golpe más audaz de todos. En él lo arriesgaba todo Hoffman. Incluso su seguro refugio. Es extraño que hiciera eso, faltándole aún personas de quien vengarse: Barnes, yo, el teniente Gallagher...

Un policía entró, interrumpiendo a Steve. Le saludó respetuosamente e informó:

—Señor, el teniente Gallagher llegará enseguida. Mientras tanto, ha ordenado que obedezcamos sus instrucciones en todo.

—Muy bien. —Steve besó a Sheree y se lanzó hacia la puerta—. Vuelvo enseguida, cariño. Hay que cazar a esa fiera humana... ¡Cueste lo que cueste!

Los reflectores escrutaban el oscuro cielo nublado.

Había cesado de llover, pero persistía la profunda, viscosa humedad, y el negro asfalto de la ciudad ofrecía un aspecto sombrío, salpicado de grandes charcos, en los que con frecuencia chapoteaban los recios zapatos de los agentes uniformados, en constante ronda alrededor de las manzanas cercadas.

Otros policías, rifle en mano, acechaban, cautos, hacia las alturas. El monstruo de Broadway estaba cercado, herido seriamente, y era cuestión de minutos el hallarle, vivo o muerto, por entre la selva de chimeneas y buhardillas, en lo alto de los edificios.

Allí estaban ya el teniente Gallagher, el inspector-jefe Pearson, los superiores del Departamento Federal. Había acudido también Brian Heywood, al enterarse de que Saddy se encontraba entre los espectadores del circo. Del edificio de espectáculos, nadie podía salir sin ser minuciosamente escrutado por los policías que todo lo rodeaban.

—¿De modo que éste era su refugio? —preguntó Heywood a Steve, mirando con aire perplejo los grandes carteles donde la faz grotesca de «El Gran Goliath» ofrecía su ancha sonrisa—. Un circo, una careta de «clown»... a la vista de todos cada día.

—Sí —asintió Steve, pensativo—. Lo que más le favoreció es que «El Gran Goliath» existía ya antes de escapar él de Sing-Sing.

¿Quién iba a pensar en él, por tanto? Y ese hombre tuvo siempre la manía de ocultar su rostro a todos. Hoffman supo elegir.

—¿Cómo pudo ocurrírsele tal cosa? Además, «Goliath» hacía un trabajo y...

—Esto ha aclarado muchas cosas sobre el pasado de Hoffman —refirió Steve—. La empresa del «Western» ha recordado. «Goliath» tuvo un compañero durante algunos años. Un buen acróbata llamado Clark Hoffenbach. ¿Te das cuenta del nexo? El apellido de Hoffman, que es el suyo legítimo, le sugirió el de Hoffenbach.

—Ya veo. ¿Es que entonces ya ocultaba su apellido verdadero?

—Parece ser que sí. Hoffman fue siempre un ser extraño, y debía tener delitos graves que ocultar. Actuó en el circo, bajo una máscara de goma, como «Goliath». Después, ocupó evidentemente su sitio en la pista, y su habilidad circense, su condición de acróbata, le ayudó

en todo. En corpulencia y físico, era similar a su compañero.

—Pero ¿y el verdadero «Goliath»? —indagó, sorprendido, Heywood.

—Le están buscando por todas partes —declaró, lúgubre, Steve—. Sobre todo en el fondo del río y en los lugares de la ciudad donde puede ocultarse un cadáver...

—Cielos, ¿así estamos?

—Así estamos, Brian...

Ya muy avanzada la madrugada, las distintas patrullas policiales que cercaban el distrito anunciaron que no había el menor rastro del fugitivo, y que empezaría una nueva batida en firme, registrando casa por casa. Furioso, Steve anunció su propósito de salir de allí, conduciendo a Sheree a su casa. Brian y Saddie se unieron a la idea, y el teniente Gallagher les autorizó a abandonar la zona vigilada. Al volante de su coche, llevando junto a él a la demacrada y trémula Sheree, Steve anunció:

—Volveré más tarde, teniente. No podría conciliar el sueño, sabiendo que aún no ha aparecido Hoffman, vivo o muerto.

—Está bien, hijo —asintió el policía—. Espero que, para entonces, esté todo hecho.

Pero le faltaba convicción, y Steve lo sabía. Su negro coche y el azul de Brian salieron del cordón policial, eludiendo las molestias rigurosas del registro, como hacían con otras personas de menos relieve. Momentos después, volaban por la ciudad ambos vehículos, a través de calles casi desiertas, en las que los charcos de agua ponían lívidos reflejos al clarear el cielo con unas tonalidades grises, plumizas, agobiantes.

Tras un prolongado silencio, habló Sheree:

—Gracias por todo, Steve. De no ser por ti, ese horrible ser me hubiera matado... ¿Venías siguiéndome durante toda la noche?

—No, Sheree. Tu obsesión de mantenerte apartada de mí, estuvo a punto de causar un desastre. Pero yo no envié aquellas localidades, y cuando Thompson me lo refirió, vi claro el propósito de Hoffman: atraerte a su campo de acción. Recorrí seis circos, antes de localizarte en el «Western» y ver que aquel gigantesco payaso podría ser Hoffman, Esperé prevenido, y al atacarte, hice fuego antes de que te golpeará.

—Oh, Steve, cariño —reclinó su rubia cabecita en él, respirando

hondo—. Nunca más te reprocharé que obres como un policía. Sólo tú podías salvarme... y lo hiciste.

—Olvida eso, cariño —musitó Steve junto a su oído, rozándolo con los labios—. Es una pesadilla que no se repetirá más. El caso de «El Reptil» está tocando a su fin...

Detuvieron los coches frente al edificio de apartamentos donde vivían ambas jóvenes, y tanto Steve como Brian subieron con ellas hasta su propia habitación, dejándolas allí más calmadas.

—Volveré después del mediodía —dijo Steve—. Ahora, descansad tranquilas. Avisaré a Thompson de lo ocurrido, para que no os haga ir al ensayo.

Sheree le besó suavemente. Steve le devolvió el beso, y momentos después pisaba la encharcada acera. Sobre su cabeza, el cielo tenía un matiz denso y tristón. La ciudad entera parecía desierta, sin vida, como un fabuloso monstruo de cemento.

Brian se reunió con él en silencio. Ambos encendieron unos cigarrillos, y con la misma pensativa expresión regresaron a sus automóviles, parados junto al bordillo.

—Steve, ¿crees que esta vez caerá sin remisión Hoffman? —preguntó de pronto el abogado, reflejando en sus ojos la honda preocupación que sentía.

—Tiene que ser así —asintió Steve Simmons—. Está herido, acosado, como sujeto en un cepo... Si esta vez se nos fuera también de las manos, sería algo horrible, Porque jamás, jamás, tendríamos otra oportunidad mejor.

Brian Heywood asintió, seguro de que era así. Los dos amigos se separaron, partiendo en sus respectivos coches en diferentes direcciones. Steve se detuvo un momento en un bar madrugador, y se tomó un doble café solo, sin azúcar, para despejar el sueño.

Reanudó la marcha a través de la urbe silenciosa, y cuando llegó de nuevo frente al acordonado edificio del circo, la luz en el cielo era intensa, de un azul frío y desapacible.

Saltó del coche y llegó corriendo hasta el teniente Gallagher, el inspector-jefe Pearson y dos superiores suyos del F. B. I.,

a los que saludó respetuosamente.

—¿Qué hay? —preguntó Steve, tenso el tono, al descubrir la expresión sombría de los presentes—. ¿Y Hoffman?

Gallagher volvió hacia él un rostro que era una rígida máscara sin color ni vida.

—Nada. Steve. Se nos ha escabullido otra vez. Estoy seguro.

—¡No es posible!

—Eso es lo que yo creía, pero ha sido así. No aparece por parte alguna... —Tragó saliva y hundió las manos en los bolsillos de su gabardina—. Y entre tanto, tenemos pésimas noticias de otros puntos de la ciudad.

—¿Qué noticias? —La alarma de Steve crecía por momentos.

—Las brigadas fluviales han encontrado un cadáver en estado de descomposición en el East River, a la altura de la isla de Welfare. Pese a su estado, ciertas características físicas nos hacen suponer que era «El Gran Goliath», el auténtico, a quien suplió Clark Hoffman durante los días últimos.

—Era de prever. Hoffman aniquila todo aquello que le estorba.

—Todavía hay más, Steve. El abogado Barnes no llegó nunca a la casa de la playa de Staten Island, adonde le envió Heywood. Unos borrachos le encontraron esta noche en un apartadero de las vías del terminal ferroviario de «W. H. Co.», frente al Pier 67 del Hudson. Debía de estar muerto desde anoche a la misma hora, por lo menos... Brutalmente degollado, Steve.

CAPÍTULO VIII

LA MUERTE ANDA SUELTA

Los cuatro personajes reunidos en la habitación se miraron larga, silenciosamente.

El primero en romper el silencio fue Brian Heywood, arrojando a tierra su cigarrillo. Un relampagueo de ira cruzó sus ojos entornados.

—Tienes que darte cuenta de que nada de cuanto ocurre es lógico ni normal, Steve —masculló, irritado—. Un hombre de las dimensiones de Clark Hoffman no puede escabullirse de un estrecho cerco cerrado, y mucho menos si va herido por una bala o por dos. ¡Es materialmente imposible, Steve! Tiene que estar en esa área donde lo perdisteis.

Simmons asintió, aplastando a la vez su cigarrillo y encendiendo otro acto seguido.

—Ya sé todo lo que puedes decirme, Brian, porque es exactamente lo que están diciendo siete millones de habitantes de los nueve o diez que hay en esta ciudad: no puede ocurrir. Y, sin embargo, ocurre. Sigue el cerco en torno al «Western Circus», a lo largo de un cuadrado de cuatro manzanas de longitud por otras tantas de anchura. Pero ni rastro de Hoffman. Y te diré más aún: mi firme criterio es que ya no está allí.

—¿Cómo pudo salir? ¿Volando? —rió Saddle Wilcox, cruzando sus hermosas piernas ante los ojos de ambos hombres. Pero su gesto burlón se ensombreció al captar la agria mirada de Steve. Agregó, apresurada—: Bueno, hablando en serio, no veo otra forma.

—Yo tampoco —atajó, nerviosa, Sheree Rogan. Se irguió en el

lecho, donde estaba tendida, con los ojos clavados en el techo del apartamento y fumando lentamente un cigarrillo—. Únicamente con alas se podía escapar de allí, Steve. Salvo nosotros, nadie salió de la demarcación sin ser minuciosamente controlado. Y no nos lo llevamos en el bolsillo.

—¡Demonio, sé bien lo absurdo que parece todo! —Gruñó Steve—. Pero sé tanto como vosotros de lo que pudo hacer Hoffman para escabullirse una vez más. Me pregunto en algunas ocasiones si luchamos contra un ser humano o contra un verdadero engendro de Satanás, lanzado al mundo para crear el Mal.

—La radio, en el boletín de la mañana, notificó el hallazgo de los cuerpos de «El Gran Goliath» y de Preston Barnes —refirió seriamente Saddle—. Esto parece un carnaval de sangre, Steve. ¿Nadie puede poner freno a esa fiera destructora?

—Nadie se lo ha puesto hasta ahora —admitió secamente Steve—. Y no será por falta de medios.

Hubo un corto silencio. Los cuatro parecían sumidos en sus reflexiones, y ninguna debía ser demasiado agradable, a juzgar por el aspecto de todos. Heywood lo cortó de repente.

—Van a dar las tres de la tarde —dijo gravemente, consultando su reloj—. ¿Qué haremos hoy, Steve? Dentro de poco, Saddle y Sheree han de ir al teatro a actuar. No creo que la situación sea de lo más apropiada para que hagan su vida normal.

—Saddle no tiene nada que temer —musitó Sheree—. Soy yo quien está en peligro.

—Sheree tiene razón —apoyó Steve—. Por tanto, Saddle puede ir al trabajo, como habitualmente.

—¿Y Sheree?

—Ella se quedará aquí —afirmó rotundamente Steve.

—¡No puedo hacerlo! —protestó ella—. ¡Thompson se enfurecería! ¡No podría levantar el telón!

—Claro que podría —la atajó Saddle—. Thompson comprenderá en este caso. Yo puedo hacer tus números provisionalmente. Al público se le justificará tu ausencia alegando indisposición momentánea, Y todo saldrá bien, Sheree.

—No estoy dispuesta a transigir con eso. Iré al trabajo como cada día.

—Y yo digo que transigirás, te guste o no —la voz de Steve era

dura, diamantina—. Me importan un pepino Thompson, su revista e incluso el público. Tú te quedarás aquí. Y yo contigo, arma en mano. Nadie se acercará a ti, hasta que caiga Hoffman. Por mucha que sea su suerte, no puede ser sino cuestión de horas, Sheree.

—Steve, tú no entiendes. El teatro es algo especial. No puedo faltar. Thompson me puede anular el contrato y...

—Thompson no hará nada de eso —sonrió Steve—. Es orden federal. Te quedas aquí.

Sheree suspiró, dándose por vencida. Steve extrajo su revólver chato, que comprobó, encontrándolo cargado y perfectamente engrasado. Sonrió lobunamente a Saddle y Brian.

—Vosotros podéis marcharos cuando gustéis —dijo—. Yo cuido de ella. Le plazca o no.

—Querido, creo que desde lo ocurrido anoche, siempre me gustará tenerte cerca —musitó Sheree, mirándole con dulzura—. Bien sabes que no es eso lo que me contraría.

—Te comprendo. Pero ahora es lo más justo y sensato. ¿Vas a quedarte, Sheree?

—Sí —sonrió ella, tras una duda y añadió, burlona—: Orden federal, agente Simmons...

—Bueno, un dilema resuelto —suspiró Saddle, radiante—. Voy a estar muy tranquila sabiendo que estás a seguro. No temas, todo irá bien en el teatro. Yo me conozco bien tus mejores números. Puedo hacerlos sin que el público advierta tu ausencia. ¿Me dejas utilizar tu traje de plata y tu peluca blanca, en la fantasía del acto segundo?

—Naturalmente, querida. Puedes coger lo que gustes de mi camerino. Y mil gracias por todo, Saddle.

—¡Tonta! —Se inclinó, besándola en la mejilla—. Hasta luego, Sheree. ¿Puedes acompañarme, Brian?

—Naturalmente —asintió el abogado—. Tengo abajo el coche. Vamos, querida. Te veré luego, Steve. Supongo que te harás venir un relevo para la noche, ¿no?

—Sí. Un agente femenino ocupará la habitación con ellas —refirió Steve brevemente—. Pero no creo que yo me marche muy lejos. Alquilan apartamentos al lado. Tomaré uno.

—Eres admirable, Steve —sonrió Heywood—. Lo que hace el amor, jamás lo haría el deber. Ahora sí que se encuentra Sheree en buenas manos. ¿Estarán todos los que corren peligro en tan segura

posición, Steve?

—No sé. —Simmons frunció el ceño—. Harvey Mills, uno de los testigos que más dañó a Hoffman en el juicio, tiene una tiendecilla de poca monta en Bryant Park. Vende discos y radiogramolas. Creo que Gallagher le habrá puesto buena vigilancia. En cuanto a mí, me cuido yo mismo. Y espero que Gallagher haga igual, llegado el caso.

—¿No habrá nadie más en peligro?

—Creo que no. Ésa será la lista del asesino, si no me equivoco. Y mientras yo tenga un hálito de vida, Sheree no volverá a sufrir sus ataques.

Saddie se había puesto ya el abrigo. Brian Heywood tomó su sombrero, y los dos jóvenes abandonaron el departamento. Steve se ocupó de cerrar cautamente la puerta, echar el pestillo y asegurar la cadena. Luego, depositó el revólver sobre una mesita, se despojó de la americana y le preguntó sencillamente a la joven:

—¿Tienes una buena, cafetera eléctrica? Creo que nos vendrá bien ir tomando algo mientras esperamos, cariño...

* * *

La espera era ya muy prolongada. Al otro lado de la ventana, el intenso azul del atardecer había suplido al turbio día gris. Sobre una mesita, los platos y cubiertos de una comida frugal, hecha subir del restaurante inmediato, denunciaban claramente que tanto Sheree como Steve no se habían movido de allí.

Al oscurecer totalmente, Steve echó las cortinillas de la ventana, después de cerrar las persianas. Aplastó, su enésimo cigarrillo y encendió otro.

Un roce suave en el hombro, le sobresaltó. Giróse, encontrándose con la sonrisa suave de la muchacha. Vestía un «deshabillé» granate, y nunca había resultado tan turbadora su figura como en aquellos instantes. Las curvas de su cuerpo se dibujaban nítidamente bajo el raso adherido a ella.

—Cariño, deberías descansar un poco —musitó ella, con dulzura—. No hay ser humano que resista tantas horas seguidas esta tensión nerviosa. Sobre todo después de la pasada noche.

Steve denegó lentamente, jugueteando con la culata de su «Colt 38».

—No, Sheree —respondió, estirando una mano para sujetarla por la barbilla y, atrayéndola contra sí, besar sus labios—. No debemos ceder un solo momento. Eso fue sin duda lo que le ocurrió a Hammond mientras vigilaba. Y ahora está muerto.

—¿Crees que ese horrible ser vendrá hasta aquí en mi busca? —Se estremeció ella.

—Sí, lo creó. —Steve encajó las mandíbulas—. Un hombre que se disfraza de pintor para matar al juez Murdock, que viaja por los tejados para eliminar a Hammond, y que sigue a Barnes desde la oficina de Heywood, eliminándole antes de que llegue a su escondite, es capaz de todo. Intentó hacerte ir hasta él y asesinarte. Lo logró sólo a medias. Ahora, si quiere completar su venganza, no tiene otro remedio que venir aquí.

—Dios mío, Steve. ¿Durarán mucho tiempo las cosas de este modo?

El joven agente federal se encogió de hombros, con dura expresión.

—No lo sé. Pueden ser horas, días, semanas... Nunca se sabe nada de un ser como Hoffman, que parece rebasar las fronteras de lo humano en maldad, vesanía y facultades.

En aquel momento, los dos dieron un respingo. El picaporte de la entrada giraba suavemente. Rechinó la madera, al resistir la presión de alguien. Rápido, Steve echó a un lado a Sheree, y empuñó el revólver, amartillándolo sin una vacilación. Esperó.

El picaporte volvió a girar. Sheree, muy pálida, no apartaba sus fascinados ojos de él. Bruscamente, la tensión se quebró al golpear algo secamente en la madera.

—¡Contesta! —musitó Steve—. Puede ser una celada. Pregunté, quién es...

—¿Quién... quién llama? —demandó ella, procurando poner cierta calma en su voz.

—Soy yo, señorita —respondió una voz afable de mujer, al otro lado de la puerta—. La señora Miles. Le subo los diarios de la noche, tal como usted me pidió...

Con un fuerte suspiro de alivio, se miraron ambos jóvenes. Steve se permitió sonreír, e hizo una rápida seña con el cañón del revólver, apuntando a la rendija inferior de la puerta.

—Que los eche por ahí —musitó—. No es la primera vez que

tras una mujer aparentemente inofensiva, se esconde el asesino, amenazándole de muerte si no cumple su papel.

Sheree así lo indicó a su patrona, y poco después, pasaban los periódicos bajo la puerta. Los pasos de la señora Miles se perdieron por el corredor, y volvió la calma a la habitación de la bella muchacha.

Una calma tensa y artificial, que en cualquier momento podía estallar en una trágica llamarada de violencia...

* * *

Los aplausos todavía sonaban en sus oídos. Saddie Wilcox sentía el halago del éxito, en su substitución de Sheree Rogan. Estaba satisfecha, experimentaba esa felicidad sorprendente del artista que por fin ve un día premiada la oscura labor de años.

Había ido todo muy bien. Ni siquiera el público advirtió la ausencia de Sheree. Un hábil maquillaje, sus propios vestidos, pelucas y modo de actuar, habían hecho el milagro. Rex Thompson en persona la había felicitado al salir de escena, tras el número del acto segundo. Saddie, con sus mareantes curvas envueltas en la plata laminada del traje de Sheree, y la cabeza cubierta por una blanca, brillante peluca, podía pasar ante cualquiera como la doble exacta de Sheree Rogan.

Subió las escaleras de los camerinos repartiendo sonrisas y frases de gratitud entre las compañeras que iban a suplirla en escena en el número siguiente, y que sin distinción la felicitaban de modo efusivo.

Posiblemente aquello abriera los ojos a Max, pensó para sí. Vería que no sólo Sheree, sino también ella, podía ser figura de la revista. Saddie no era envidiosa, pero aspiraba a ser algo más que una vulgar muchacha del conjunto. No quitaría el puesto a Sheree: lo compartiría con ella. Las obras de Thompson necesitaban varias figuras femeninas de categoría similar, y eso no dañaría a nadie.

Empujó la puerta del camerino, empezando, a desabotonarse el ceñido traje de plata. Creía haber dejado encendidas las luces del tocador, pero no era así. Les irritó, porque el cambio ahora era muy rápido, y sólo disponía de un cuadro breve para vestirse con un complicado atavío oriental, en el siguiente *sketch*. Comenzó a bajar

por su cuerpo la plata adherida a su carne, desnudándose velozmente mientras cruzaba el camerino hacia el tocador.

Giró la llave, y las bombillas que rodeaban el espejo oval lo llenaron todo de luz. La mano de Saddie se detuvo, crispada, sobre la botonadura de su cintura, bajo los firmes y agresivos senos. Una mueca de infinito horror cubrió su rostro ante la visión alucinante que le devolvió el espejo...

Se volvió en redondo, chillando furiosamente. Pero una mano grande, pesada, enguantada en negro, cayó sobre su boca, ahogándole todo sonido. La misma faz grotesca, vista en el espejo, la de un payaso multicolor modelada en goma, se acercó a ella, con un terrible brillo de ferocidad y muerte en los ojos.

La sombra grande, ancha y poderosa de un hombre siniestro, cubierto por un largo abrigo negro y un sombrero de anchas alas, se abatió sobre ella igual que un murciélago sobre una mariposa.

Los ojos desorbitados de Saddie pretendían expresar al terrorífico visitante su angustia, la protesta desesperada de la infeliz muchacha. Su voz hubiera querido gritar vivamente: «¡No soy ella, yo no soy Sheree Rogan! ¡Espera, Hoffman, no cometes un error tremendo...! ¡Quítame esta peluca y lo verás...!».

Pero era imposible. La mano enorme la amordazaba de forma implacable, brutal. Y aquellos ojos demoníacos, se acercaban a ella, al mismo tiempo que el rostro disparatado del payaso. Un payaso que escondía tras, de sí la Muerte...

Se revolvió, queriendo luchar. Con el traje de plata revuelto sobre su cintura, a medio vestir, Saddie pugnó por soltarse, para tener al menos la oportunidad suprema de liberar su boca y poder hablar, decir quién era...

La fuerza del contrario era demasiado grande para eso. Al fatídico payaso le bastaba con un brazo ancho y poderoso para sujetarla contra sí. La otra mano enguantada se alzó con algo centelleante, pavoroso y cruel.

Saddie desorbitó terriblemente sus ojos, peleó como nunca, mientras el objeto brillante y agudo descendía hacia su cuello...

Logró soltarse en el último momento, y comenzó a chillar, histéricamente:

—¡No soy Sheree! ¡No, por Dios, yo no soy ella...!

El objeto punzante la alcanzó en el cuello. Sintió como si la vida

se escapara por el impacto cortante, profundo. El tajo fue redondo, seguro y firme...

Después, el corpachón gigantesco avanzó hacia la puerta. Saddle, derrumbándose en un baño de sangre contra el tocador, astilló el espejo con su cabeza y estalló ásperamente una bombilla.

El asesino abría la puerta en ese instante, y el estallido hizo volver la cabeza a dos muchachas que cruzaban por el corredor.

Ambas pudieron ver la misma espantosa escena: Saddle deslizándose a tierra por el tocador, con el rostro convertido en una espantosa máscara blanca, y la garganta destrozada. Y en primer término, aquel terrible payaso de furiosa mirada, empuñando aún un cuchillo sangrante en su diestra.

Los gritos hendieron el interior del teatro, y las muchachas echaron a correr. Veloz, el criminal se abalanzó sobre los cables de la corriente eléctrica y tiró de ellos con violencia, junto a los interruptores del piso de camerinos. Toda la planta quedó a oscuras.

Ya de piso en piso, la voz corría como reguero de pólvora:

—¡«El Reptil»! ¡Está arriba! ¡Ha matado a Saddle Wilcox también...!

Un pandemonium se apoderó del Variety. Técnicos, artistas y empleados se lanzaron a una furiosa, desordenada búsqueda del feroz asesino. Bloquearon escaleras y corredores, lanzáronse por doquier, mientras un Rex Thompson mortalmente lívido, corría a un teléfono a avisar a la policía.

El agente de guardia en el teatro, apareció con la solidez de su figura uniformada de azul, esgrimiendo un pesado revólver de reglamento. Se lanzó hacia los pisos altos, cuya luz había sido cortada, y creyó ver una sombra ancha, poderosa, deslizándose por los cables del telón de boca con la agilidad de un simio. Disparó su revólver varias veces en aquella dirección.

Las balas maullaron al rebotar en las piezas metálicas, los fogonazos crepitaron en las sombras del teatro aterrorizado, y el desconcierto cundió. El agente dio rápidas órdenes, se movilizó todo el mundo hacia el telón de embocadura, pero no hallaron a persona alguna que pudiera ser confundida con el asesino.

Y de haber salido éste a la platea, hubiera sido visto fácilmente, dado su aspecto físico.

—¡Que nadie salga del teatro! —ordenó, tajante, el policía,

volviéndose a Thompson—. ¡Vigilen todas las salidas! ¡Ese monstruo no puede huir siempre como si fuera un fantasma!

Pero lo cierto era que todos lo dudaban en el fondo. De momento, parecía haberse esfumado. La propia confusión que siguiera al trágico suceso, había sido su mejor aliada.

Cuanto se pretendió hacer por Saddie fue inútil. La desdichada joven había sido brutalmente degollada, y su cabeza, de blanca peluca, yacía ahora sobre su propia sangre, en una grotesca posición. Rex Thompson salió del camerino, tambaleándose, y cuando alzó los ojos, sufrió un brusco sobresalto. Brian Heywood, pálido y vacilante, subía por la escalera del teatro.

—Thompson —musitó el abogado, parándose ante él—. ¿Qué es lo que ocurre? Al llegar he visto cosas que no me gustan. Dicen que a Saddie le ha pasado algo... ¡Vamos, hable!

El empresario no supo qué decir. Incluyó la cabeza, tragó saliva, y sólo atinó a balbucir torpemente:

—Yo... no sé cómo decírselo, Heywood... A Saddie la confundieron con Sheree Rogan... y tuvo una visita espantosa, ¿comprende? Ahora está... está...

Brian Heywood osciló, aferrándose con mano convulsa a la baranda del corredor. La expresión de sus ojos febriles indicó claramente a Thompson que no necesitaba decirle más. Ya había comprendido.

CAPÍTULO IX

LA ÚLTIMA VÍCTIMA

Breve, sencillo y doloroso. Así había sido el funeral de Saddie Wilcox, en la pequeña capilla de San Gabriel.

Sheree, vestida de negro, con un velo por el rostro, apareció en la puerta de la iglesia, entre los firmes brazos de Steve Simmons y de Brian Heywood. Ambos alterados, taciturnos y sumidos en el estupor que la inesperada tragedia había desmoronado sobre ellos.

El teniente Gallagher, dando vueltas a su sombrero entre las manos, les vio salir desde un banco inmediato donde había tomado asiento al terminar los oficios fúnebres.

No había querido entrar el policía en la capilla. Le afectaban demasiado esas cosas, y prefirió escuchar desde la misma entrada, alejándose después lentamente. Ahora se incorporó y caminó hacia ellos con desgana. Parecía hundido, los hombros abatidos, la mirada vaga y sin brillo. La monstruosa sarta de crímenes del fantasmal Hoffman estaba aniquilando la energía del valeroso policía neoyorquino.

Steve, al descubrirle allí, habló en voz baja a Brian. Asintió el abogado, llevándose consigo a Sheree hacia el coche parado ante la capilla. Rex Thompson fue con ellos.

—¿Algo nuevo? —preguntó Steve, reuniéndose con el sombrío Gallagher.

—Nada —el policía hizo un gesto desesperado—. ¡Esto es espantoso, Steve! Asistir impotente a un cúmulo de horrores como éste. La muerte de esa pobre chica es algo que jamás se borrará de mi mente. ¡Y no poder hacer nada, no poder coger entre mis manos

a ese maniático furioso y retorcerle el cuello...!

—Calma, teniente. No será así como daremos con él —musitó serenamente Steve. Estaba también demacrado y ojeroso. Sus pómulos se marcaban bajo la tensa piel—. Lo de Saddie ha sido horrible. Tal vez lo peor de todo esto, porque ella ni siquiera tenía por qué ser inmolada. Murió por un error que yo, estúpido de mí, debí sospechar. Pero lo cierto es que jamás pensé que ella convencería a Thompson para que ocultara la substitución, y se hiciera pasar ante todo el público por la auténtica Sheree. Eso es lo que la condenó a muerte.

—Todavía hay algo que no he entendido, Steve. ¿Cómo pudo Hoffman salir del teatro Variety sin dejar rastros de su fuga? Es para volverse loco.

—Ocurrió ya en más difíciles condiciones, en el circo. Es como luchar con una sombra. Se nos escabulle a cada paso. Pero un día no ocurrirá eso. Y será su fin.

—¿Cuándo va a ser eso, Steve? —gimió el policía.

—Muy pronto. Sólo queda un nombre en la lista: Mills. Harvey Mills tiene su tienda muy vigilada. Los dos empleados que venden discos a la clientela son federales armados y dispuestos a barrer a tiros al primer cliente sospechoso. En cuanto a los alrededores del establecimiento, están bien vigilados por sus hombres. Mills no caerá, y si lo intenta, Hoffman habrá chocado con su última víctima. De allí no saldrá tan bien como hasta hoy.

—Me gustaría creer eso a pies juntillas, muchacho —se lamentó Gallagher, que añadió sombríamente—: He anunciado mi dimisión, Steve.

—¡No puede usted hacer eso ahora!

—Sí puedo hacerlo. Cuando uno fracasa, es que ya no sirve para lo que está haciendo. He presentado mi renuncia al inspector-jefe. Si Hoffman no cae en cuarenta y ocho horas, dejaré el Cuerpo. Un mal final para una buena carrera, pero más digno que sufrir burlas y leer lo que los periódicos dicen de uno.

—Los periódicos no tienen nunca razón, Gallagher. Son destructivos, sin construir nada. Si se fía de ellos, terminará amargado y arruinará su vida.

—¡Mi vida! ¿Y qué importa ya una más o menos, en esta orgía de sangre?

—Todas las vidas importan, teniente. Sobre todo, las de los hombres destinados a terminar con este horror, tarde o temprano. Y aún tenemos que proteger a Sheree. El asesino, tras este error, repetirá el golpe contra ella.

—Steve, ¿por qué no la sacas de la ciudad? Sería un buen medio de evitar otro desastre irreparable.

¿Y a dónde llevarla? Entonces tendría que quedar sola, lejos de mi protección.

—Tengo una idea, Steve —habló de repente el inspector, animada su expresión—. Mi mujer tiene una hermana en Kingston, y vive en una granja, a menos de media milla de la población, en compañía de su marido y de dos cuñados. Él es agente de la policía local, y los dos hermanos trabajan en unas fundiciones. Tienen distinto horario de trabajo, y cualquiera de ellos se basta y sobra para defender a Sheree de cualquier peligro. ¿Por qué no la llevas allí, Steve? Podrías volver a Nueva York, para echarme una mano en este endiablado asunto, y ella estaría a salvo de cualquier nueva desdicha.

—Creo que es una buena idea, Gallagher —asintió Simmons, reflexivo—. Y esa misma idea, me está sugiriendo a mí otra... que tal vez nos pueda llevar hasta el propio Hoffman.

* * *

Steve Simmons y Brian Heywood estuvieron de regreso en la ciudad a media tarde del mismo día, en el rápido y moderno coche del abogado. Éste, sombrío y sin despegar los labios, con los ojos sombreados por profundas ojeras que persistían desde la noche del horrible crimen en el camerino del Variety, se mantenía al volante, conduciendo por la ancha carretera sin apartar del asfalto los ojos taciturnos y opacos.

Gallagher les esperaba en el Departamento de Homicidios, juntamente con Pearson y varios jefes federales, dos de ellos desplazados directamente des Washington, en vista de las alarmantes circunstancias del caso Hoffman.

Eran docenas los

«G-Men»

que patrullaban por el corazón de Broadway, en busca del

fantasmal asesino de cara monstruosa y gigantesca figura. La orden era tajante: «Tiren a matar. No hay cuartel para Clark Hoffman».

Y Hoffman, como una especie extraña y alucinante de arácnido, se mantenía en su ignota madriguera, esperando el momento de salir y descargar el nuevo golpe. Sin que batida alguna de la Metropolitana ni de los hombres del

F. B. I.

diera con el convicto fugado de Sing-Sing.

Eran horas angustiosas, tensas y dramáticas, las que vivía la gran urbe, con la Muerte recorriendo impune sus calles.

La pregunta de todos era la misma: ¿dónde está Clark Hoffman? ¿Cuándo caerá por fin?

—¿Tienen ya a la mujer? —Fue lo primero que preguntó Steve, al encarar a Gallagher.

—Ya está en su sitio, Steve —asintió el teniente—. Se trata de la agente Wendy Barrington, una mujer habituada a la lucha con los que molestan a las chicas, dominadora de judo y otras artes. Está ahora en casa de Sheree, ocupa su hueco con una caracterización que confundiría a cualquiera, y más en la penumbra de la habitación.

—¿Y precauciones?

—Todas están tomadas. Bajo las sábanas mantiene una automática presta a disparar. Tiene un timbre de alarma bajo la almohada, que pondría en conmoción a cien hombres distribuidos por todo el sector. Y en la habitación contigua, con una mirilla especial en la pared y otra en la puerta de comunicación, hay tres hombres que se turnan cada ocho horas, armados de fusiles ametralladoras. Pero en apariencia, todo está desierto. Y esta noche, todos los diarios publican un pequeño párrafo, refiriendo que Sheree Rogan, impresionada por la muerte horrible de su amiga, yace postrada en su residencia, presa de una depresión nerviosa.

—Perfecto. Con que Hoffman pique, todo resuelto. Esta vez no tiene escapatoria. Sheree ya está en la granja con sus cuñados. Son buena gente, y se han hecho perfecto cargo de la situación. Creo que ella no correrá peligro allí.

—Estoy seguro de ello, Steve —miró al silencioso Brian y añadió—: Es imperdonable que no hayamos podido salvar a su novia,

Heywood, pero no se repetirán los hechos. Sé bien que eso poco consuelo significa para usted, y sin embargo, espero me comprenda.

—Sí, teniente, le entiendo muy bien —asintió sordamente Brian—. En realidad, ninguno de ustedes tiene culpa en lo que ocurre. ¡Pero si yo doy antes con Hoffman, creo que sobraré todo el aparato policial!

—No haga locuras, Heywood. Usted es sólo un hombre dolorido que desea vengarse. Hoffman es más que eso: pertenece a una especie infrahumana y sicopática, de terrible poder destructor. Vale más que nos deje a nosotros esa tarea.

—Yo no pretendo ser mejor que ustedes. ¡Pero Hoffman no saldrá vivo, si llega a enfrentarse a mí! —Y Heywood empuñó una automática de calibre 38 al sacar la mano del bolsillo de su abrigo—. Esta medicina no conoce de infrahumanos ni sicópatas.

—Será mejor que guardes tu pistola y vuelvas a casa, Brian —le recomendó Steve, oprimiéndole un hombro—. Como dice Gallagher, este asunto es nuestro. No me gustaría tenerte que visitar mañana en la Morgue, por una obstinación tuya. Vamos, Brian, te acompañaré. Creo que es hora de que descanses y trates de borrar de tu mente lo ocurrido.



Brian denegó amargamente con la cabeza. Steve sabía que era así; no se pueden pedir olvidos en situaciones semejantes. Pero el reposo haría bien a Brian. Tiró de él, obligándole a seguirle, y poco después le conducía a viva fuerza a su casa.

En las siguientes horas, la cacería sigilosa, desesperada y tensa, comenzó en todo Nueva York, muy especialmente en el centro urbano de Broadway.

En un apartamento sin vigilancia aparente, una mujer reposaba en un lecho y todos sabían en la ciudad que esa mujer era Sheree Rogan. Las sombras de las calles, las mesas de los bares y restaurantes inmediatos, las bocas de «metro», los puestos de periódicos y los quicios poco concurridos, servían de

emplazamiento a individuos sin nervios, cazadores profesionales del hombre, con las manos hundidas en los bolsillos de sus abrigos o gabardinas, mientras la ciudad, cuajada de luz y de ruidos, vivía indiferente alrededor de aquel lugar.

Steve Simmons, rígido pero dueño de sí mismo, apretando con dedos tensos la culata de su revólver, era uno de los que se mantenían en guardia constante frente al edificio de apartamentos. La luz de la ventana donde la supuesta Sheree reposaba, era un cuadrado de luz en la alta mole de cemento y hierro del rascacielos.

Las horas se iban desgranando lentas, cada vez más largas y agobiantes. A cada tic-tac

del reloj, los nervios aguzaban su tensión, los ojos se esforzaban por horadar las sombras de la noche.

Las once, las doce, la una, las dos... Y sin el menor rastro de Clark Hoffman.

—Posiblemente hoy no aparezca —observó un federal—. Tomará sus precauciones.

—Si no aparece hoy, lo hará mañana. Si no, pasado. Si no, cualquier otro día —sostuvo Steve ceñudo—. Tarde o temprano vendrá. Mientras vea en la cartelera del Variety la suspensión de la obra por enfermedad de Sheree, y además crea que ella misma está ahí arriba, lo intentará todo. Clark Hoffman es de los que no retroceden. Y quiere terminar su venganza como sea, aunque al final caiga él también. Es un loco, un maniático feroz a quien la propia vida no le importa, si no es como vehículo de venganza. No se ha ocultado jamás, no ha pretendido envolver en misterio su actuación. Eso indica claramente que, una vez cumplidos sus sangrientos proyectos, no le preocupará morir también. Y morirá satisfecho por haber realizado su venganza.

Gallagher opinaba como Steve. Por eso el cerco siguió, en plena madrugada...

Sentado dentro de un coche de inocente aspecto, aparcado en una bocacalle inmediata a la vivienda de Sheree, Steve fumaba lenta, pacientemente, sin apartar sus ojos del edificio. Junto a él, Gallagher y Pearson manteníanse en tensión, al acecho, como gatos.

De pronto, la radio les hizo dar un respingo al hacer una llamada. Rápido, Pearson conectó la onda policial. La voz del

locutor les llegó, apremiante, monocorde:

—¡Atención, teniente Gallagher! Patrulla 23 informa de un incendio ocurrido en su demarcación hace escasamente una hora. El sargento Wilson solicita inmediata atención suya, teniente.

—¡Teniente Gallagher al habla! —replicó secamente el policía, tomando el micrófono—. ¡Siga informando!

—Los miembros de la Patrulla han acudido en el acto al lugar del siniestro. Pero sin duda obedecía a premeditada intención, porque el fuego fue rápido y devastador, percibiéndose la presencia de un combustible inflamable. Fue en Bryant Park y...

—¿Ha dicho Bryant Park? —demandó Steve angustiado, dando un respingo—. ¿Dónde?

—Sí —pidió la ronca voz de Gallagher al micrófono—. ¿Dónde exactamente fue el fuego?

—En el 497 de Bryant Park, señor —llegó la respuesta—. Es una tienda de radiogramolas y discos, propiedad de un tal Harvey Mills. Hay dos cadáveres carbonizados entre las ruinas...

—¡Harvey Mills! —rugió Pearson, jurando violentamente—. ¡Otra vez, teniente!

—Harvey Mills... —Muy pálido, Gallagher se hundió en el asiento—. Dios mío...

—¡Pronto, vamos allá! —Steve arrojó el cigarrillo con rabia a través de la entreabierta ventanilla, y aferró el volante del coche, ante el cual estaba él sentado—. ¡Me parece que aquí no tenemos ya nada que hacer por ahora!

—Steve... ¿Crees que...? —jadeó, asustado, Gallagher.

—¡Sí, teniente, no cerremos los ojos a la realidad! —Simmons, frenético, conducía a endiablada velocidad, por las calles desiertas en la madrugada—. ¡«El Reptil» ha descargado de nuevo otro golpe! Y donde menos lo esperábamos esta noche...

* * *

Poco quedaba de la tienda de radios que perteneciera a Harvey Mills, frente a los rectángulos herbosos de Bryant Park, a la altura de la Calle Cuarenta. La ennegrecida fachada, milagrosamente en pie, ocultaba a ojos de los núcleos de curiosos allí estacionados con las primeras luces débiles del amanecer, un negro muñón informe

de lo que antes fuera un edificio.

Todos los vecinos se habían salvado del siniestro, rápidamente difundido, a excepción del ocupante del primer piso, que era el propio Harvey Mills, dueño del establecimiento de la planta inferior, y antiguo testigo en el proceso contra Clark Hoffman.

Sin embargo, cuantos habitaban la casa y reunían ahora los escasos enseres salvados del desastre en un amplio claro guardado por los bomberos y policías, aseguraban lo mismo:

—Harvey Mills vivía solo. Jamás tuvo consigo a parientes o familiar alguno.

Sin embargo, Steve Simmons, el teniente Gallagher y el inspector-jefe Pearson, tenían ahora ante sí dos cadáveres. Horriblemente carbonizados e irreconocibles, pero evidentemente dos. ¿Quién era la persona que halló la muerte junto a Harvey Mills?

—Los cuerpos serán enviados inmediatamente al laboratorio policial —refirió Gallagher—. Los peritos del F. B. I.

trabajarán de acuerdo con nosotros, con la mayor urgencia posible.

—Está bien —asintió Simmons, ceñudo, examinando las cenizas y las ruinas ennegrecidas con aire pensativo. Varias piezas de madera quemada que se llevó a la nariz, despedían aún un tenue olor a gasolina. Encontró una lata de dicho producto, totalmente vacía y retorcida por el fuego, pero identificable aún. La entregó a los agentes federales que husmeaban por doquier, junto a los de la Policía Metropolitana.

—¡Eh, Simmons, venga acá un momento! —llamó Gallagher poco después.

Steve acudió, encontrándose al teniente y a Pearson en animada charla con un hombrecillo humildemente vestido, de rostro enjuto y aire enfermizo. Pearson le señaló.

—Es un vecino del piso superior al de Mills. Tiene algo interesante que contar, Simmons. Escúchele, por favor. Vamos, señor Craven, cuente otra vez esa historia.

Craven miró a Steve con ojillos vacilantes, tragó saliva y refirió concisamente:

—Verá, señor. Yo padezco habitualmente de asma, y muchas noches me es imposible dormir. Entonces, si la noche no es muy

fría, abro la ventana y me asomo hasta conciliar el sueño. Eso hice esta noche, sobre la una o una y cuarto. Vi entrar un camión en la calle. Era de esos que hacen el servicio de reparto de leche, porque en su cabina llevaba un gran cartel. Algo así como «La Vía Láctea» o cosa parecida. Me extrañó su presencia a esa hora y le estuve observando. Pero el camión se metió en la calleja inmediata, y dejé de percibir su motor. Ya no le di más importancia al asunto, hasta que creí percibir ruidos en el piso de abajo, que ocupaba Mills. A esas horas nunca andaba despierto Mills, y me chocó. Luego oí voces, un grito, y más ruidos. Me alarmé, la verdad. Entonces me asomé otra vez, y pude ver a un hombre muy alto y fuerte, que salía corriendo de la casa, y que volvió la cabeza, sin duda advirtiéndome mi presencia. Era raro, señor, pero su cara... bueno, parecía la de un payaso. ¿Usted lo entiende?

—Sí, lo entiendo. Siga, por favor.

—Creí ver visiones al descubrir que era un payaso. Iba enguantado, con un sombrero amplio y muy hundido, y parecía muy ancho de hombros bajo el largo abrigo oscuro. Se metió en la calleja donde vi entrar el coche, y sonó el ronquido del motor. Yo iba a gritar ya, asustado por tantas cosas extrañas, cuando sentí olor a quemado, y una espesa humareda negra empezó a salir del piso inferior. Lancé gritos de «¡Fuego!», olvidándome ya del raro payaso, y me apresuré a huir de la casa. Tosía mucho, ahogado por el humo, dada mi dolencia, y me alejé lo más posible, mientras el fuego crecía. Y eso es todo.

En aquel preciso instante, un agente federal se acercó a Simmons y le dijo algo al oído. Los ojos del joven brillaron vivamente. Se volvió en redondo a Gallagher y llamó:

—¡Eh, venga conmigo! Han encontrado el camión lechero... exactamente donde dice el señor Craven. El motor roncó sin duda, pero no llegó a marcharse. Sigue allí.

En el callejón citado, un camión con la marca de «La Vía Láctea», tal como Craven citara, estaba inmóvil junto a un muro sin puertas. Steve tomó nota del número de teléfono de la casa propietaria, impreso bajo los rótulos de la carrocería, y envió a un agente a llamar. La respuesta tardó un par de minutos: a uno de los lecheros, un gigante de rostro de payaso le había atacado a la altura de la Calle Cincuenta, robándole el camión tras dejarle desvanecido

de un golpe, y la Compañía lechera había hecho ya la correspondiente denuncia.

Las cosas tomaban forma para Steve. Pero todo pareció empezar a desmoronarse cuando Gallagher se le acercó con algo entre las manos tiznadas de tanto hurgar en las ruinas.

—Ves esto, Steve —le dijo gravemente—. ¿Puedes entenderlo?

Simmons enarcó las cejas. Lo que Gallagher sujetaba entre sus dedos era una máscara de goma, con la faz grotesca y sardónica de un payaso de roja nariz y blancas mejillas, medio chamuscada pero aún identificable.

Y poco después, el forense de Homicidios les dio el golpe de gracia, al silbar entre dientes ante los dos cadáveres carbonizados, y ordenar su inmediato traslado a los laboratorios de la policía.

—¿Sabe una cosa, teniente? —dijo, incorporándose y sacudiendo sus manos tiznadas—. Uno de esos dos cadáveres es de lo más extraño que he visto.

—¿En qué, doctor? —preguntó vivamente Gallagher, mirándole de hito en hito.

—Pertenece a un hombre colosal, de anchura desusada y casi dos metros de estatura. Además, ya tenía el rostro quemado, antes de abrasárselo ahora, por lo que puede verse. Si no fuera porque carece de sentido, le diría que ese cadáver es el de Clark Hoffman...

CAPÍTULO X

LO INAUDITO

—En efecto. Es Clark Hoffman, «El Reptil».

La afirmación del especialista médico-forense del F. B. I.

desplazado a Nueva York para actuar rápidamente en el examen de los restos hallados en Bryant Park, no dejaba lugar a dudas. Luego, se extendió en aclaraciones...

—Coinciden las huellas de sus'

dedos, muy quemados, pero aún identificables. El ojo inútil, las huellas de cicatrices, la contextura ósea, la huella del balazo suyo, todo en fin. Es Hoffman sin lugar a dudas. Pero aún hay algo extraño en ese cadáver, Simmons. Algo que no podré decirle concretamente hasta más adelante.

—¿Cuándo, doctor? —pidió ansiosamente el federal.

—Posiblemente esta noche a última hora. O quizá mañana a lo más tardar...

—Está bien. Trabaje sin descanso, doctor. —Steve se mesó los cabellos con hastío—. El caso parece que ha terminado. Pero no habrá concluido para mí hasta que estén ligados todos los cabos sueltos.

—Procuraré tenérselo listo antes de medianoche si es posible. En cuanto al otro cadáver, no caben tampoco errores, según la ficha de Harvey Mills. Es él positivamente.

—Eso ya lo esperaba —musitó Steve, alejándose con gesto sombrío.

Se reunió con Gallagher en las oficinas de la Policía Metropolitana. El teniente cerró de golpe la carpeta, suspiró hondo y miró a Steve con una sonrisa algo triste.

—Asunto concluido, Steve —comentó—. Y no por nosotros.

—Eso es. No por nosotros. Parece como si el propio Hoffman hubiera querido cerrarlo por sí mismo, en un abierto desafío a la Ley. Ya no caben errores. Era él quien murió junto a Mills, aunque no entienda cómo ni por qué. Según Craven, es evidente que salió de la casa después de matar a Mills y rociar con gasolina el edificio. Pero de repente, ya con el motor en marcha, volvió allí. Sin duda a recoger algo o a ultimar algún detalle. Y entonces le sorprendió el fuego, le acorraló, y le dio el castigo que merecía. Fue víctima de su propio mal.

—Referido así queda todo claro, Steve.

—Sí, muy claro. Tal vez demasiado.

—¿Demasiado? —Gallagher enarcó las cejas, mirándole con asombro—. No te entiendo.

—Las cosas muy diáfanas nunca me han gustado. Parece que oculten algo tras su propia claridad. No sé, tal vez sea un poco de sugestión por la forma, en que ha ido todo.

—¿Sabes una cosa, muchacho? Deberías tomarte un descanso. Y lo más cerca posible de Sheree. Eso te irá bien.

—Creo que lo haré —asintió el joven cansadamente—. Han sido demasiadas emociones en tan poco tiempo.

Salió de la oficina metropolitana, regresando a la federal para enterarse de todo lo relacionado con el trágico epílogo de Bryant Park. No había nada nuevo, al menos nada que se relacionase con el último crimen de Hoffman. En cambio, los informes completos del abogado Barnes aparecían sobre su mesa, y al hojearlos comprobó de forma tajante que el hombre de Leyes asesinado había pertenecido a diversas Asociaciones antiamericanas e incluso terroristas, de un determinado partido político, dentro del país.

Pero esto, en un muerto, era ya de importancia secundaria para Steve. Barnes había pasado a ser un simple nombre más en los ficheros de personas asesinadas, en el «Federal Bureau of Investigation».

Trabajó varias horas más, concluyendo informes y fichas sobre Hoffman, uno de los peores y más sádicos, asesinos de los últimos

tiempos, y a mediodía recibió conferencia de Kingston. Sheree sabía ya el final del caso, y su voz era jubilosa.

—¡Steve, regresaré hoy mismo a Nueva York!

—¿Por qué no esperas un poco aún? —pidió Steve, sin saber por qué decía eso.

—Pero Steve, «El Reptil» ha muerto ya, ¿no es esto? Es el rumor que corre aquí...

—Sí, ha muerte. No es un rumor ya, Sheree. Sin embargo, preferiría poder ir yo a recogerte, querida. Y hoy me será completamente imposible...

—¡Tonterías! Kingston está muy cerca de Nueva. York y hay autobuses día y noche. No temas nada ya, si Hoffman ha desaparecido. La pesadilla terminó. ¡Hasta luego, amor mío!

Aun después de colgar, Steve se repetía a sí mismo: «Sí, la pesadilla terminó». Pero no de un modo convincente para él. Acaso porque no era mérito suyo, ni siquiera de nadie... Hoffman se había cavado su propia tumba en una pirueta final, y eso decepcionaba un poco.

Con una repentina idea, juzgó que era mejor que Sheree no viajase sola aún. No acertaba a concretar sus recelos, pero los tenía. Llamó a Brian y le pidió que acudiera a Kingston al atardecer, para recoger a Sheree y traerla a la ciudad.

—De acuerdo, Steve —asintió el abogado—. La tendrás contigo antes de medianoche. Y enhorabuena por todo. Lamento no haber sido yo quien acabara con Hoffman.

—Yo también —asintió ceñudo Steve. Colgó y se quedó pensativo.

No tenía ya nada que hacer en las oficinas, y salió en su «Lincoln», dirigiéndose a la industrial lechera «La Vía Láctea», situada en el bajo Manhattan.

En una gran nave repleta de furgonetas iguales a la robada la noche antes, preguntó por el empleado que sufriera el ataque. Resultó ser un muchacho joven, alto y desgarrado, de rubio cabello pajizo. Vestía gorra blanca y una cazadora *beige* clara.

—¿Quiere usted saber cómo fui atacado? —El muchacho se tocó, con gesto de dolor, la parte posterior de la cabeza—. Aún me duele el golpe, señor. Recuerdo que un coche de carrocería azul me interceptaba el paso por una bocacalle de la Cincuenta, y yo hice

sonar el claxon, pero el tipo no se apartó. Bajé entonces, acercándome al coche parado, y me incliné, para protestar con fuerza. Entonces se abrió la portezuela, y vi algo que me dejó asombrado. Un tipo alto, muy alto y fuerte, con una careta rara, algo así como la de un payaso, abrigo negro y guantes, salió, golpeándome inesperadamente con un objeto pesado, antes de que yo pudiera reaccionar. Caí desvanecido al recibir un segundo golpe, y no sé más.

—¿No ocurrió ninguna otra cosa especial?

—Ninguna que yo recuerde, señor... ¡Espere! Sí, el coche tenía levantado el portaequipajes cuando yo me detuve ante él, lo recuerdo muy bien. Y había algo muy grande allí dentro, envuelto en lonas.

—¿Muy grande? ¿En qué proporción, por ejemplo? —se interesó Steve, clavando en él los ojos.

—Bueno, yo... Imagínese si sería grande que me pareció mucho mayor que si el tipo aquel de la careta hubiera estado allí atadito. Y eso que era un rato alto y ancho. Me sorprende que no me matara con aquellos golpes.

—Y a mí también, muchacho —asintió Steve lentamente—. Y a mí también...

Regresó, profundamente pensativo, a su oficina. Permaneció trabajando el resto de la tarde, y cuando las luces de Manhattan se encendieron para disipar las sombras de una nueva noche, telefoneó a los laboratorios. Pero aún no había nada de particular.

Nerviosamente, colgó el receptor. Y ya a las nueve de la noche, el timbre del teléfono sonó en su mesa. Ávido, tomó Steve el aparato, y demandó con apremio. Pero la voz que le contestó era la reposada del teniente Gallagher, ligeramente nerviosa ahora.

—Steve, ¿quieres pasarte por aquí enseguida? Creo que tengo algo interesante para ti.

Simmons tomó su sobretodo y el abrigo, se lanzó a la calle y penetró en su negro «Lincoln», avanzando hacia el Departamento Central de Policía. Cuando llegó, Gallagher se paseaba con impaciencia por su despacho. Giró al sentir su llegada.

—Hola, muchacho —saludó—. Ven, quiero enseñarte algo que mis chicos han encontrado también entre las ruinas de la casa de Mills. Algo que parece se intentó destruir sin éxito. Mira...

Extrajo de un cajón un envoltorio cuidadosamente hecho. Al abrirlo, resultó contener fragmentos casi carbonizados de un tejido recio, al parecer piel, de intenso¹ color azul. Se había destruido casi por completo, pero en dos o tres fragmentos intactos, se apreciaban unas manchas oscuras, amplias.

Gallagher se adelantó a la pregunta que adivinó en los ojos de Steve.

—Sí, es sangre. No tenemos expertos como los vuestros, pero el espectrógrafo ha revelado que es sangre. Del grupo A... ¿Imaginas lo que puede ser esto, Steve?

—Sí. Tapicería de un coche. Tapicería azul.

—Exacto —asintió Gallagher—. ¿Qué puede pintar una tapicería azul en este asunto?

—Ligado a un coche azul, significa algo —musitó Steve lentamente—. Y estoy tratando de recordar...

—¿El qué?

—Nada —bruscamente, enfiló la salida—. Gracias, teniente. Creo que ha sido un buen hallazgo...

Y dejó a Gallagher sin entender una palabra del asunto.

Steve llegó con febriles prisas a su oficina, e hizo varias llamadas por teléfono. A medida que recibía las respuestas, su expresión se transfiguraba. Una luz nueva, excitada, asomaba a sus pupilas. Y un gesto duro, sombrío, cubría sus facciones.

Exactamente a las once y cuarto de la noche, cuando fumaba impacientemente, esperando el golpe final, sonó el teléfono. Se abalanzó como un loco sobre él, y casi gritó:

—¡Diga! Agente Simmons al habla.

La voz reposada del técnico-forense llegó hasta él, como un clarín definitivo:

—Soy el doctor Winslow, Simmons. Ya hemos terminado con Hoffman.

—¿Y bien? —El aliento de Steve se cortó, pendiente de lo que viniera después.

—Tenía yo razón al ver algo raro en aquel cuerpo. No cabían dudas sobre su identidad, pero sí sobre su muerte. Ahora, está todo claro ya, Steve. La herida de bala que ofrecía a la altura del pulmón, además de larga y dolorosa, era mortal de necesidad. La bala hallada en dicha herida corresponde, según medición de estrías y

todo lo demás, a su propio revólver, Simmons. De modo que usted le mató la noche del «Western Circus», aunque le quedaran fuerzas para huir. Clark Hoffman no murió en el incendio, sino hace exactamente cinco días...

Tardó Steve unos momentos muy largos en poder responder, dándole las gracias roncamente. Colgó, y quedóse mirando con aire perplejo el teléfono que le había traído la inaudita revelación, una revelación que en realidad él estaba esperando ya.

—Pero ¿por qué, Dios mío, por qué...? —se repetía una y otra vez, sin acabar de ver clara la última faceta del asombroso caso Hoffman—. ¿Por qué esto?...

Como una respuesta a sus preguntas incontestables, llegó la figura fornida del agente de servicio, que se detuvo en el umbral del despacho, tirando el cigarrillo que fumaba a un rincón.

—Simmons, hay una visita para ti.

—¿A estas horas? —Gruñó él—. No estoy para nadie.

—Dicen que es muy urgente, Simmons. Está relacionado con el asesinato del teatro Variety, según dicen.

—¡Cielos, eso varía! —Steve dio un respingo—. ¿Quién es?

—Un hombrecillo con aire de palurdo —rió el federal—. Dice llamarse Tom Wilcox, ser tío de Saddy Wilcox y vive en Illinois. Trae una carta de su sobrina para enseñársela al

F. B. I.

Tal vez sea una tontería y...

—Hazle pasar —pidió gravemente Simmons—. En el acto.

Ahora sabía que estaba, tal vez, en los umbrales de lo insospechado. Sus «por qué» tenían acaso una respuesta allí. En aquel hombrecillo llegado de Illinois...

* * *

—Me gusta el nuevo tapizado de tu coche, Brian —dijo con infantil alegría Sheree Rogan, acariciando la piel gris moteada del automóvil—. Pero tal vez era más bonito en azul.

—Hay que cambiar de vez en cuando —dijo Heywood, guiando el coche por la ancha carretera de Kingston a Nueva York a muy buena velocidad—. Ojalá fuera tan fácil variar los sentimientos, Sheree.

—Ya te comprendo —ella miró su guapo, firme perfil, la anchura de sus fornidos hombros—. Lo de Saddie ha sido un golpe muy duro para ti, Brian.

—Mucho —asintió Brian, reflexivo—. La quería. Sinceramente, Sheree. Para un hombre como yo, que nunca ha tenido familia, ya que mis padres murieron a poco de nacer yo, dejándome solo y sin hermanos ni parientes, era maravilloso hallar una chica como Saddie en la vida...

—Me doy perfecta cuenta —dijo ella con simpatía. Hizo un gesto con el ceño y añadió—: ¿Pero no has tenido hermanos, Brian?

—No, nunca.

—¿Entonces cómo me dijo Saddie un día que tenías uno llamado Serge o algo así?

Las manos de Brian Heywood se pusieron rígidas en el volante. Lentamente, giró el rostro hacia ella, y a Sheree le sorprendió la crispación de sus mandíbulas.

—Sheree, ¿cuándo te dijo Saddie semejante cosa? —preguntó con voz alterada.

—No sé, no recuerdo bien... Sí, la noche que fuimos al Stork y yo me marché sin esperar a Steve. En casa, hablamos de él, de ti, de todas esas cosas que hablan las mujeres cuando están solas...

—Sí, olvidaba que las mujeres hablan cuando están solas —dijo extrañamente Brian, clavando los ojos en la carretera que volaba ante ellos y los faros del coche. Con una aspereza singular, añadió tras un silencio—: ¿Qué más te dijo Saddie?

—Oh, bueno, cosas sin importancia. Cotilleos de mujer. —Sonrió, dejando de mirar con extrañeza a Brian—. Las mujeres somos suspicaces, Steve. Y a ella le pareció que eso de que tenías un hermano llamado Serge era un cuento entre tú y Barnes, que por lo visto fue quien lo citó. Y que se trataría de algún amigote poco recomendable. ¿Acertó?

—En cierto modo, sí —la voz de Heywood era sibilante. El coche aceleraba—. ¿Y no te dijo más?

—¿Por qué te preocupa tanto lo que ella dijera? —Sheree le estudió, perpleja—. Ella te quería, Brian, y si algo decía de ti, era con buena fe. Lo tomaba a broma, igual que lo de tu Club misterioso...

El coche patinó. Las gomas chirriaron estridentemente sobre el

asfalto húmedo, y Sheree, asustada, se aferró al asiento, mirando con sorpresa y temor a su acompañante desde la granja de los Gallagher, en Kingston.

—¡Brian, por Dios! ¿Es que no ves por dónde vamos?

—Sí. Ha sido un fallo en los frenos —se excusó él, con la frente bañada en sudor—. Perdona, Sheree...

Siguieron un breve trecho en silencio. Sheree estaba preocupada y no lo ocultaba. En cuanto a Brian Heywood, parecía otro hombre últimamente.

—Sheree —musitó de pronto, sobresaltándola—. ¿Que decía Saddie de mi Club?

—Por Dios, Brian, es una curiosidad enfermiza y tonta. ¿Por qué pensar ahora en...?

—¡Contesta, por favor! —Se le dispararon los nervios. Más sereno, añadió—: Bueno, yo... Me gusta hablar de todas esas cosas, saber lo que Saddie pensaba o decía...

—Tal vez tengas razón. Hay quien se consuela dañándose más. No era nada importante lo que me dijo ella, Brian. Tonterías de mujer. Al negarte tú a llevarla a un Club al que tú ibas, Club Diecisiete o algo así, ¿no es?, decía riendo si sería un círculo dudoso, con chicas poco recomendables y todo eso, donde ibais los solteros a divertirlos. Aseguró que estaba decidida a averiguarlo, y te echaría una buena filípica encima, si era como ella sospechaba. Como ves, todo era inocente, Brian.

—Sí, era inocente... —Brian tragó saliva, inclinado sobre el volante, los ojos fijos y brillantes en la carretera—. Saddie no debió hablarte de todo eso, Sheree.

—¿Por qué no? Entre mujeres aún se hablan más cosas de los hombres —sonrió ella.

—No debió decírtelo —hablaba Brian como en sueños, como obsesionado por algo, y Sheree le contempló con auténtica inquietud—. Una o dos veces lo mencionó ante ti en mi presencia, pero era diferente. Mientras no siguiera diciéndolo una y otra vez...

—Pero Brian, ¿qué te pasa? Dices cosas absurdas, sin sentido...

—Yo no quiero hacerte daño, Sheree —declaró asombrosamente Heywood, mirándola de pronto—. Todo ha terminado ya, y era mejor así. Si ella hubiese callado... Claro que tú podías jurarme silencio..., pero yo nunca viviría ya tranquilo. Y menos casándote

con un hombre como Simmons. Cualquier alusión, cualquier imprudencia...

—Brian, no te comprendo en absoluto. Estás enfermo sin duda, te veo diferente...

—¡Diferente! —Rabioso, el abogado apretó el acelerador. Su rostro no tenía ahora la juvenil simpatía de siempre. Aparecía pálido, crispado y sudoroso—. ¡Sí, estoy diferente! ¡Y todo por una estupidez, por un maldito error, por una coincidencia que jamás debió darse! ¡La quería, Sheree, la quería! Pero no sabía callar, no sabía mantener algo en secreto...

—Brian, ¿a qué te refieres? —Sheree, profundamente alterada, no quitaba de él los ojos—. Estás hablando de Saddle, ¿verdad?

—Sí, de ella hablo —los dedos de Heywood se aferraban al volante como si quisieran arrancarlo. Tras ellos, un coche pidió paso, haciendo oscilar la luz de sus faros, pero el abogado ni siquiera le concedió tal cosa—. Saddle tuvo que entrar allí, cuando Barnes mencionaba el Club Diecisiete, nombraba a Serge y todo aquello... Lo oyó. Y lo peor es que luego lo repetía en público. Era mi perdición, Sheree... Me desesperaba buscando una explicación, una forma de resolver aquel terrible dilema...

—Pero Brian, todo eso carece de sentido. Haces una montaña de un grano de arena...

—No, Sheree. Es una montaña. El Club Diecisiete lo han oído nombrar muchos, saben lo que es en realidad, pero ignoran dónde está y quiénes son sus miembros. Lo tiene instalado nuestro Partido en la ciudad. Los que somos leales a nuestra idea política y sentimos el antiamericanismo, y luchamos por un mundo distinto, apelando a la violencia si es preciso, pertenecemos a él. Somos todos hermanos. Y el Gran Hermano es Serge, nuestro jefe oculto en el Este del País. En el futuro, el mundo será nuestro, Sheree. Luchamos por ello. Callada, veladamente... ¡Y una sola palabra de Saddle nos hundiría!

—Dios mío, Brian, no sabes lo que dices... o por fuerza te has vuelto loco.

—¡Loco! ¡Loco me volvía ante la situación planteada por la inconsciencia de Saddle! Nombré el Club ante ti, en la noche que fuimos al Stork. No pasó nada, pero cualquier día podía pasar. Y más, estando Simmons cerca. Es un amigo, sí, pero también es un policía. Él sabe lo que significa «Club Diecisiete» y «Hermano

Serge». Seguro que lo sabe. Barnes cometió un grave error, llevado por el miedo. No le envié a mi casa de Staten Island, sino a otros miembros del Partido. Informé al Gran Hermano. La orden fue de muerte, Sheree. ¡Y mataron a Barnes, ejecutando sentencia!

—¡Mataron a Barnes! —El horror dilató los ojos de Sheree, desorbitó sus ojos, fijos en el nuevo Brian Heywood corrompido y malvado que descubría ahora—. ¡Oh, no! ¡Fue Hoffman...! ¡Tuvo que ser Hoffman!

—¡Hoffman! —La palabra sonó despectiva—. Pobre diablo... Un loco criminal, peligroso y cruel, eso sí. Pero no se puede ir muy lejos con una bala del 38 hundida en los pulmones. Steve sabe tirar, no era fácil que se le escapara... Y no se le escapó... Yo le recogí, medio moribundo, en la calleja posterior del Circo.

—¡Tú...! —El pánico, la angustia de Sheree era tan grande, que apenas podía hablar.

—Pero... ¿por qué, Steve, POR QUE?

—Fue casual, te lo aseguro. Fortuito e inesperado. Pero me ofreció de repente una genial idea, una portentosa trama para llevar a cabo, ya que las circunstancias me ayudaban de ese modo. Le arrastré, herido como estaba, hasta mi coche, aparcado junto al callejón. Le metí en el compartimento de atrás, dificultosamente. Cerré la portezuela. El asiento le cubría en parte, aunque no demasiado bien, porque Hoffman era muy grande. Me jugaba mucho en aquel envite, pero estaba desesperado, Sheree. Y «El Reptil», con su alucinante leyenda, era ideal para mí. Era mi coartada para MATAR A SADDIE SIN QUE NADIE SOSPECHARA JAMAS QUE SADDIE ERA LA VICTIMA Y NO Tú.

Sheree fue incapaz de despegar los labios. Lívida, se echó atrás con vivo horror. La asombrosa revelación la sacudió como una corriente eléctrica. Brian siguió:

—Sí, Sheree. Era Saddie y no tú quien tenía que morir. Cuando aquella noche logré pasar junto a Steve y el control policial en torno al Circo, sin ser registrado, respiré hondo. Saddie no imaginó nunca que el temido asesino yacía muerto tras ella. Le trasladé posteriormente al portaequipajes, y cambié el tapizado, que manchó con su sangre. Ya sabes cómo ocurrió lo de Saddie. Una máscara de goma, rellenos bajo el abrigo y zapatos de alta suela y tacón me aproximaban a la talla enorme de Hoffman. Luego, me despojaba

rápida de las suelas postizas, de los rellenos de goma inflada y todo lo demás, y volvía a ser yo mismo. Naturalmente, Hoffman se esfumaba, y nadie pensaba que pudiera ser otro, ya que Hoffman era persona bien conocida. Me costó mucho acabar con Saddy, pero mi deber era antes que mis sentimientos. Me debo a mi Partido, Sheree. Y allí un error, se paga con la vida. Era muy fácil dar a entender que el asesino había confundido a Saddy contigo. Y ella lo facilitó aún más al suplirte en escena. Era mi momento. Yo no podía perder tiempo...

—¡Dios mío, Brian, parece increíble!... ¡Tú mismo... asesinarla! Es... es como un sueño horrible que una no puede creer...

—Es la realidad, Sheree. Por paradoja, el fin de Saddy me afectó mucho. Yo terminé con ella, pero me hundí a mí mismo. Tuve que esperar a después del funeral, aun a riesgo de que mi plan se viniera abajo al descomponerse el cadáver de Hoffman. Entonces di el golpe en la vivienda de Mills, cuando menos lo esperaban. Aquello cerraría el caso. Para no llevar mi coche hasta tan peligroso lugar, robé la furgoneta de la leche, metí allí a Hoffman, y acudí a Bryant Park. Mills sólo temía a Hoffman, de modo que cuando llamé a su piso y dije ser federal, vio mi rostro y me dejó pasar. Le eliminé de un golpe en la nuca, y luego rocié todo con un bidón de gasolina que llevaba dispuesto. Había conducido el cuerpo de Hoffman hasta la misma escalera. De nuevo lo arriesgaba todo, pero era preciso matar a alguien más, después de lo de Saddy, para completar el perfecto cuadro del asesino sádico, de la venganza de «El Reptil». Y así, el propio Hoffman terminaría, al aparecer muerto en el incendio. Una vez dentro ambos cuerpos, y bien rociados también, ardieron con la casa. Yo huí, pero un viejo curioso del piso alto me vio el rostro de payaso. Puse el motor en marcha, y me alejé por mi propio pie, dejando allí el camión de la leche. Así producía la impresión de que había vuelto antes de arrancar el coche, y entonces me sorprendió el fuego en la casa. Eso quedaría más acorde con la declaración del inoportuno testigo de la ventana.

—No olvidabas nada, Brian... Eres un monstruo. Igual o peor que el propio Hoffman.

—Soy un hombre con una misión en la vida: ayudar a hacer un mundo mejor. Nada ni nadie puede oponerse a nuestra fe —el fanatismo brillaba, cruel, en sus ojos—. Tú no lo entenderías nunca,

Sheree.

—Pero entonces... ¿por qué me has contado todo esto? —gimió ella—. Yo... yo no podré callarlo. Es demasiado horrible, demasiado espantoso para silenciarlo. Hoffman cometió muchos horrores, sí, pero los tres últimos no fueron obra suya, sino de un hombre al que todos tuvimos siempre por normal, por honrado y sincero.

—Soy normal, soy honrado y sincero... con los míos y con mi ideal, no con los demás.

—¿Y esperas que yo comparta esas ideas tuyas, de traición y de indignidad?

—No espero nada de eso. Ya te dije antes que no me gustaría hacerte daño, Sheree..., pero sabes demasiado. Sabías demasiado, incluso antes de referirte yo la historia...

—¡Nooo! —El grito terrible, ronco, surgido de la garganta de Sheree fue estremecedor. Alzó sus manos trémulas—. ¡No harás lo que leo en tus ojos, Brian! ¡No conmigo!...

—Lo siento, pequeña y bella Sheree... Por ti y por Steve..., pero tengo que hacerlo... Será un accidente del que yo me habré salvado por milagro... Una desgracia casual, Sheree... ¡Adiós, amiga mía!

Súbitamente, el automóvil de Brian Heywood se desvió de su ruta en la carretera y enfiló al borde de la misma, que corría junto al profundo y ancho Hudson, cerca ya de la ciudad, cuyos luminosos rascacielos se descubrían en la distancia. Sheree luchó por enderezar la dirección del coche, mientras Brian Heywood abría con una mano la portezuela de su lado, y con la otra dirigía el volante para lanzar el automóvil al río desde aquella altura.

La pugna entre ambos se hizo rabiosa. Atrás, el claxon del otro coche que les seguía, se hizo estruendoso, los faros deslumbraron a Brian al reverberar en el parabrisas...

Sheree gritó. Gritó terriblemente cuando vio que el morro del coche enfilaba al abismo. Brian quiso saltar, pero la muchacha, con un último esfuerzo desesperado, tiró de él violentamente, en las ansias de la muerte. Heywood cayó contra ella, y la portezuela abierta se cerró secamente.

El Coche azul brincó al vacío con sus dos ocupantes dentro, en suicida lucha, y las aguas oscuras lo recibieron con un siniestro chapoteo...

CAPÍTULO XI

TRAS EL HORROR

El automóvil de los faros deslumbradores se detuvo con un chirrido escalofriante de frenos. Las llantas dejaron rastros de gomas negra en el asfalto. Aun antes de parar del todo, un hombre saltó a la carretera, tras un empujón a la portezuela. Los faldones de su sobretodo flotaron mientras corría centelleante hacia el río. Por el lado opuesto, otros coches se detuvieron con igual celeridad, bañando en luz el lugar del desastre.

Ya junto al borde de la carretera, el hombre se desprendió del sobretodo y la americana. Luego, saltó en fantástica zambullida a las aguas oscuras.

Los ocupantes de los demás coches rodearon el punto por donde se había lanzado el atrevido. Otros dos hombres, despojándose rápidamente de sus prendas, lanzáronse en seguimiento del anterior.

Unos agentes uniformados y un par de hombres de paisano, abrieron paso, enfocando con los potentes faros giratorios de sus coches hacia las aguas. Vieron remolinos y sombras bajo la superficie, allí donde pugnaban por lograr el salvamento.

—Por favor, señores, dejen circular —pidió uno de los agentes—. Servicio Federal.

Y exhibía el carnet, con la insignia del
F. B. I.

El primero en reaparecer en las aguas fue precisamente el joven alto y rubio que se lanzara primero también. Traía entre sus brazos un cuerpo inerte, de dorado cabello empapado, y ropas adheridas

por el agua a su piel.

Les arrojaron un fuerte cable desde el coche de los federales, y el salvador subió rápidamente por él, a pesar de la carga humana. Cuando estuvo arriba, varios brazos se apresuraron a asir el cuerpo femenino, y una voz demandó huecamente:

—¡Agente Simmons! ¿Está viva la señorita Rogan?

—Sí, lo está aún —asintió Steve Simmons, jadeante—. En cuanto a Heywood, no lo sé. Se ha quedado empotrado entre el volante y la portezuela, y los muchachos pugnan por sacarle. Pero va a ser difícil que lo extraigan con vida...

Sin añadir más, Steve siguió a sus compañeros hacia el coche en el que iban a conducir urgentemente a Sheree hasta un hospital de la ciudad.

* * *

Salió con vida. Pero no duró mucho. Brian Heywood, con el pecho hundido y astillado por un impacto brutal con el volante, y los pulmones invadidos por el agua, apenas duró lo suficiente para hacer su confesión en el lecho del hospital. Luego, murió más piadosamente de como él administrara la muerte a Saddie y a Mills.

Fue mucho después cuando Steve Simmons refirió a Sheree Rogan, fácilmente repuesta de su impresión y del principio de asfixia sufrido bajo el Hudson, la forma en que llegó a saber la inaudita verdad y su, al parecer, milagrosa presencia en la carretera, allí donde ocurrió el trágico epílogo del caso Hoffman.

Estaban sentados a una mesa del «Stork Club», y la orquesta interpretaba una melodía suave y melancólica. Frente a ellos, Gallagher sorbía con lentos tragos un manhattan, incómodo en aquel lugar. Nadie podía olvidar a Saddie, la pobre Saddie, víctima del fanatismo criminal de un hombre inteligente, pervertido por sus ideas políticas.

Steve, tras relatar lo que Sheree le contara de su trágico viaje con Brian Heywood, resumió:

—A partir de la muerte de Barnes, resultaba extraño el cambio efectuado por Hoffman en su sistema brutal de matar. Ya no había huellas claras, desafiantes, que revelaban su mano sin lugar a dudas. Empezaba a ser todo más solapado, más incierto, hasta el

punto de no ser porque los que caían eran víctimas presuntas de Hoffman o cabía el error de identidad, como pensamos en el caso de Sddie, la culpabilidad de «El Reptil» hubiera sido puesta en tela de juicio. Pero Heywood tuvo la habilidad de jugar con una baza fuerte, como era la sugestión de que todo crimen procedía de Hoffman, y le añadió a eso los detalles imprescindibles de la corpulencia, la careta y el método sangriento. Pero precisamente la careta de goma con la faz de un payaso era otro detalle falso. Hasta entonces, nadie había visto a Hoffman de payaso, salvo en el circo. Allí tenía una razón de ser; en la calle, ninguna. Más que pasar desapercibido, se hacía notar.

»Nunca entendí bien cómo un hombre herido, que además lleva otra herida más leve, inferida por el fiscal Hammond, puede eludir un cerco completo y volatilizarse. Pensé que únicamente Heywood y yo habíamos salido sin ser registrados sus coches. Era absurda tal idea y la deseché en el acto. Pero quedó en el subconsciente, y volvió más fuerte que nunca cuando de nuevo el supuesto Hoffman desapareció del Variety a la vista de todo el mundo... y Brian Heywood apareció después, pero no durante su persecución. Nada más fácil que desinflar los rellenos de goma, guardar la careta y quitarse las suelas postizas. El falso Hoffman volvía a ser así Brian Heywood. Pero en cambio en el circo sí era Hoffman, sin lugar a dudas. ¿Qué pasó entre una situación y otra? La desaparición de “El Reptil” seguía sin justificarse. A partir de ella, además, cambia el estilo del asesino. Incluso ataca a un chofer y cuando Hoffman le hubiera destrozado sin piedad, ahora queda vivo, simplemente desvanecido. Mills muere de un simple golpe, sin llegar a ser destrozado, y por ende incendian la casa, lo que es totalmente desusado en la técnica de Hoffman. Más aún, quedándose estúpidamente él a morir.

»Ese incendio empieza a revelar cosas sorprendentes. Por ejemplo, un gran fallo que me chocó en el acto: ¿cómo en un fuego puede salvarse a medias una careta de goma, materia altamente combustible? Era ilógico, y apuntaba una intención: demostrarnos que el muerto era Hoffman. Pero eso lo confirma luego el examen médico. ¿Qué se pretendía, pues, sugerirnos? Algo más que señalar a Hoffman. Dejar claro que el asesino de Sddie y de Mills era el hombre abrasado allí. Si era premeditado, es que tenía que ser todo

lo contrario. Tanto Craven, el vecino, como el chofer de la furgoneta lechera, me describen al supuesto Hoffman. Alto, fuerte, sí, pero no gigantesco ni cojeando. Dos peculiaridades de “El Reptil” que fallan. ¿Por qué? Porque NO ES “EL REPTIL”, a partir de la noche del Circo. Y cuando esa idea brota en mí, clara y concreta, Gallagher me muestra unos restos de tapizado azul, quemados en el incendio, donde aún hay restos de sangre del tipo A, al que Hoffman pertenecía. Trato de recordar ese tapizado, y pienso en el coche azul de Heywood. Pienso que él fue de los pocos que pudimos burlar el cordón policial, por gozar de la confianza de los agentes. Y pienso que no tenía razón alguna para aprovechar tal coyuntura, ya que no existían motivos para matar a Sheree. ¿Y a Saddie? En apariencia tampoco.

»Así, llego a los dos datos finales. Trascendentales y rotundos: el primero, la afirmación médica de que Hoffman lleva cinco días muerto. Luego murió de un disparo mío, en las azoteas del circo, o alcanzó la calle, moribundo. ¿Quién ha aprovechado, pues, tal circunstancia para sus fines? Heywood, me digo. Pero ¿por qué? ¿Por qué?

»Y entonces, un sencillo granjero de Illinois llega a mí. Es tío carnal de Saddie. Y ha recibido una carta suya últimamente. Una carta extensa, como todas las suyas. Pero con un párrafo inquietante, que al buen hombre le impulsa a venir aquí, al saber la tragedia ocurrida, ya que a él no le influyen espejismos e ignora la historia de Hoffman. Más sencillo, más positivista, piensa en otro motivo para aquel crimen. Vea el párrafo revelador de aquella carta, teniendo.

Steve extrajo una carta cuidadosamente doblada. Sheree la miró, estremeciéndose. Letra de su amiga Saddie. Un mensaje postrero, final. Sintió el llanto en los ojos.

«Querido tío Alan»:

—Empezó a leer él suavemente, sobre el fondo de música lenta:

«Estoy algo preocupada, porque creí que Brian Heywood, —el chico de quien te hablé y que me corteja,

era un pequeño granuja mujeriego. Y he descubierto algo peor. Es socio de un sitio llamado Club Diecisiete. Pero no es ningún casino. Un detective privado me ha dicho que es el nombre con que se encubre una Sociedad Antiamericana de un Partido político peligroso. Y el hermano que él me dijo tenía, llamado Serge, es el Gran Hermano Serge, de esa sociedad, jefe supremo en el Este del país, y agente extranjero para el sabotaje y las actividades antipatrióticas. Aconséjame, tío. No he dicho nada a nadie al saber esto, pero dicen que puede ser muy peligroso para mí. ¿Qué debo hacer...?».

Reinó el silencio tras la lectura. Sheree, mecánicamente, oprimió su mano fría y húmeda contra la de Steve. El joven federal la sonrió, alentador. Su mirada se cruzó con la de Gallagher, grave y enternecida a la vez. El veterano policía hizo un único comentario, breve y preciso:

—Caso concluido, Steve. Gracias a ti... y a un mensaje de ultratumba. Saddie estará sin duda muy contenta donde se halla, al ver que se ha hecho justicia...

Steve asintió con un movimiento de cabeza. Los tres permanecieron callados un largo rato. Finalmente, Gallagher opinó, encendiendo un cigarrillo:

—Vosotros sois jóvenes, muchachos. Y después de todo, el horror ha pasado. Hoffman y Heywood no existen ya. Su sangrienta obra ha terminado. ¿Por qué no pensáis en divertirlos un poco? Además, Steve, recuerda que te hablé de unas vacaciones...

—Sí, teniente. Creo que los jefes me las conceden ahora.

—Bien. —Gallagher sonrió ampliamente—. Espero que sepáis aprovecharlas bien.

—Desde luego. Sheree se retira del teatro.

—¡Steve! —Ella le miró, sorprendida—. Yo no he dicho tal cosa.

—Pero la digo yo.

—¿Y con qué derecho?

—Con el que creo corresponde al hombre que va a ser tu marido.

—¡Steve! —Sheree se quedó muda de asombro.

—Querida, ¿qué pensabas? ¿Crees que la carrera que me di hasta la carretera de Kingston, para aguardaros allí, por si algo sucedía, y la que Heywood me hizo dar después en vuestro seguimiento, eran sólo por un frío deber profesional? No, cariño. Sabía que estabas en peligro. Si Saddie te había contado algo, Heywood trataría de saberlo. Y a la menor sospecha, acabaría contigo. Os seguí todo el rato, fingiendo que pedía paso. Cuando os pasaba, volvía a aguardaros a poca distancia y me ponía de nuevo detrás. Así hasta que saltasteis al río y yo bajé al fondo a por ti.

—Steve, un federal tiene la obligación de hacer todo eso.

—De acuerdo. Y también un hombre enamorado —la atrajo hacia sí, tomándola por los hombros—. Sheree, pequeña. Te quiero. Te quise siempre, y nunca como esa horrible noche me di cuenta de lo que significabas para mí. Si te salvé la vida, creo tener un pequeño derecho a disponer de ella. ¿Vas a casarte conmigo, sí o no?

—¡Oh, Steve! Aunque no me hubieras salvado la vida..., creo que dejaría el teatro por un hogar. Incluso con un agente federal, cariño...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.